

EL POETA FRANCISCO ZEA

(SU VIDA Y SUS OBRAS)

SUMARIO.—Importancia literaria de este autor.—Vivió a mediados del siglo pasado.—Los hechos de su vida relatados por el ilustre escritor Castro y Serrano.—Poetas favoritos de Zea, que le sirvieron de modelo.—Comparte su tiempo entre las lecciones de esgrima y la lectura de los clásicos.—La tertulia literaria de un café.—Muere el padre de Zea.—Situación precaria del hijo.—Dificultades con que tropieza para procurarse recursos.—Le faltaba a veces papel y tinta, a causa de su extrema pobreza.—La desgracia le persigue, y su madre es procesada y presa.—Amarguras que experimentó con tal motivo.—Tiene Zea una esposa modelo que le consuela en sus aficciones.—Zea, empleado y luego cesante y vuelto a reponer.—Muerte del poeta.—Petición de los literatos más notables para socorrer a su familia.—Se publican las obras de este escritor en muy lujoso volumen, a expensas del Estado.—Sus poesías líricas de extraordinario mérito.—Ejemplos de algunas de ellas.—La mejor de todas es la oda titulada *Inspiración*.—No fue escritor festivo.—Su prosa es castiza y correctísima.—*Yo en venta*.—Títulos que enaltecen a Zea.—Palabras de Castelar.—Un héroe del trabajo y un mártir del infortunio.

Uno de los poetas españoles que llamaron con verdadero fundamento la atención pública a mediados del siglo anterior, y se hallan injustamente olvidados, a pesar del indiscutible mérito de sus producciones, es Francisco Zea, cuya celebridad ha sido abriantada por el cúmulo de sus desventuras, tan grandes y continuas como inmerecidas. Debe por lo mismo evocarse su perdida memoria, y que se consignent, siquiera sea

brevemente, algunos episodios de su accidentada vida, y se presente alguna muestra de sus producciones.

Por el triste privilegio de la edad, le conocí en los ya lejanos días de los albores de mi razón, y por haber oído leer algunas de sus producciones en mi infancia, adquirí de él, desde luego, el elevado concepto que merecía.

Pero la relación de los hechos más salientes de su vida la hizo el ilustre escritor Castro y Serrano (uno de los mejores prosistas que ha tenido nuestro idioma), en el brillante discurso necrológico que pronunció en una velada que se dedicó a honrar la memoria de este poeta.

Hace ya muchos años, puesto que fue el 10 de Agosto de 1857, ocho días después de la muerte del vate, se reunieron en la tertulia del notable literato Sr. Cruzada Villamil gran número de jóvenes escritores, muchos de ellos que han sido glorias nacionales, tanto en la literatura como en la política. En aquella reunión, el Sr. Castro y Serrano leyó un discurso necrológico, diciendo que iba a celebrar el único Oficio de difuntos que podía otorgarse a un escritor pobre, pues Francisco Zea bajó al sepulcro a los treinta y un años, habiendo sido su existencia una inacabable cadena de infortunios.

Nació en Madrid, el 2 de Abril de 1825 (en la calle de la Abada), día en que la Iglesia conmemora a San Francisco de Paula. Fue en aquella época en que la política de represalias ensangrentó las páginas de nuestra Historia, y donde reinaba un exagerado espíritu de intolerancia de ideas que había de convertirse en terribles luchas fratricidas.

El padre de Zea (D. Faustino) era maestro de armas, y deseó que su hijo siguiera esta profesión. Pero tenía instintiva y natural repugnancia a ese trabajo guerrero, siendo sus decididas aficiones a la poesía y a las letras.

Los momentos de que podía disponer libremente desde su infancia los dedicaba por completo a la lectura de sus poetas favoritos, que eran Fray Luis de León, Fernando de Herrera y Garcilaso. Así es que sus primeros versos eran tranquilos y

apacibles, llenos de melancólica dulzura, en los que se reflejaba el estilo del maestro, que se propuso por modelo y era objeto de sus juveniles entusiasmos.

Estudió la segunda enseñanza en el Instituto de San Isidro, y una vez adquirida la general cultura que en este período de educación se recibe, dedicóse, a pesar suyo, al manejo de las armas, y; meditabundo y triste, compartía su tiempo entre el estudio de los clásicos, las lecciones de esgrima y el trato con sus amigos, con los cuales podía departir libremente y expresar la integridad de sus pensamientos.

En el año 1846 había en Madrid, en un modesto café, una reunión literaria, a la que concurrían los jóvenes de más porvenir y algunos escritores que habían de dar a su patria, en lo futuro, verdaderos días de gloria. Con sólo citar sus nombres, puede adquirirse idea de lo que aquella reunión significaba. Llamábanse los que la formaban: Eulogio Florentino Sanz, Antonio Trueba, Ventura Ruiz Aguilera, Antonio Cánovas del Castillo, Adelardo López Ayala, Luis de Eguílaz, Luis Mariano de Larra (el hijo de Fígaro), Manuel Fernández y González, Eduardo Asquerino, Antonio Hurtado, Ceferino Suárez Bravo, Rafael Gálvez Amandi y otros varios que, como casi todos los citados, han sido glorias nacionales.

Nadie presentaba a nadie en aquella reunión. Al recién llegado se le recibía con afabilidad y se le atendía, más o menos, según sus condiciones. Allí concurrió Zea, y tardó muy poco en ocupar uno de los primeros lugares de aquella tertulia, por sus propios méritos, pues su talento y sus trabajos literarios le abrieron paso inmediatamente, a pesar de su modestia, adquiriendo en aquel conjunto de jóvenes el concepto y la consideración que realmente merecía.

Pero cuando empezó a darse a conocer por haber publicado con buen éxito algunas de sus producciones, perdió a su padre, y desde aquel instante puede decirse que no gozó de tranquilidad, y fue tal el cúmulo de infortunios que le acaecieron, que el resto de su vida lo constituyó una agonía de diez años:

Encontróse a la cabeza de su casa en completa ruina, y con una madre anciana y enferma a quien sostener. Tuvo que olvidarse de los versos en un país, como dice uno de sus biógrafos, en que desgraciadamente nadie los quiere ni de balde.

Se dedicó entonces a la profesión de su padre, con la esperanza de obtener por ese camino algún resultado práctico que pudiera allegarle los recursos indispensables para el sostén de su familia. Pero la fama y la clientela que tenía el autor de sus días murieron con él, pues no poseía, ni con mucho, el hijo las dotes de tirador y la destreza que reunía el padre. Así es que vinieron a rodearle, acto continuo, la escasez y la miseria con todos sus horrores.

Y aquel inspirado vate, llena su mente de ilusiones y fantasías, se le observaba, con las marcadas huellas del sufrimiento en los ojos, ir a dar lecciones de esgrima a los sargentos de un escuadrón, como único y exclusivo recurso que le quedaba.

Además, su honradez y sinceridad eran un obstáculo, y hacían cada vez más difícil el encontrar recursos con que vivir. Manifestaba a todo el mundo que no servía para nada, que carecía en absoluto de aptitudes para todo, para la ciencia, la industria, el comercio y las artes, con lo cual, ya se sabe que no podía esperar más que la miseria y la desesperación, en una época en que todo el mundo dice que sirve para todo.

Llegó su pobreza a tal extremo, que muchas veces le faltaban recursos hasta para comprar papel y tinta con que trabajar. Por eso, muchas veces, no podía consignar por escrito los pensamientos que brotaban de su cerebro con fecundidad pasmosa, aun cuando no acertaba a cantar, porque las armonías del verso, como las de la música, pueden ser hijas del sentimiento, pero nunca de la desesperación, porque el poeta, para comunicar a sus ideas las galas del arte, necesita cierta tranquilidad y placidez de espíritu de que no gozaba aquel desdichado.

Pero la desgracia no dejaba de cernerse sobre la frente del poeta, y era con él implacable y feroz. Su madre, bondadosísi-

ma y caritativa señora, por hacer un favor a una familia que creyó honrada, estampó su firma en un documento que la comprometía, sin calcular las responsabilidades de tal acto. La consecuencia de esto fue un proceso y una prisión, que vinieron a sumir en la amargura a una familia, después de infinita serie de disgustos. Su aflicción fue inmensa al ver a su pobre madre confundida en una cárcel con las mujeres más criminales. Al fin, después de un largo calvario y de haber practicado multitud de gestiones en las cuales le auxiliaron algunos de sus amigos y compañeros literatos, que ocupaban importantes puestos en la política, donde se hizo ver la inocencia de aquella señora, que sólo por un acto caritativo e inconsciente, era víctima de aquel infortunio, pudo conseguir el indulto, aunque ya resintiéndose profundamente su salud y comenzando los preludios de la enfermedad que había de acabar sus días.

En medio de sus desventuras, tuvo la fortuna de que la Providencia le deparara una esposa bonísima, modelo por todos conceptos de honradez y de cariño, que ayudó cuanto pudo al desgraciado poeta a sobrellevar sus desgracias, le consoló en sus aflicciones contribuyendo a endulzar su existencia y a llevar con resignación sus contrariedades, siendo aquella criatura angelical, muchas veces, la que contribuyó a serenar su espíritu y a tranquilizar aquel ánimo abatido por el dolor.

Fue nombrado Zea oficial del Ministerio de la Gobernación, cuyo destino lo debió al Sr. Ríos Rosas, favorecedor decidido de los escritores. Pero los frecuentes cambios políticos de nuestro país produjeron en breve la caída de aquel Ministerio, y acto continuo la cesantía del poeta. Tuvo que recorrer nuevo calvario y sufrir no pocos disgustos hasta que consiguió la reposición. Pero poco después murió, más bien que de la fiebre tifoidea (que diagnosticó la ciencia como su enfermedad última), de los padecimientos morales de su atribulado espíritu, en el que parece que la desgracia se cebaba de un modo implacable.

El poeta Ventura Ruiz Aguilera, su amigo del alma, fue

el confidente íntimo de su juventud y el que recogió su postrer suspiro. También le asistieron con el cariño de hermanos sus compañeros Gálvez, Amandi y Goupigny.

Se le iba a enterrar de limosna y a depositar en la fosa común; pero en el Ministerio de la Gobernación facilitaron los medios para tributarle un sepelio decoroso, aunque modesto. Fue enterrado en un nicho del Cementerio de la Sacramental de San Martín (hoy ya clausurada), y en la lápida que le cierra sólo se lee esta inscripción: Francisco Zea.

A los muy pocos días tuvo lugar la reunión de escritores en casa del Sr. Cruzada Villamil, y la lectura del sentido trabajo de Castro y Serrano, de que se ha hecho mención, en que ponían de manifiesto los más culminantes hechos de aquella vida, que había durado poco más de seis lustros, y que en tan corto tiempo adquirió verdadera celebridad.

Las elocuentes palabras del ilustre biógrafo de Zea motivaron que acto continuo se procurara que de aquella reunión resultase algún provecho práctico para la madre y la esposa de aquel que habían visto salir muerto de su casa, dejándoles por única y exclusiva herencia un nombre que había alcanzado notoriedad por su talento y un recuerdo de profundo cariño.

Nombróse una Comisión, compuesta de los Sres. D. Pedro Calvo Asensio, D. Gregorio Cruzada Villamil, D. Antonio Flores, D. Juan de Coupigny, D. Julián Santín de Quevedo y el Sr. Marqués de Heredia, para que solicitaran de la Reina Doña Isabel II la concesión de una pensión a la viuda del que había sido maestro de armas de la Real Casa, y obtuvieron de la regia munificencia la concesión de lo que se solicitaba, complaciéndose la Reina al concederla en el momento en que se hizo la petición.

Se designó también otra Comisión, compuesta de D. Ventura Ruiz Aguilera, compañero inseparable de Zea; D. Manuel Fernández y González, D. Eulogio Florentino Sanz, don Juan de la Rosa González, D. Pedro Antonio de Alarcón, don

Luis Mariano de Larra y D. José de Castro y Serrano, para que procediesen a buscar las obras de Zea, diseminadas en periódicos, revistas y folletos, y una vez ordenadas, solicitar que se publicasen reunidas, a expensas del Estado.

Se avistó la Comisión con el entonces Ministro de la Gobernación, Sr. Bermúdez de Castro, y accedió gustoso a dar las oportunas órdenes, para que en la Imprenta Nacional se verificase la publicación, en un tomo, de las obras en prosa y verso de Francisco Zea. El libro es un volumen en 8.º mayor, de 566 páginas, en una edición elegante, con el retrato del autor grabado en madera, resultando de un exacto parecido. Lleva como prólogo el discurso leído por Castro y Serrano en la reunión citada, y un epílogo de Eulogio Florentino Sanz. La totalidad de la edición fue regalada a la viuda del autor, y así se consigna, como propietaria de ella, en la primera página del libro, a D.^a Josefa Nombela de Zea.

Dedica sus obras a la memoria de Fray Luis de León y Fernando de Herrera, y la primera de las composiciones que se consigna en el libro es una oda que escribió Zea cuando tenía trece años. Produjo gran número de poesías líricas, entre las cuales descuellan las tituladas: *Inspiración*, *Luz del alba*, *Elegía a la luna*, *A Ramona*, *La soledad*, *Coplas*, *El miércoles de Ceniza*, *La oda a Cabrera*, *El día 1.º de Noviembre*, *Torres y campanas*, *La bandera*, *Una parodia de Calderón*, *A los mártires de 1808*, y la que titula *Esperanza del poeta*. Escribió cuatro poesías dramáticas, que fueron: *Una loa*, *La batalla de Clavijo*, *El diablo Alcalde* y *Maese Juan el espadero*.

También hizo algunos artículos en prosa, como los titulados: *Yo en venta*, *El amante callejero*, *Ripalda literario*, *La verbena de San Antonio*, y otros varios.

Indudablemente su obra de más mérito es la oda titulada *Inspiración*, en donde se ven los altos vuelos de su exuberante fantasía. Desde luego puede colocarse, sin desmerecer, al lado de las primeras composiciones de los más renombrados

poetas españoles. Puede juzgarse su valentía por estas brevísimas muestras:

«Dijo el incendio a la tormenta un día:

«Sígueme por doquiera;

yo iré soltando en la extensión vacía
mi roja cabellera.

¡Tiemble ese mundo; en mis robustos hombros
se asentará el infierno;

tiemble el olimpo; ascenderé entre asombros
al trono del Eterno!

Será mi manto su brillante alfombra,
su asiento mi ancha llama,
y su dosel mi pabellón de sombra
que el viento desparrama.»

.....

«Voy a surcar relampagueando el viento;
voy a incendiar los mares;

voy a sorber al grande firmamento
sus *pobres* luminares.»

«Mares de luz circundan tu cabeza
con fuego destellante;
para apagar su indómita braveza
un soplo me es bastante.»

«¡Sube, incendio voraz! ¡Yo te contemplo,
llega a mi en tu victoria!

¡Un paso más!—Te colgaré en mi templo
y alumbrarás mi gloria.»

«Bajo mi rico pabellón glorioso
el justo habrá morada;
arrullará su cándido reposo
la brisa perfumada.

Lleno de etérea pompa y hermosura
brotará inmenso un día,
y poblarán los vientos de dulzura
torrentes de armonía.»

De muy distinta índole son las siguientes coplas del mismo autor:

«Salieron a matarme
dos ojos negros:
parecióme que huían,
y eché tras ellos;
pero en los lazos
de unos cabellos rubios
quedé enredado.»

«¡Cómo ha dado al olvido
sus *quince*, madre!
¡Sólo porque soy niña
me lleva al baile!
¡Pues también suele
inflamarse en el horno
la leña verde!

Fueron mis pensamientos
¡pese a los males!
del color de la aurora,
dulces, suaves...
¡Mas, con el tiempo;
del color de la noche
se van volviendo!»

Los versos con que termina el libro se titulan *Esperanza del poeta*, y parece que está escrita para cerrar la colección de sus obras después de muerto. Son preciosos por su sentimentalismo y delicadeza. Citaré sólo algunos, como los siguientes:

«¡Leo en el porvenir!... Veo en la sombra
densa de mi fortuna,
valles de flores que me dan su alfombra,
cielos sin nube alguna.»

.....
«¡Yo no quiero pisar rudos abrojos,
surcar revueltos mares,
llanto verter de mis ardientes ojos,
sentir nuevos pesares!»

«Sé que en los campos de la vida brotan
más espinas que flores,

que el mar de sus delicias alborotan
vientos rebramadores.»

«Adiós, mundo falaz. ¡Tú que abandonas
a tus siervos más fieles;
adiós, gloria que amé, dulces coronas
de rosas y laureles!»

«Logré yo amarte allí, Laura hechicera,
sin inquietud ni duelo;
como adoran con ansia verdadera
mis hermanos del cielo!»

«¡Y en mi lecho de flores, agotando
celestes bienandanzas,
nunca más torne a alimentar, penando
recuerdos ni esperanzas!»

Sus trabajos en prosa fueron en menor número que las poesías. En el artículo titulado *Yo en venta*, puede decirse que se retrata a sí propio, pues va a venderse física y moralmente al Rastro, sin que encuentre quien le ofrezca nada; es una fotografía de la generación literaria a que Zea pertenecía, el grito de la inteligencia postergada y pobre, que lucha con tesón, pero con fuerzas desiguales, resultando vencida ante la indiferencia glacial de la sociedad en que vivía.

En los artículos titulados *Ripalda literario* y *A los fumadores en pena*, maneja la sátira admirablemente, y se leen con deleite, aun después de transcurridos tantos años desde que brotaron de la pluma de su autor, pues se ve en ellos raudales copiosos de ingenio, que regocijan en todo momento, y son siempre bellísimos y cincelados trozos de prosa castellana.

Firmó alguna vez sus escritos con los pseudónimos de *El Bachiller Sansón Carrasco* y *El Lazarillo de Tormes*, y no hizo obras festivas porque el estado de su ánimo distaba mucho de hallarse en condiciones de producir estos trabajos.

Podrían aplicársele, pues se hallaba en muy parecidas circunstancias a las del poeta Martínez Monroy, las frases que el gran Castelar dedicó a éste en el prólogo de sus poesías. Decía el primer poeta en prosa del siglo XIX, lo siguiente:

«¡Una vida! No la hay, no, en ese desdichado poeta; es un sueño, es la vida de la gota de rocío que la mañana llora y el sol seca; la vida de la flor que dura un día. Soñó, amó, cantó, murió. He aquí la existencia del joven que lloramos. Fue como una de esas esperanzas de amor infinito, de ventura inefable, de gloria sin mancha, que nos prometen los primeros días de nuestras pasiones, cuando se abre el alma inocente a nueva vida, y que se pierden y desvanecen al tocarlas, como desaparecen entre los dedos las alas de las mariposas que han encantado en el campo nuestros ojos.»

No puede sintetizarse de una manera más admirable y bella la vida del escritor que forma el objeto de este artículo.

Dos títulos principalmente enaltecen a Zea, y le hacen acreedor a la pública consideración y a que su nombre se coloque entre las glorias del parnaso español, y han sido su inspiración poética de primer orden y sus desventuras. Las luchas que mantuvo durante su vida, y en las cuales puede decirse que triunfó en fuerza de constancia y de fe, son verdaderas odiseas que le colocan en el catálogo de los héroes del trabajo y de los mártires de la fatalidad y del infortunio. Son motivos bastantes para evocar su grato recuerdo y decir a la generación actual que no lo ha conocido, la existencia de un modesto obrero de la inteligencia, que, en medio de la incesante lucha y los insuperables obstáculos que le salieron al paso, produjo interesantes obras, cuyo brillo y fragancia serán imperecederos.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.

EL DISCÍPULO TRAIADOR

VII

Judas se había apropiado algunos dineros; descubrióse el hurto gracias a Tomás, que por casualidad había contado las monedas dadas por los fieles. Era legítimo suponer que aquel robo no era el primero; la indignación fue general. Pedro, en el mayor encolerizamiento, agarró a Judas y le llevó a Jesús, sin que el culpable, espantado y lívido, pensase en resistir.

—Aquí lo tienes, Maestro. Aquí está el ladrón. Pusiste la confianza en él, y nos roba nuestro dinero. ¡Ladrón! ¡Canalla! Si lo permites, vaya...

Pero Jesús guardó silencio. Pedro le miró con atención, luego enrojeció bruscamente y abrió la mano con que tenía agarrado a Judas por el cuello. Judas se arregló el ropaje, bizó del lado del apóstol y tomó el aire humilde y abrumado del criminal arrepentido.

—¡Ah! está bien—exclamó Pedro irritado, y salió dando un portazo. También los otros discípulos estaban descontentos, y repetían que por nada del mundo consentirían en quedarse con Judas. Pero Juan reflexionó un instante, y se deslizó a la habitación contigua, en la que se escuchaba a través de la puerta la voz armoniosa y tierna de Jesús. Cuando, al cabo de

un momento, volvió, estaba pálido, y los ojos bajos parecían enrojecidos por lágrimas recientes:

—El Maestro ha dicho... El Maestro ha dicho que Judas podría coger tanto dinero como quisiera.

Pedro se rió irritado. Juan le lanzó una mirada de censura, pero de pronto se arrebató él también; sus lágrimas se mezclaron con su cólera, sus lloros con su entusiasmo, y proclamó con voz sonora:

—...«Nadie debe contar el dinero que recibe Judas. Es nuestro hermano, y el dinero de la caja es suyo tanto como nuestro; si necesita mucho, que coja mucho, sin decirlo ni pedir consejo a nadie. Judas es nuestro hermano, y le habéis ofendido gravemente.» Esto es lo que ha dicho el Maestro. Nosotros debemos avergonzarnos, hermanos.

Judas, pálido, con la cara contraída por una sonrisa, estaba en el umbral. Ligeramente, Juan se acercó a él y le besó tres veces. Santiago, Felipe y los demás, confusos todavía, siguieron el ejemplo; después de cada beso, Judas se limpiaba la boca; besaba a los discípulos ruidosamente, como si le agradase el chasquido de los labios. Pedro fue el último en acercarse.

—Todos somos imbéciles, todos somos ciegos, Judas; sólo Él ve, Él solo es sabio. ¿Puedo besarte?

—¿Por qué no? Bésame—asintió Judas.

Pedro le dió un sonoro beso, y le murmuró al oído:

—Casi te he ahogado hace un momento. Ellos no te han afrentado sino de palabra, yo he sido brutal, te agarré por el cuello. ¿Te he hecho daño?

—Un poco.

—Iré a ver al Maestro y le contaré todo. Porque también contra Él mismo me he encolerizado—añadió el apóstol con aire contrito, y se esforzó en abrir suavemente la puerta.

—¿Y tú, Tomás?—preguntó Juan con severidad a su compañero, que, impasible, observaba los actos de los discípulos.

—No sé todavía lo que debo hacer, quiero pensarlo.

Tomás meditó mucho tiempo; todo el día estuvo reflexionando. Los apóstoles habían ido a sus quehaceres; la voz de Pedro resonaba por los alrededores, vibrante y alegre; Tomás continuaba pensando. Sin duda hubiera decidido más pronto su opinión, si no fuese turbado por Judas, que le perseguía tenaz con su mirada irónica, y que gravemente, de vez en cuando, le preguntaba:

—¿Qué tal, Tomás? ¿Cómo van las cosas?

Fingiéndose ignorar la presencia de su interlocutor, el Iscariote fué en seguida a buscar su caja, y se puso a contar el dinero haciendo sonar las monedas.

—Veintiuna, veintidós, veintitrés... Mira, Tomás, una moneda falsa. ¡Ah!, ¡qué tunantes hay! ¡Dar monedas falsas!... Veinticuatro... Y se dirá todavía que Judas ha robado... Veinticinco, veintiséis.

Anocheía ya cuando por fin Tomás se le acercó resueltamente, y le dijo:

—El Maestro tiene razón, Judas. Deja que te bese.

—¿De veras? Veintinueve, treinta... Es inútil... Robaré otra vez. Treinta y una...

—¿Cómo has de robar cuando no hay tuyo ni mío? Hermano, tomarás sencillamente lo que te haga falta.

—¡Has necesitado todo el día para llegar a repetir las palabras del Maestro! No sabes el valor del tiempo, prudente Tomás.

—Me parece que te burlas de mí, hermano.

—¡Piénsalo, Tomás! ¿Crees realmente que haces bien al repetir sus palabras? Porque El es quien ha dicho: «Ni tuyo ni mío», y no tú. El es quien me ha besado; vosotros no habéis hecho más que mancharme la boca. Ahora siento pegados a mi cara vuestros labios viscosos. Me repugna, mi buen Tomás... Treinta y ocho, treinta y nueve, cuarenta. Cuarenta dineros, Tomás; ¿quieres contarlos?

—Es nuestro Maestro. ¿Por qué no repetir sus palabras?

—¿Está desnudo Judas? ¿No tiene ropa por la que se le pue-

da atrapar? ¡El Maestro se irá de casa! Judas, por casualidad, robará de nuevo tres dineros, ¿y no vendréis de nuevo a echarle mano al cuello?

—Ahora lo sabemos, Judas. Hemos comprendido.

—¿No tienen mala memoria todos los discípulos? ¿No han sido todos los maestros engañados por sus discípulos? En todas partes, el maestro alza su varita, y los discípulos gritan: «¡Sabemos la lección!» Y cuando el maestro se va a dormir, los discípulos dicen: «¿No es eso lo que nos ha enseñado?» Lo mismo ocurre aquí que en otras partes. Esta mañana me has llamado ladrón. Esta noche me llamas hermoso. ¿Cómo me llamarás mañana?

Judas se echó a reír. Levantó con una mano la pesada caja, y continuó:

—Cuando el viento sopla fuerte, esparce la basura. Los imbeciles exclaman: «¡Qué viento!» No es, sin embargo, sino basura, excrementos de burro, pisados, que no se han amontonado al pie de una pared. Mientras tanto el viento se va más lejos, se va más lejos, mi buen Tomás.

Con un ademán, Judas señaló el espacio al otro lado de la pared, y volvió a reírse.

—Me alegro de verte tan contento—repuso Tomás.—Pero es lamentable que haya tanta malignidad en tu alegría.

—¿Cómo no ha de estar alegre un hombre tan útil como soy y tan embarazado como estuve? Si no hubiese robado yo tres dineros, ¿cómo sería, Juan, el entusiasmo? ¿No es agradable ser el clavo en el que Juan cuelga su virtud llena de humildad, y Tomás su inteligencia roída por los mitos, para airear una y otra?

—Creo que lo mejor es que me vaya.

—Estoy de broma, mi buen Tomás, estoy de broma. Quisiera solamente saber si es verdad deseas besar al viejo Judas, a este vil ladrón que sustrajo tres dineros para dárselos a una prostituta.

—¿A una prostituta?—exclamó asombrado Tomás.—¿Se lo has dicho al Maestro?

—Vuelves a la duda, amigo mío. Sí, a una prostituta. ¡Pero si supieses lo desgraciada que era! Hacía dos días que no había comido nada.

—¿Estás bien seguro?—interrumpió Tomás, turbado.

—Sí. Estuve dos días con ella, y me di cuenta de que no comía nada; solamente bebía vino tinto. Así, que se caía de desfallecimiento, y yo me caí con ella.

Tomás se levantó, y cuando se hubo alejado unos pasos exclamó:

—En verdad, creo, Judas, que Satanás es el que te inspira.

Y mientras que se perdía en la penumbra crepuscular, oyó el sonido de la caja en manos del que acababa de dejar. Le pareció que con aquel sonido se mezclaba la risa del Iscariote.

VIII

Pero ya al día siguiente, Tomás se vió obligado a reconocer que se había engañado, al observar a Judas sencillo, bueno y grave al mismo tiempo. Ya no hacía gestos, ya no se entregaba a sus malignas bromas, no ultrajaba a nadie, sino que desempeñaba sus funciones de ecónomo silenciosamente y con impecable celo. Era tan hábil como antes: hubiérase dicho que no tenía dos piernas como todo el mundo, sino una docena de pies a su servicio; andaba suavemente, sin quejarse, y ya no se escuchaba la risa de hiena que solía acompañar a cada uno de sus actos. Cuando Jesús hablaba, Judas se sentaba en un rincón; cruzaba las manos, se recogía, y sus ojos tenían una mirada tan buena, que muchos lo notaron. Cesó igualmente de calumniar; guardaba silencio durante largas horas, hasta el punto de que el mismo severo Mateo juzgó posible dirigirle un cumplido, aplicándole estas palabras de Salomón:

«El insensato demuestra desprecio a su vecino, pero el hombre prudente guarda silencio.»

Y alzó el dedo, recordando así la anterior maledicencia de Judas. Pronto observó todo el mundo el cambio que se había operado en él, y todos se felicitaron. Sólo Jesús continuaba mirándole con aire lejano, pero sin demostrarle nunca hostilidad. El mismo Juan, a quien Judas respetaba profundamente ahora porque era el discípulo predilecto del Maestro y era el que había intercedido por el Iscariote en el asunto de los tres dineros, le trataba con alguna mayor indulgencia; a veces, hasta le dirigía la palabra.

—Judas—le preguntó un día, con aire condescendiente,—¿quién crees tú que será el primero al lado de Jesús en su reino celestial, Pedro o yo?

Judas reflexionó y contestó:

—Creo que serás tú.

—Pedro se imagina que será él—exclamó Juan con una sonrisa.

—No, porque al oír gritar a Pedro, se escapan todos los ángeles. Oye cómo chilla. Ciertamente, tú y él discutiréis por quién ha de ser el que ocupe el primer puesto, porque también él asegura que ama a Jesús; pero él es ya bastante viejo y tú eres joven; él es pesado y tú corres de prisa; tú entrarás el primero con Cristo. ¿No es verdad?

—Sí, yo no abandonaré a Jesús—afirmó Juan.

El mismo día, Simón Pedro hizo a Judas la misma pregunta. Pero, de miedo que su vozarrón no llegase a otros oídos, llevó al Iscariote detrás de la casa, a un lugar apartado.

—¿Cuál es tu parecer?—preguntó Pedro con ansiedad.—Tú eres inteligente; el mismo Maestro ha alabado tu discernimiento; dime la verdad.

—Tú serás el primero, no lo dudes—contestó sin ningún titubeo Judas, y Pedro exclamó satisfecho:

—¡Bien lo decía yo!

—Pero ten la seguridad de que él tratará de quitarte el primer puesto.

—Evidentemente.

—Sin embargo, ¿qué podrá hacer, si tú ocupas ya ese puesto? Porque tú serás el primero en entrar con Jesús, ¿verdad? ¿No le dejarás solo? ¿No te ha bautizado Él, Pedro?

El apóstol puso la mano en el hombro de Judas y declaró con ardor:

—Te digo, Judas, que eres el más inteligente de todos nosotros. Pero ¿por qué te muestras tan sarcástico y tan malo? El Maestro se disgusta; si quisieras, podrías llegar a ser su discípulo preferido, tanto como Juan. Pero ni a ti ni a él cederé mi puesto al lado de Jesús, ni en la tierra ni en el cielo. ¿Lo oyes?

Y Pedro levantó el brazo en actitud amenazadora.

Así se esforzaba Judas en ser agradable a todo el mundo; sin embargo, a nadie comunicaba sus pensamientos secretos. Manteníase aparte, discreto y reservado, y cuando hablaba, sabía decir a cada cual lo que más le agradaba. Aprobaba en estos términos preciosos al buen Tomás:

—Los imbéciles creen cualquiera cosa; pero el sabio está atento a lo que mira.

A Mateo, inclinado a la gastronomía y que manifestaba cierta vergüenza por esta debilidad, citaba los proverbios del sabio Salomón, tan venerado por el apóstol:

«El justo come hasta saciarse; pero el vientre de los malos siente vacío.»

Poco a poco, sus palabras amables se hicieron también raras, lo que las confirió un valor particular y mayor todavía. Por lo general se callaba, escuchaba con atención todo lo que se decía y reflexionaba profundamente. Sin embargo, cuando meditaba, Judas tenía un aspecto risible y antipático, que inspiraba aversión, al mismo tiempo que espanto. Mientras que su ojo sano y astuto se movía, el hombre parecía sencillo y bueno; pero en cuanto su mirada se inmovilizaba y la piel de la frente bombeada se arrugaba y se contraía, adivinábase que muy raros pensamientos se agitaban bajo su cráneo, y esta idea era obsesionante para quien le observaba. Aquellos pen-

samientos desconocidos, que no podían formularse, envolvían en prolongado silencio y en misterio al Iscariote en meditación, y hubiérase preferido a esta enigmática actitud frases, gestos y hasta mentiras. Porque la misma mentira, traducida por las palabras del lenguaje humano, hubiera parecido verdad y luz en comparación de aquel mutismo profundo, sordo y sin eco.

—¿Estás sumido de nuevo en tus pensamientos, Judas?— gritaba Pedro;—y la voz clara que salía de su boca riente, en aquel rostro de contornos vigorosamente dibujados, desgarraba de repente la bruma taciturna de los ensueños de Judas, y los echaba no se sabía a qué rincón sombrío.

—¿En qué piensas?

—En muchas cosas—contestaba el Iscariote con apacible sonrisa.—Habiendo observado el mal efecto que aquella melancolía producía en sus compañeros, se alejaba más frecuentemente del círculo de los discípulos; daba largos paseos solitarios o bien se aislaba trepando al techo llano de la vivienda, donde se sentaba sin ruido. En varias ocasiones, Tomás había experimentado un vago terror al tropezar en la oscuridad con un obstáculo gríseo, del que salían de repente, al mismo tiempo que su voz chancera, los brazos y las piernas de Judas.

Sólo una vez, en el transcurso de una discusión a propósito de la atribución del primer puesto en el reino de los cielos, el Iscariote recordó de una manera clarísima y extraña al Judas de otros tiempos. Querellábanse Pedro y Juan, en presencia del Maestro, defendiendo con ardor sus respectivas prerrogativas; enumeraban sus títulos, medían el grandor de su amor a Cristo, se arrebatában, y, perdiendo toda circunspección, llegaron hasta injuriarse. La cólera ponía a Pedro amorado y su voz tronaba; Juan, pálido y dueño de sí, tenía las manos temblorosas y sus frases brotaban agrias y mordientes. La disputa se hacía inconveniente, y el Maestro empezaba a fruncir el ceño, cuando Pedro, lanzando por casualidad una ojeada a Judas, se puso a reír con satisfacción; también Juan

miró al Iscariote y sonrió a su vez: ambos se habían acordado de lo que el astuto Judas les había dicho. Recreándose por adelantado con la alegría de una victoria inminente, tácitamente, los dos eligieron por juez a Judas, y Pedro exclamó:

—Dinos, Iscariote; dinos quién ha de ser el primero al lado de Jesús, si él o yo.

Pero Judas guardó silencio; respiraba con dificultad, y sus ojos interrogaron apasionadamente a los ojos azules y tranquilos de Jesús.

—Sí—asintió Juan en tono condescendiente;—dile quién ha de ser el primero junto a Jesús.

Sin apartar su mirada de los ojos del Salvador, Judas se levantó lentamente, y contestó con voz sorda y grave:

—¡Yo!

Jesús bajó los párpados. Y, golpeándose el pecho con su dedo huesudo, el Iscariote repitió, triunfante y severo:

—Yo; yo seré el primero al lado de Jesús.

Y salió. Ante aquella insolencia, los discípulos se habían callado; de pronto, como si hubiera recordado algo, Pedro murmuró bruscamente a Tomás:

—¡Ah! Eso es lo que pensaba... ¿Has comprendido?

IX

Precisamente por aquella época dió Judas el primer paso decisivo hacia la traición: fué, a escondidas, a casa de Anás, el sumo sacerdote. Recibiéronle muy fríamente; sin turbarse, pidió una audiencia, que concluyeron por concederle. A solas con el sumo sacerdote, anciano seco y austero que, desdeñosamente, le miraba por bajo de sus párpados colgantes, contó que él, Judas, era un piadoso israelita, hecho discípulo del Nazareno Jesús con el solo fin de confundir al impostor y entregarle en manos de las autoridades.

—¿Quién es ese Nazareno?—preguntó Anás, con desprecio, y fingiendo oír por primera vez el nombre de Jesús.

Judas hizo como que creía en la sorprendente ignorancia del gran sacerdote, y, con muchos detalles, le habló de las predicaciones del Maestro, de sus milagros, del odio que el Nazareno profesaba contra los fariseos y contra el templo, de sus constantes violaciones de la ley, y, en fin, del gran deseo que abrigaba Jesús: arrancar el poder a los eclesiásticos y crear un nuevo reino. Y Judas supo mezclar tan artísticamente la verdad con la mentira, que Anás le consideró con mayor atención y le dijo con voz indolente:

—¡Hay tantos impostores y tantos insensatos de esos en Judea!

—No como El; es un hombre peligroso—contestó Judas con vehemencia.—Viola la ley. Y es preferible que un solo hombre perezca antes que todo el pueblo.

Anás hizo un signo de aprobación con la cabeza.

—Pero tiene, a lo que creo, muchos discípulos.

—Sí, muchos.

—Y le aman, sin duda, profundamente.

—Sí; afirman que le aman más que a sí mismos.

—¿No tomarán su defensa si queremos apoderarnos de El? ¿No provocarán una revuelta?

Judas lanzó una carcajada maligna.

—¿Ellos? ¿Unos perros cobardes que huyen en cuanto se baja uno para coger una piedra? ¿Rebelarse ellos?

—¿Son verdaderamente tan viles?—preguntó fríamente el sacerdote.

—No son los seres viles los que huyen; al contrario, son los buenos los que corren para escapar de los malos. Los discípulos son buenas personas, y por eso huirán. Son bonachones, y por esta razón se ocultarán. Son excelentes personas, y por esta razón no volverán hasta que haya que enterrar a Jesús... Porque ellos mismos le enterrarán; tú no tienes más que ordenar su suplicio.

—Pero, sin embargo, le aman; tú mismo lo has dicho.

—Los discípulos quieren siempre a su Maestro; pero más le

quieren muerto que vivo. Si el Maestro vive, puede interrogarles, para saber si se han aprendido la lección; si no la saben, son castigados. Pero, muerto el Maestro, son ellos maestros a su vez, y entonces son otros los castigados.

Anás examinó al traidor con penetrante mirada, y sus labios secos se crisparon: era como sonreía.

—Por lo que veo, te han ofendido.

—Nada se te puede ocultar, sabio y perspicaz sacerdote sumo. Has penetrado en el corazón mismo de Judas. Sí, han ofendido al pobre Judas. Han dicho que les había robado tres dineros. ¡Como si Judas no fuese el hombre más honrado de todo Israel!

Y durante largo rato todavía continuaron hablando de Jesús, de sus discípulos, de su nefasta influencia en el pueblo; pero Anás, prudente y astuto, no dió respuesta definitiva. Hacía tiempo que vigilaba al Nazareno y a sus discípulos, y la suerte del profeta de Galilea hacía tiempo también que estaba decidida en los secretos conciliábulos celebrados en casa de Anás con sus partidarios, los jefes y los saduceos. Pero el Pontífice no tenía confianza en Judas, a quien conocía de fama por un embustero y un depravado, y no compartía su confianza en la cobardía de sus discípulos y del pueblo. Anás estaba seguro de su propio poder, pero temía una efusión de sangre; tenía miedo de un motín amenazador; porque los habitantes de Jerusalén eran indóciles, prontos a la cólera; temía, en fin, la intervención brutal de las autoridades romanas. La persecución no serviría sino para aumentar el número de los adherentes de la secta, nueva tierra fertilizada por la sangre bermeja del pueblo que vivifica todo lo que riega; concluiría tal vez por ahogar al mismo sacerdote y sus amigos. Y al ir por segunda vez el Iscariote a casa de Anás, éste, perplejo, no le recibió. Pero Judas insistió, y se presentó por tercera, por cuarta vez, importuno y tenaz, como el viento que noche y día golpea en la puerta cerrada y sopla por las rendijas.

—Veo que el sabio Pontífice tiene miedo de algo—insinuó

Judas, cuando el gran sacerdote consintió al fin en dejarle entrar de nuevo.

—Soy muy poderoso para tener miedo de nada—contestó Anás con altivez. (El Iscariote le saludó servilmente extendiendo las manos.) ¿Qué quieres?

—Quiero entregar al Nazareno.

—No lo necesitamos.

Judas se inclinó y esperó, la mirada fija con sumisión en su orgulloso interlocutor.

—Vete.

—Pero volveré, ¿no es verdad, noble amo?

—No te dejarán entrar, vete.

Otra y otra vez, el Iscariote llegó a llamar a la puerta, y el anciano le recibió. Irascible y preocupado, el Pontífice examinaba al traidor silenciosamente; hubiérase dicho que contaba los pelos del cráneo deforme de Judas. Este se callaba igualmente, como si contase a su vez los pelos de la barbilla gris y rala del sumo sacerdote.

—¿Todavía tú?—gruñó con tono irritado y altivo Anás, mirando con desprecio al hombre de Kerioth.

—Quiero entregaros al Nazareno.

Ambos se callaron y siguieron examinándose recíprocamente con atención. Pero Judas parecía tranquilo, mientras que Anás estaba ya sacudido por una cólera interior, seca y fría como la helada en amanecer de invierno.

—¿Y cuánto quieres por Jesús?

—¿Cuánto daríais?

Con evidente placer, Anás replicó con tono insultante:

—Todos sois unos bribones. Treinta monedas de plata, he aquí lo que daremos.

Y se rió al ver a Judas agitarse con ligereza como si tuviese una docena de piernas.

—¿Por Jesús? ¿Treinta monedas de plata?—exclamó con acento de profundo asombro que divirtió al Pontífice.—¿Por Jesús de Nazareth? ¿Queréis comprar a Jesús de Nazareth por

treinta monedas de plata? ¿Y creéis que se puede vender a Jesús por treinta monedas de plata?

El traidor se volvió vivamente hacia la pared, y se echó a reír, tendiendo sus brazos hacia la superficie blanca y lisa.

—¿Oyes? ¡Treinta dineros! ¡Por Jesús!

Con la misma alegría secreta, Anás añadió con aire indiferente:

—Si no quieres, vete. Ya encontraremos alguien que nos lo venda más barato.

Y, como traperos que, en el fango de una plaza, se lanzan uno a otro algún trapo viejo, y gritan, y juran, y se insultan, se pusieron a regatear con aspereza, con rabia. Ebrio de un raro entusiasmo, Judas daba vueltas, corría, gritaba, enumerando con los dedos los méritos de aquel al que traicionaba.

—¿Y su bondad? ¿Y su dón de curar a los enfermos? ¿No es nada esto, no vale esto nada? ¿Eh? Contéstame con sinceridad.

—Si tú...—trataba de replicar Anás; un ligero color rosado le había subido a las mejillas, y su fría irritación se caldeaba con las palabras inflamadas de Judas, que le interrumpía sin reparo.

—¿Y su belleza? ¿Y su juventud? Es como el narciso de Sarón, como el lirio del valle. ¿No vale esto nada, dime? Tal vez pretendéis que envejezca y no sirva para nada, que Judas os venda un gallo viejo. ¿Es así?

—Si tú...

Anás trataba de interrumpirle, pero su voz caduca era arrebatada como una pluma al viento por las exclamaciones del Iscariote.

—¡Treinta dineros! ¡Pero si eso suma un óbolo por gota de sangre! Ni siquiera hace medio óbolo por una lágrima. Ni un cuarto de óbolo por un sollozo. ¿Y los gritos? ¿Y las convulsiones? ¿Y cuando su corazón cese de latir y sus ojos se cierran? ¿No querriais pagar nada por esto?—rugía Judas avanzando hacia el sumo sacerdote, al que mareaba con los gestos

alocados de sus brazos, de sus manos y con sus palabras en torbellino.

—Treinta dineros por todo—decía sofocado Anás.

—¡Bonito beneficio quieres realizar! Quieres despojar a Judas, quitarle el pan de sus hijos. No lo consentiré. Iré a la plaza pública y gritaré: «¡Anás ha despojado al pobre Judas! ¡Socorro!»

El Pontífice, cansado y completamente aturdido, golpeaba furioso con el pie calzado con una ligera babucha y agitaba las manos:

—¡Vete, vete!

Pero, de pronto, el hombre de Kerioth dobló el espinazo con sumisión y sus brazos colgaron.

—¡Ah!, si hablas así... ¿Por qué enfadarte con el pobre Judas, que quiere solamente el pan de sus hijos? También tú tienes hijos, unos hermosos jóvenes...

—Buscaremos otro; vete.

—Pero yo no he dicho que no cediera. Sé muy bien que otro puede venir, y entregar a Jesús por quince óbolos, por dos óbolos, por un óbolo...

Y Judas se inclinaba cada vez más. Obsequioso y vil, consentía al fin en aceptar la suma propuesta. Con mano temblorosa y seca, Anás, rojo de emoción, le contó el dinero; sin decir palabra, se volvió y se mordió los labios, mientras que Judas examinaba, una tras otra, las monedas, mordisqueándolas. De vez en cuando, el Pontífice le dirigía una ojeada; después, como alguien que se quema, alzaba rápidamente la cabeza y se mordea de nuevo los labios con frenesí.

—Se fabrica tanta moneda falsa hoy—explicó sencillamente Judas.

—Ese dinero ha sido dado al templo por manos piadosas—replicó el otro, volviéndose y ofreciendo a los ojos de Judas su nuca calva y rosada.

—¿Saben distinguir las almas piadosas la moneda falsa de la buena? Sólo los bribones son capaces de ello.

Judas no se llevó a casa el dinero que había recibido; salió de la ciudad y lo escondió bajo una piedra. Hecho esto, volvió lentamente, con pasos tardos, como un animal que, tras un combate encarnizado y mortal, se arrastra trabajosamente hasta su oscura guarida. Pero Judas no tenía guarida, tenía una casa, y en aquella casa vió a Jesús, Jesús fatigado, enflaquecido, agotado por su lucha incesante contra los fariseos, cuyas frentes blancas y lisas de hombres instruídos le rodeaban diariamente en el templo como una muralla. Estaba sentado, con la mejilla apoyada en la pared, y parecía dormir profundamente. Por la ventana abierta llegaban los rumores confusos de la ciudad; afuera, Pedro martillaba y hacía una mesa nueva para el refectorio, mientras que tarareaba una melodía de Galilea. Pero Cristo no veía nada, y dormía con apacible sueño. El era al que habían comprado por treinta monedas de plata.

Judas avanzó sin ruido, con la tierna solicitud de una madre que tiene miedo de despertar a su hijo enfermo, con el asombro de una fiera salida de su cubil, y a la que una blanca florecilla encantara de repente: tocó, rozó los cabellos sudosos del Maestro y en seguida retiró la mano. Luego los volvió a tocar y salió de puntillas.

—¡Señor!—murmuró—¡Señor!

Y se fué a las letrinas, en donde lloró largo rato, retorciéndose los brazos, mordiéndose los hombros y arañándose el pecho. Acariciaba cabellos imaginarios, y murmuraba palabras tiernas y risibles; rechinaba los dientes. Después, cesando de repente de llorar y de gemir, se sumió por entero en una dolorosa meditación; con el rostro inclinado, tenía el aspecto de un desdichado en escucha. Y así permaneció largo tiempo, extraño a todo, como el destino mismo.

X

Durante los últimos días de su corta vida, el infortunado Jesús recibió de Judas constantes pruebas de una afección de

licada, de una dulce ternura, de un amor silencioso. Púdico y tímido como una joven que ama por primera vez, y que es sensible y perspicaz con exceso, adivinaba los menores deseos de Jesús, penetraba en lo más profundo de los sentimientos íntimos del Maestro, de sus accesos de tristeza pasajeros, de sus desfallecimientos de fatiga abrumadora.

En cualquier lugar que Cristo posara el pie, hallaba un suelo blando. Su mirada podía vagar por todas partes; no veía sino cosas agradables. Antes, Judas no gustaba, ni de María de Magdala ni de las otras mujeres que rodeaban a Jesús; les suscitaba mil desagradados y las perseguía con groseras bur-las. Ahora se había hecho amigo de ellas, su aliado divertido y torpe. Lleno de interés, hablaba con ellas de las conmovedoras costumbres del Maestro; las interrogaba largamente, con insistencia, siempre sobre los mismos asuntos; les deslizaba dinero en el hueco de la mano con aire misterioso; y las mujeres traían ámbar, mirra preciosa, el perfume que tanto gustaba a Jesús, y amorosamente se lo vertían en los pies. El mismo Is-carote, regateando con encarnizamiento, compraba muy caro vino que destinaba al Maestro; cuando veía que Simón Pedro, con la indiferencia de un hombre para quien sólo la cantidad tiene valor, bebía de aquel licor raro, se encolerizaba. Y en la Jerusalén pedregosa, en la que faltaban casi por completo los árboles, las flores y el verdor, buscaba, no se sabía dónde, flo-recillas primaverales, finas gramíneas que hacía llegar a Je-sús por mediación de las mujeres. Por la primera vez de su vida, tomaba en brazos a los niños que veía en los patios y en las calles; los besaba de mala gana para que no llorasen, y los llevaba al Maestro. Ocurría a menudo que un chiquillo de narices sucias y rizos negros trepaba a las rodillas del Nazareno pensativo, y exigía caricias y besos. Y mientras que así eran felices ambos, Judas, un poco aparte, paseaba, con el aire de un carcelero adusto que en primavera hubiera dejado entrar una mariposa en la celda de un preso, y fingía después gruñir y quejarse de aquella infracción a la regla.

Por la noche, cuando con las tinieblas venía la inquietud a hacer guardia bajo las ventanas, el Iscariote llevaba hábilmente la conversación sobre Galilea con las aguas tranquilas y verdes campiñas que no conocía, pero que era grata al corazón del Maestro. Y avivaba al pesado Simón Pedro, hasta despertar en él recuerdos adormecidos y hacer que la dulce vida galilea desfilase en cuadros familiares y pintorescos. Jesús escuchaba los dichos alegres, impetuosos y sonoros de Pedro con atención, con la boca medio abierta, como un niño. Sus ojos reían de antemano y a veces su hilaridad era tanta, que el narrador tenía que pararse un instante. Y Juan hablaba todavía mejor que Pedro: no decía nada divertido ni inesperado, pero en él era todo tan sugestivo, tan extraordinario y tan maravilloso, que asomaban lágrimas a los ojos de Jesús. Judas daba entonces con el codo a María de Magdala, murmurando con entusiasmo:

—¡Qué bien sabe contar! ¿Oyes?

—Le oigo, sí.

—Oye mejor. Vosotras, las mujeres, no sabéis escuchar.

Luego, todo el mundo se iba a dormir; Jesús besaba a Juan con tierna gratitud, y su mano acariciadora se posaba en el hombro de Simón Pedro.

Y Judas asistía a aquella escena sin sentir celos; estaba lleno de un desdén condescendiente. Ninguna importancia tenían aquellas historias, aquellos besos y aquellos suspiros, en comparación de lo que sabía él, Judas de Kerioth, el horrible Judas de pelo rojo, crecido como una mala hierba entre piedras.

XI

De una parte, Judas entregaba a Jesús; y de otra, se esforzaba en hacer que fracasaran sus propios planes. No trató, como las mujeres, de disuadir al Maestro de que emprendiese el último y peligroso viaje a Jerusalén; era más bien del pare-

cer de los parientes de Jesús y de los discípulos que purgaban la conquista de la capital indispensable para la victoria completa de su causa. Pero insistía tenazmente sobre los peligros que amenazaban al Maestro, pintaba con vivos colores el odio de los fariseos al Señor, odio que les sugeriría probablemente la idea criminal de matar, en público o en secreto, al profeta Galileo. Todos los días, a todas horas, el Iscariote hablaba de ello a los discípulos; todos, uno tras otro, habían visto a Judas alzar un dedo amenazador, le habían oído proferir con tono severo esta advertencia:

—Hay que velar por Jesús. Hay que velar por Jesús. Habrá que defenderle cuando llegue la hora.

Pero sea que los discípulos tuviesen una fe ilimitada en el poder maravilloso de su Maestro, o la certeza de que su buen derecho triunfaría siempre, o simplemente por ceguera, acogían con una sonrisa las palabras temerosas de Judas, y los consejos incesantes del Iscariote concluyeron hasta por provocar murmullos entre ellos. Cuando trajo dos espadas, que se había procurado no se se sabía dónde, sólo Pedro estuvo satisfecho, sólo Pedro felicitó a Judas; los otros exclamaron con desagrado:

—¿Somos guerreros para armarnos de espada? ¿Es Jesús un jefe de ejército o un profeta?

—¿Y si intentan matarlo?

—No se atreverán cuando vean que todo el pueblo le sigue.

—¿Y si se atreven? ¿Qué ocurrirá entonces?

Juan replicó con tono desdeñoso:

—Podría creerse, Judas, que tú sólo amas al maestro.

El Iscariote, sin ofuscarse, preguntó con viveza, lleno de ardor y de obstinación cruel:

—Pero vosotros le amáis, ¿no es verdad?

Y a cada uno de los fieles que acudían a Jesús repetía sin cesar estas mismas preguntas:

—¿Le amas? ¿Le amas con todo tu corazón?

Y todos afirmaban vehementemente su amor.

A menudo, Judas conversaba con Tomás; alzaba su dedo seco y ganchudo de uña negra y larga, y advertía misteriosamente al discípulo:

—Ten cuidado, Tomás; van a llegar las horas dolorosas. ¿Estáis dispuestos? ¿Por qué no has tomado la espada que he traído?

El apóstol contestaba con explicaciones juiciosas:

—No estamos habituados a manejar armas. Si nos pusiéramos a lucha contra los soldados romanos, seríamos derrotados seguramete. Y además, no has traído más que dos espadas: ¿qué se puede hacer con dos espadas?

—Se pueden encontrar otras. Se pueden coger las de los soldados—replicó Judas impacientado, y el grave Tomás sonrió a su vez bajo su bigote colgante:

—¡Ah, Judas, Judas! ¿Dónde has cogido esas? Se parecen mucho a las espadas de los romanos.

—Las he robado. Hubiera podido coger más; pero alguien gritó y escapé.

Tomás se sumió en sus reflexiones, y tristemente añadió:

—De nuevo has obrado mal, Judas. ¿Por qué robas?

—¡Bah! Puesto que no hay tuyo ni mío...

—Sí; pero mañana preguntarán a los soldados: «¿Dónde están vuestras armas?» Y como no las encontrarán, se castigará a unos inocentes.

Más adelante, después de la muerte de Jesús, los discípulos recordaron las palabras de Judas; pensaron que el Iscariote había querido hacerles perecer al impulsarles a entablar un combate desigual. Y maldijeron una vez más el nombre odiado de Judas de Kerioth, el traidor.

Sin embargo, tras de cada una de estas conversaciones, Judas, irritado, se iba a lamentar con las mujeres, que le escuchaban gustosas. Lo que había de tierno y femenino en el amor de Judas a Cristo le acercaba a ellas, le hacía comprensible y hasta bello a sus ojos; no obstante, como antes, per-

manecía él siempre al lado de ellas, vagamente desdeñoso y distante.

—¿Son hombres?—gemía con amargura al hablar de los discípulos, y su ojo ciego e inmóvil se posaba confiado en María.—No son hombres; no tienen sangre en las venas, ni siquiera por valor de un óbolo.

—¡Pero siempre has de hablar mal de las gentes!—replicaba María.

—¿Yo? ¿Cuándo he hablado mal de alguien?—preguntó Judas asombrado.—Pues bien; sí, lo he hecho; pero ¿no podrían las gentes ser mejores? ¡Ah, María, estúpida María! ¿Por qué no eres tú un hombre? ¿Por qué no puedes llevar espada?

—Es tan pesada, que me es imposible levantarla—objetó ella sonriendo.

—La levantarás, puesto que los hombres son tan poco esforzados. ¿Has entregado a Jesús el lirio que encontré en la montaña? Me levanté muy temprano para ir a buscarle, y el sol era muy picante hoy, María. ¿Se ha alegrado? ¿Ha sonreído?

—Sí. Se ha alegrado, Ha dicho que aspiraba en aquella flor el perfume de Galilea.

—Naturalmente, no le dijiste que Judas la había encontrado, Judas de Kerioth.

—Me suplicaste que no te nombrase.

—No, evidentemente, no había que decírselo, no—suspiró Judas.—Pero hubieras podido charlar y decirlo; las mujeres son muy habladoras. ¿Pero no lo has dicho? ¿No se te ha escapado? Está bien, María; eres una buena muchacha. Ya sabes que yo también tengo una mujer. Me gustaría verla ahora; quizá no sea una mala mujer ella tampoco. No sé nada. Ella decía: «Judas es un embustero; Judas, hijo de Simón, es malo»; por esto la dejé. Pero tal vez es una buena mujer. ¿Qué piensas tú?

—¿Cómo he de saberlo, puesto que nunca la he visto?

—Bien, bien, María. Dime, treinta monedas de plata, ¿es una suma insignificante, o una fortuna?

—No; no es una gran cantidad.

—Así es, así es. ¿Por cuánto te dabas cuando te prostituías? ¿Cinco monedas de plata, diez? ¿Eras de las que se venden caro o barato?

María de Magdala enrojció, bajó la cabeza, y su hermoso pelo dorado le cubrió completamente la cara, de la que no se vió más que la blanca barbilla, graciosamente redondeada.

—¡Qué malo eres, Judas! Yo quiero olvidar, y tú me recuerdas constantemente mi antigua vida.

—No, María, no hay que olvidar lo que has sido. ¿Para qué? Que los otros olviden que eras una prostituta, está bien; pero tú debes recordarlo. A los otros les incumbe olvidar, y lo más pronto posible; pero no a ti. ¿Para qué?

—Pero he pecado.

—El que no ha cometido aún el delito es el que debe tener miedo. Pero el que ya lo ha cometido, ¿qué puede temer? ¿Es el muerto el que tiene miedo de la muerte, o el vivo? El muerto se burla del vivo y de su terror.

Y hablaban amistosamente horas enteras, Judas, ya viejo, seco, horroroso, con su cabeza deforme, su rostro desigual y horrible; María de Magdala, joven, púdica, tierna, hechizada por la vida como por un hermoso sueño.

XII

Transcurría el tiempo impasible; los treinta dineros estaban escondidos bajo una piedra, y la hora terrible de la traición se acercaba implacablemente. Ya Jesús había entrado en Jerusalén, montado en un asno, y el pueblo le había acogido con gritos de alegría, había tendido vestiduras en su camino, le había aclamado.

—¡Hosanna, hosanna! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!

El entusiasmo era tan grande, el amor que vibraba en estas

aclamaciones era tan sincero, que Jesús lloró, y sus discípulos decían con orgullo:

—¿No es el Hijo de Dios el que está con nosotros?

Y, triunfantes ellos también, gritaban:

—¡Hosanna, hosanna! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!

Aquella noche, se separaron muy tarde; cada cual comentaba la alegre y solemne acogida que Jerusalén había dispensado al Maestro. Pedro se agitaba como un loco; parecía poseído por el demonio de la alegría y del orgullo. Gritaba, y sus rugidos leoninos tapaban todas las voces; reía, y sus risas llovían sobre las cabezas de los otros como gruesos cantos redondos; besaba a Juan, besaba a Santiago, besaba hasta a Judas. Confesó ruidosamente que había tenido miedo por Jesús; pero que ahora ya no temía nada, porque había visto el amor que el pueblo profesaba al Maestro. El Iscariote estaba estupefacto, su ojo sano y penetrante se movía sin cesar; reflexionaba un instante, escuchaba de nuevo. Llevó a Tomás aparte, y clavándole en la pared con su mirada aguda, le preguntó, con la voz ronca de perplejidad, de miedo y de vaga esperanza también:

—Oye, Tomás, ¿y si él tuviese razón? ¿Si él tuviese verdaderamente roca bajo sus pies, y yo arena solamente bajo los míos? ¿Qué sucedería entonces?

—¿De quién hablas?—se informó Tomás.

—¿Qué sería entonces de Judas de Kerioth? Entonces, me vería obligado a ahogarle yo mismo para que la verdad triunfe. ¿Quién engaña a Judas? ¿Vosotros o Judas mismo? ¿Quién engaña a Judas? ¿Quién?

—No te entiendo, Judas. Tus palabras son misteriosas para mí. ¿Quién es el que engaña a Judas? ¿Quién es el que tiene razón?

Y Judas, inclinando la cabeza, repitió como un eco:

—¿Quién es el que engaña a Judas? ¿Quién es el que tiene razón?

Y al día siguiente, la misma rara pregunta:

«¿Quién es el que engaña a Judas? ¿Quién es el que tiene razón?», se desprendía del ademán del Iscariote, que alzaba una mano cuyo pulgar, según su costumbre, señalaba hacia atrás, y era siempre aquella interrogación muda la que Tomás leía en su mirada.]

Y se asombró más todavía, y hasta se alarmó, cuando oyó de repente, durante la noche, la voz sonora y como alegre de Judas que clamaba:

—Entonces ya no habrá Judas de Kerioth. Entonces ya no habrá Jesús. No habrá más que... ¡Tomás, estúpido Tomás! ¿No tienes tú nunca el deseo de empuñar la tierra y levantarla? ¿Y de tirarla después, quizá?

—Pero eso es imposible. ¿Qué es lo que dices?

—Es posible—afirmó el otro con convicción.—Y la levantaremos un día u otro, cuando te duermas, estúpido Tomás. Duerme. Yo me divierto, Tomás. Cuando tú duermes, tu nariz canta como una zampoña galilea.

Pero los creyentes, dispersos por el corazón de Jerusalén, se habían ocultado en las casas, detrás de las paredes, y los rostros de los transeúntes se hacían enigmáticos. La alegría se había extinguido. Ya vagos rumores de inseguridad surgían, flotaban, se insinuaban. Pedro, contristado, se ejercitaba en manejar la espada que Judas le había regalado. Y la cara del Maestro tomaba un aire cada vez más triste y cada vez más severo. El tiempo corría muy de prisa, y el día de la traición, implacablemente, se acercaba. La hora de la última cena sonó; la atmósfera estaba cargada de tristeza y de vago terror, y ya repercutían las palabras indecisas que Jesús pronunció a propósito de quien le traicionara.

—¿Sabes tú quién le venderá?—preguntó Tomás volviendo hacia Judas sus ojos francos y claros, casi transparentes.

—Sí, lo sé—contestó Judas, resuelto y rudo.—Tú, Tomás, tú le entregarás. Pero ni El mismo cree lo que dice. Todavía

es tiempo, todavía es tiempo. ¿Por qué no llama El a su lado al fuerte, al bello Judas?...

.....

...Ya no se contaba por días, sino por cortas horas, que volaban rápidamente el tiempo implacable. Era la calma vespéral, era el anochecer: largas sombras se extendían por el suelo, primeras flechas agudas de la inminente noche de la gran batalla. De repente se oyó una voz triste y ruda:

—¿Sabes adónde voy, Señor? Voy a entregarte en manos de tus enemigos.

Un gran silencio prolongado pareció estrechar la paz de la noche y el misterio de las sombras, fijas como lágrimas negras.

—¿No respondes, Señor? ¿Me ordenas marchar?

Hubo un nuevo silencio.

—Permíteme quedarme. ¿No quieres? ¿O es que no te atreves? ¿O es que no querías?

Y seguía el silencio, un silencio inmenso como la mirada de la eternidad.

—Y, sin embargo, sabes que te amo. Tú lo sabes todo. ¿Por qué miras a Judas de esa manera? Es grande el misterio de tus hermosos ojos; pero, ¿es menos profundo el mío? Ordena que me quede... Pero guardas silencio, sigues guardando silencio. Señor, Señor; ¿por qué te he buscado en la angustia y en el sufrimiento? Sí, te he buscado y te he encontrado. ¡Líbrame! Quítame mi carga más pesada que el plomo, más pesada que una montaña. ¿No oyes que el pecho de Judas de Kerioth cruje bajo ese peso?

Y se hizo un postrer silencio, profundo como la suprema mirada de la eternidad.

—Voy a entregarte.

La paz vespéral no se turbó con esta marcha, ningún viento gimió en las ramas, las fuentes no sollozaron, el suelo no crujió, pues era atenuado y débil el ruido de los pasos que se alejaban. Desvaneciéronse y todo se calló. Y la languidez cre-

puscular parecía sumir en un profundo ensueño; su reinado se extendió en largas sombras; se ensombreció más y, de repente, suspiró toda con el rumor desolado de las hojas agitadas; suspiró otra vez y se inmovilizó, en espera de la noche.

Otras voces sonaron, se entrechocaron; hubiérase dicho que acababa de abrirse un saco lleno de voces y que éstas, como, piedras, caían al suelo una a una, dos a dos y, al fin, a montones. Eran los discípulos que hablaban. Y la voz potente de Pedro cubría las palabras de los otros; chocaba en los árboles, caía sobre sí misma. El Apóstol juraba que nunca abandonaría al Maestro.

—Señor—decía con angustia,—Señor, dispuesto estoy a ir a la prisión contigo y hasta a sufrir la muerte a tu lado.

Y la respuesta implacable llegó, sorda, como un eco debilitado de pasos que se alejaban.

—En verdad te digo, Pedro, que antes de que el gallo cante esta noche me habrás negado tres veces.

LEÓNIDAS ANDREIEF

(*Concluid.*)

LA PINTURA PORTUGUESA DEL SIGLO XVI

El viajero que, siguiendo el itinerario antiguo, llega por Badajoz a Portugal, observa al punto un cambio de decoración mucho más grande del que se advierte al trasponer los Pirineos; después de haber recorrido las llanuras de Castilla y Extremadura, con su cobrizo cielo, la falta de agua y arbolado de sus campos de retama y tomillo, las enormes praderas, cortadas por despoblados; después de franquear las abruptas sierras, desde cuyas alturas solía no verse el menor indicio de existencia humana en una milla a la redonda; después de haber cruzado lugares de callejas angostas y laberínticas, y atravesado viejas ciudades y burgos donde apenas se erguían nobles palacios derruídos, al llegar al extremo Occidente, donde se esperaba encontrar aún más acentuados los rasgos exóticos, cambia totalmente el aspecto medioeval y oriental del paisaje.

Un cielo variable, nuboso; un continuo cambio de vegetación en que se unen la flora del Norte y la subtropical; venerables encinas, abedules y hayas, sobre un terreno de ondulantes colinas, suceden a los arenosos desiertos; con antiquísimos alcornoques y cipreses alternan almendros y olivares, camelias, palmeras y naranjos. La fisonomía misma de las ciudades nos parece, aunque desprovista de carácter, menos extraña, más del centro de Europa.

Estas impresiones de viaje evocan en mí la contemplación

de las grandes pinturas portuguesas del pasado. Nuevas y desconocidas grandezas, y, sin embargo, nada de totalmente extraño. Es como si descubriéramos una olvidada colonia de la antigua Holanda. Recuérdase sin querer que este pequeño reino, siempre en constante pugna con su poderoso vecino, se inclinó siempre, desde la Edad Media, hacia el Noroeste, y sufrió la influencia del mar que une a los pueblos entre sí.

Lo que se llama pintura portuguesa, abarca sólo un corto espacio, el de los reinados de Don Manuel (1495) y de Don Juan III (1521-57). Fue aquel el glorioso período de la Monarquía, la época de su mayor fuerza de expansión y de su más floreciente progreso; a la escuela pictórica que brillara entonces puede estudiársela en las tablas reunidas en el Museo de Lisboa, procedentes de las fundaciones eclesiásticas abolidas (1836), como en otro tiempo el disuelto Museo Nacional de Madrid. Pero en las ciudades de provincia se encuentran también importantes grupos y ciclos pictóricos, especialmente en Coimbra, Viseo, Thomar, Setúbal y Oporto. Estas obras no indican, sin embargo, la existencia de escuelas provinciales, como las que en tan gran número florecieron en Italia.

La pintura portuguesa tiene un carácter central, pues la cultura nacional de aquel tiempo era una creación del rey.

Cierto que allí, como en otras naciones de Europa, antes y después de aquel glorioso período, que no es ningún oasis histórico, se pintaba para las iglesias y los palacios, siguiendo casi el mismo estilo. Pero de las pinturas de la Edad Media sólo han quedado fragmentos aislados, y lo que se produjo después de extinguirse la dinastía indígena, se pierde en la corriente niveladora de la evolución seguida por toda la Europa occidental.

Ahora bien; por lo que se refiere al carácter peculiar de estas producciones del siglo de oro del arte portugués, la primera impresión que producen es la de una notable mezcla de rasgos extranjeros y nacionales. Estos se reflejan en los tipos y fisonomías, en el paisaje y en los edificios, en la ornamentación

de las iglesias y en las artes suntuarias; aquéllos en el estilo pictórico y en la técnica, en las relaciones del arte con la vida que le rodeaba. El elemento extranjero se nos presenta en distintos grados de intensidad, pues, prescindiendo de algunas obras importantes, compradas en Flandes mismo, hay otras de holandeses establecidos en Portugal, que vinieron invitados al país y hasta se naturalizaron en él; y, por último, las hay también de portugueses que recibieron en países extranjeros su educación artística. Y éstas constituyen la mayoría que imprime su sello a todo lo demás. Pero, a despecho de la educación extranjera, lo natural, el temperamento, juntamente con la influencia del medio, fueron tan poderosos en estos artistas, que sus obras debieron parecer, indudablemente, a sus contemporáneos eminentemente nacionales. ¡Qué notable contraste se nos presenta aquí entre los efectos y el valor de las relaciones internacionales! ¡Y cuán felices fueron los portugueses en la elección de sus maestros comparados con estos mismos! Pues, por aquella época precisamente, mientras éstos, aprendiendo en Florencia y en Roma, dejaban perder la mejor parte de su herencia, crearon aquéllos una escuela que, si bien se mantuvo en estrecha relación, al principio, con la corte burgúndica, como parecía preciso para el florecimiento de su país, supo conservar su libertad frente al mundo exterior, asir con épica alegría sus múltiples fenómenos y acomodarse a todos los ambientes. Sus cualidades, sólidamente realistas, se unen aquí al encanto de un nuevo escenario, al hechizo de la Naturaleza meridional y a una original cultura.

En este tesoro de monumentos, de carácter tan marcadamente general, se advierten al punto personalidades artísticas diversas; pero como no firmaban sus obras y como no se ha encontrado ninguna de Van Mander o Vasari, hay que aguardar a que el acaso o investigaciones posteriores nos revelen su paternidad. Del medio ambiente en que aquellos artistas se movieron puédese formar idea, no obstante, por las descripciones y monumentos de la época. Los alcázares reales y los pa-

lacios de los nobles tenían los muros de los salones, como las capillas y las logias, cubiertos en invierno de tapices tejidos, en los cuales se refleja la vida de aquel tiempo con más abundancia de detalles y más propiedad que en las tablas pictóricas. En la capilla real del antiguo palacio Paço de Alcaçova, de Lisboa, se ve al rey Manuel rodeado de su Consejo de magnates, «dando órdenes para conquistar las Indias». Este gran monarca mandó representar, en una serie de 28 tapices, el descubrimiento y conquista de las Indias por Vasco de Gama y los otros héroes marítimos de aquel tiempo, cantados por Camoens en el 10.º canto de los *Lusiadas*. Estas gloriosas escenas acompañaban al monarca en sus cambios de residencia. El cuadro tan alabado por el italiano Gio B.^a Venturini (que se encontraba allí en 1571) (1), y que representaba la lucha del arcángel San Miguel con el dragón, es probablemente el que Raczynski vió en el palacio del Duque de Palmella. En el palacio del Duque de Braganza, en Villaviciosa, están representadas las glorias de la Casa de Braganza en frescos que adornan el arranque de las escaleras, y asimismo en tapices, y el palacio de Madrid conserva la serie de las *cinco esferas*, traídas de Lisboa cuando la fundación del Buen Retiro.

Las profundas transformaciones políticas que vinieron a cortar de un modo brusco la evolución de la cultura que en las tablas de esos maestros educados en Flandes se revela, tuvo una consecuencia característica, y fue que estos cuadros hicieron sobre las generaciones siguientes una impresión tan especial y al mismo tiempo tan homogénea, que acabaron por perder enteramente el carácter personal y en parte exótico de los distintos maestros. Todo ello cristalizó en un nombre único, en un *Apeles portugues*, *Vasco* el gran *Vasco*, o *grao Vasco*, epíteto que merece plenamente por su actividad sin semejante. El pri-

(1) Descripción del viaje de Venturini, en un manuscrito de la Biblioteca de Dresde; fue publicado por Herculano en el *Panorama*, Lisboa, 1841, y en sus *Opúsculos*, Lisboa, 1844.

mer testimonio de este proceso de absorción de la escuela nacional por un solo artista, se contiene en un artículo del *Abecedario pictórico* de Orlandi (Venecia, 1753), obra del editor Guarienti, que en 1733 llegó a Portugal y permaneció allí tres años. Este páter encontró difundidos por todo el reino los cuadros de Vasco, que llenaban así los palacios reales como los monasterios de fundación real y las iglesias. El autor del artículo supone que floreció el artista en 1480, y que se formó en la escuela del Perugino, elogiando la claridad con que por medio del gesto logró expresar las emociones del espíritu. También alaba la buena disposición en el espacio (*risalto*), los bellos edificios y los paisajes llenos de verdad que en sus obras se admiran. Esta descripción de la antigua pintura portuguesa concuerda con las observaciones de un contemporáneo, del pintor Francisco de Hollanda (nac. 1515) en sus *Conversaciones sobre la pintura* (1548) (1), trasunto de diálogos sostenidos por él en Roma, en San Silvestre, con Miguel Angel, Vittorio Colonna y otros. A decir verdad, repite demasiadas veces con secas palabras que viene de un país «donde el arte de la pintura no es conocido y muy poco estimado». Pero esta afirmación no es otra cosa que una forma de expresión de su despecho. Así se pregunta: ¿Es acaso la pintura la representación de torres y castillos, de reyes y emperadores en trajes de brocado, de damas suntuosamente ataviadas, de paisajes, campiñas y ciudades? ¿Ha de pintar ángeles, santos, el mundo entero? ¿Habrá menester de oro y plata y de colores muy finos y animados? «No—contesta Buonarrotti;—la pintura no consiste en esa masa de cosas.» «Esa pintura flamenca—añade él—que trata de engañar los ojos por medio de objetos agradables o superiores a todo reparo, santos y profetas, edificios, verdes campiñas con sombras de arboleda, ríos y puentes; en la que no hay in-

(1) Se publicó primero esta obra traducida al francés por Raczynski, página 554. El original lo publicó J. de Vasconcellos, Ponto 1896, con traducción alemana y comentarios, Viena, 1899.

telecto, simetría ni proporción, verdad ni grandeza, es una pintura sin cuerpo ni vigor. Sólo la pintura italiana merece el nombre de pintura.»

Al decir esto, parece dirigirse Hollanda a los pintores portugueses de su tiempo, los cuales no eran de su agrado; esa característica irónica de la pintura holandesa, que servía de modelo a sus paisanos, justificaba para él los reproches de Buonarrotti. También se trasluce en sus palabras el despecho del artista que no encontró en Portugal la fama a que se creía con derecho; en 1572 dirigióse a Felipe II en demanda de trabajo. Ufano de haber frecuentado el trato de un coloso de la talla de Buonarrotti, quiso dar a entender a los portugueses que no debían confundirle con sus demás colegas, por apreciados que fuesen.

Que ya en la segunda mitad del siglo había cesado la admiración a esos pintores, parece inferirse también de los *Lusiadas*, de Camoens, 39, donde éste interrumpe la descripción de una galería de grandes portugueses, para quejarse de que los pintores del día carezcan del respeto, recompensa y estímulo, que son los padres de las artes:

... mas falta-lhes pincel, faltam-lhes cores,
honra, premio, favor que as Artes criam,
culpa dos viciosos sucessores,
que degeneram.

De otro modo se expresaba, en verso también, en el tercer decenio, García de Resende (en su *Miscelánea*), al decir: «Los pintores e iluministas de hoy no son como los antiguos; los plateros y escultores son más finos y mejores que los de épocas pasadas. Tenemos ahora al gran Miguel, Alberto y Rafael, y en Portugal los hay tan grandes y naturales, que pueden competir con ellos.»

... e em Portugal ha taes
tam grandes e naturais
que vem quasi ao nivel.

Ahora bien; las impresiones y juicios que aquí he reunido sobre la antigua pintura portuguesa, son el resultado de una estancia de seis semanas en el país, en el otoño de 1882, en cuyo espacio de tiempo visité, además de los palacios de recreo de Batalha y Alcobaza, de fama universal, las ciudades de Coimbra, Viseo, Oporto, Evora y Setúbal. Al estudiar los cuadros que se conservan en la capital, tuve la suerte de que por aquel tiempo se celebrase en el Palacio de Combal una *Exposição retrospectiva de arte ornamental*, en la que, además de los mejores cuadros de la Galería (antes en la Academia), figuraban también muchos de la propiedad del anciano rey y de su segunda esposa, la Condesa de Edla, aunque sólo como ornato de las paredes, sin registro en el catálogo. Al cerrarse los conventos, muchas y valiosas joyas pictóricas habían ido a parar a manos de particulares; Fernando de Coburgo, artista el mismo, era un conocedor harto experto y un coleccionador harto celoso para dejar escapar esa ocasión. Otros tesoros artísticos quedaron olvidados en los depósitos; y en un segundo viaje que hice en el otoño de 1890, eché de menos muchas obras interesantes. Los cuadros habían sido trasladados, entretanto, al nuevo «Museu Nacional de Bellas Artes».

De gran ayuda me fue en el estudio de los cuadros el conocido libro del Conde Raczynski, embajador que fue de Prusia en Lisboa por los años de 1842 a 1845. Dicho libro es una especie de archivo, pero sin ordenar; una intrincada serie de datos, extractos de documentos y de libros raros, páginas de memorias y de revistas, recogido todo por el orden en que iban llegando a noticia del autor, cuyas opiniones cambian a cada instante. Una colección de materiales para facilitar el estudio, que tiene el encanto de lo inmediato, y que, por su misma falta de resultados concretos, constituye un estímulo para ulteriores y más provechosos trabajos. Investigaciones de esta índole, unas veces infructuosas, coronadas otras por un feliz acaso, no han faltado en la media centuria transcurrida desde entonces; pero si el juicio crítico se ha asentado de en-

tonces acá sobre un fundamento seguro, débese a un conocimiento más profundo de la antigua pintura neerlandesa que el que se tenía en tiempos del Conde. Este progreso ha sido obra exclusiva de los eruditos del país; los alemanes hasta ahora no tuvieron parte en él.

La pintura portuguesa arranca, como se ha dicho, de tiempos anteriores al siglo xvi; pero las obras de los muchos y fecundos maestros de esta edad de oro han eclipsado a los anteriores y los han sumido en el olvido; la época de lo barroco lo ha ahogado luego casi todo. Sólo se han conservado fragmentos.

Los magníficos templos góticos de los siglos xiv y xv habían sido adornados con frescos y vitrales, según el estilo nacido en Francia y difundido entonces por toda la Europa occidental, sin que faltasen tampoco los retablos pintados. En Batalha puede verse aún la antigua pintura en la bóveda de la sacristía. Noticias antiguas hablan de retratos de la corte; Felipe II llevóse a Madrid los retratos de los reyes, que en tiempos de Felipe IV se hallaban colgados de los muros en la galería del Norte del Palacio de Madrid. En la colección de Ambras había un retrato de Don Juan I y su nieta Leonor, madre de Maximiliano I. Y en la Exposición de 1882 figuraba una *Misa de San Gregorio*, que recordaba la manera de Roger van der Weyden; pero las inscripciones doradas con los nombres de los trece santos, entre ellos Isabel de Portugal, estaban en lengua portuguesa.

De la primitiva escuela indígena, anterior a la invasión de los holandeses, sólo pude encontrar, en aquel viaje de exploración, un monumental ciclo de cuadros, en la iglesia de los Templarios, de Thomar.

El antiguo templo del que fue convento de esta orden en Thomar, residencia—desde 1449—de la Orden del Cristo, fue el núcleo central y el nexo de construcciones arquitectónicas que abarcan desde Don Juan II hasta Felipe III, y atestiguan en un simbolismo arquitectónico las vicisitudes de los tiempos,

desde el siglo XII al XVI. El primitivo polígono de diez y seis lados encierra una ochava de circuito abovedado, que descansa sobre columnas románicas. El antiguo retablo con la *Crucifixión* ocupaba las tres arcadas del ala occidental; sólo se ha conservado el ala izquierda, *María y Juan rodeados de santos*. Ocho parejas de angélicas figuras, con instrumentos de la Pasión, se yerguen en las superficies exteriores de la ochava sobre el muro, en el estilo del siglo XV, si bien las figuras han sido retocadas. En el muro del polígono exterior, de diez y seis lados, entre las ventanas, debajo de frescos casi borrados, encontrábase aún, en bonísimo estado de conservación, doce enormes tablas, pobladas de figuras, representando escenas de la vida de Cristo. La mayor parte desaparecieron poco después de haber desalojado los monjes el convento. Sólo quedaron cuatro, los cuales, tras un viaje a la capital, volvieron al lugar que ocupaban: *El capitán creyente*, *La resurrección de Lázaro*, *La entrada en Jerusalén* y *La Ascensión*.

Estos cuadros, aunque no más antiguos que de la época de Don Manuel, Gran Maestro de la Orden del Cristo y renovador de esta iglesia, presentan un estilo mucho más arcaico. La composición es primitiva y tosca; las cabezas son de una rigidez típica; las extremidades, empero, están bien dibujadas; las fisonomías son formulistas; los paños están dispuestos en pliegues tubulares, y los semblantes son inexpresivos; sin embargo, el conjunto no se halla exento de dignidad y grandeza, y los colores son vivos, con mucho oro y brocado. Las dos manos alzadas indican la sorpresa; cruzadas sobre el pecho, la emoción. La madonna arrodillada en el *Lázaro*, de una noble belleza, como una figura de otro mundo, es un verdadero enigma. Los magníficos fondos de estos cuadros indemnizan largamente de todo lo demás; siéntese allí la alegría del pintor en la hermosa y florecida campiña, con su pomposa arboleda, los magníficos palacios que coronan los montes, y las ciudades con edificios, llenos de característicos detalles. Un puerto con buques y una animada marina, hacia la cual fluye el torrente

humano que sale por la puerta de la ciudad, adornan el cuadro de *La Ascensión*.

Los holandeses.

Existen testimonios que comprueban la presencia de pintores holandeses en Portugal desde el siglo xv. En una iglesia derruida de Thomar se ha encontrado la lápida de un pintor de Brugge, Joannes Dralia, 1504, de lo cual ha hablado el Vizconde de Juromenha (1). Dralia es seguramente un nombre latinizado: *drall*, *dralle*, quiere decir hermoso, bien desarrollado; *dralch* es una forma dialectal que se emplea para motejar a un hombre gordo.

Bajo el reinado de Don Manuel, el reputado pintor Francisco Hernández hizo venir de Flandes, para que pintasen en la Audiencia de Lisboa, a siete u ocho maestros, que en 1518 murieron de la peste (Raczynski 212).

La ciudad de Oporto posee dos importantes pinturas monumentales flamencas del segundo decenio del siglo xvi. La antigua iglesia de San Pedro de Miragaya conserva el retablo de una capilla de familia, fundada en 1515 por el vecino Juan de Deos y su mujer María Díaz. La tabla central del gran tríptico contiene una representación de la primera Pentecostés; la izquierda muestra la efigie del fundador con el Bautista, y la derecha al apóstol San Pablo. Estas figuras, la notable arquitectura interior del tríptico, así como la madera de encina de que están formadas las tablas, indican que esta obra se hizo en el país. La escena de la infusión del Espíritu Santo,

(1) En la *Revista Crítica de Bellas Artes*, Lisboa, 1876, I, 65 s.

Ossa : venerabilis : pictoris :
 Flandiensis : y : Bructs :
 oriundi : Joannis : Dralia :
 hic : requiescunt : qui : viam :
 diu : versam : carnis : egrediens :
 obiit : anno : Domini : Mill : 6.^o
 IIII : 3.^a Januarii

donde María se halla genuflexa ante un reclinatorio cubierto de brocados, teniendo a ambos lados a los Apóstoles, presa de viva emoción, recuerda otro cuadro de la edad de oro de la pintura portuguesa, de que más adelante hemos de hablar. Interesante resulta también lanzar una ojeada a la sala de ricos aposentos en estilo gótico, con ventanas en forma de ajimeces, a las callejas de la suntuosa ciudad, a las casas de los mercaderes tan notables, con sus techumbres almenadas y sus ventanas cupuliformes y cintradas.

La otra obra es la celebrada pintura del Hospital de la Misericordia, con la leyenda *Fons vitæ, Fons pietatis*, representando la adoración de la sagrada sangre. El destino que primero tuvo fue el de servir de retablo en la capilla de Santiago en el Sé, donde la Hermandad, fundada en 1499 por el rey Manuel, celebraba sus fiestas; actualmente se conserva en una sala del Hospital.

El punto central del cuadro lo constituye la representación simbólica del Sacramento de la Eucaristía; del fondo de una enorme fuente de mármol, llena de sangre, se eleva el crucifijo, y en los bordes oran San Juan y la Virgen, con dolorido gesto. Delante de la fuente se muestran de rodillas el Rey y su segunda esposa María, ambos de perfil (acaso tomó el pintor sus efigies de las monedas), y con ellos seis niños y dos niñas, entre los cuales figuran el Príncipe heredero Juan, e Isabel, futura emperatriz; el tercer niño, Alfonso, tiene delante el capelo cardenalicio que en 1518 recibió. A la izquierda se ve al Arzobispo de Lisboa, D. Martinho da Costa, con el Proveedor, que sostiene los estatutos, y al lado allá los doce maestros artesanos y seis monjas a la derecha.

Innegable es en esta importante obra el carácter puramente holandés. Las caras—sólo hay entre todas las figuras un tipo moreno,—la tierna fusión del modelado, en tonalidades de un amarillo oscuro, podían recordar al conocido maestro de Brugge, y también, por su frío colorido, a Bernardo van Orley. Aún más notable es este carácter exótico en el magní-

fico montuoso paisaje: aquél es el arado valón y aquéllos los caballejos frisonos que se emplean en la labranza, y hasta las flores que la pradera esmaltan pertenecen a una flora distinta de la portuguesa. Finalmente, ciertos detalles significativos hacen dudar de que sean aquéllos el Rey y la Reina, y Pacully considera esta obra como producción puramente flamenca, que se pintó en Brugge con motivo de la gran fiesta religiosa de aquella ciudad, la fiesta *du precieux sang*; en la perspectiva de la ciudad que hay a la izquierda se ha llegado a señalar la torre de Notre Dame du lac d'amour. Pero todo esto se explica fácilmente: el cuadro fue pintado en Flandes, con sujeción a un programa enviado desde Portugal, pero teniendo a la vista modelos flamencos. Tales rasgos exóticos, propios de una obra importada, produjeron indudable disgusto y avivaron el deseo de libertar al arte indígena de esta servidumbre.

La figura del rey Manuel puede verse asimismo en un cuadro pintado también en Flandes, con destino a la isla de Madeira, y llamado *Nossa Senhora da Misericordia*, en el cual se ha reconocido una obra eminente del pintor Juan Provost.

El pedido más importante que por aquel tiempo despacharon los talleres de Brugge, se refiere a las grandes pinturas de *La vida de la Virgen*, para la Capilla mayor de la Catedral de Evora, y que actualmente se conserva en una sala del Palacio Arzobispal. A ellas hay que añadir aún doce tablas más pequeñas. Estas tablas fueron pintadas, por encargo del obispo Alfonso de Portugal (1445-1522), por una sociedad de pintores locales del círculo de Gerardo David.

Fray Carlos, el pintor de Evora.

En el monasterio de Evora podían verse en otro tiempo obras notables de un pintor flamenco allí establecido, que en 12 de Abril de 1517 ingresó en el convento de Espinheiro, y pintó los retablos del mismo y del convento de Santa Marinha da Costa, junto a Guimaraes: Frey Carlos.

Su nombre, que ha sido salvado del olvido por el pintor Taborda (1), se encontró en un cuadro que representaba *El Santo Entierro*, propiedad de Roquemont.

Los cuadros de este Frey Carlos ocupan un puesto de honor entre las tablas antiguas portuguesas del Museo de Lisboa. Son estos cuadros: *La Anunciación*, *La Resurrección*, *Cristo apareciéndose a su madre*, *La Ascensión a los cielos*, *La Asunción*, *La Pentecostés* y *El Buen Pastor*. *El pesebre de Belén*, del altar de la Casa de Ferros, es, a juicio de Taborda, el mejor de estos cuadros, la obra en que puso de manifiesto Frey Carlos toda la fuerza impulsiva de su genio; ¡lástima que haya sido retocado tan despiadadamente! A las obras enumeradas hay que añadir la tablilla que representa el lienzo de *La Verónica* sostenido por dos ángeles.

Estos retablos sorprenden por la originalidad de la inventiva y la maestría de la técnica. Carlos representa un período de transición; por la ternura y profundidad de sus creaciones es todavía hijo del tiempo antiguo; pero a la vez tiene ya la soltura propia de los modernos tiempos, y emplea el lenguaje ornamental del estilo plateresco. Sus figuras reflejan admirablemente la impresión maravillosa o patética de los trances en que se encuentran; están llenas de vida, y la noble expresión que supo infundirles dista tanto de la indiferencia como de la exaltación. Pero donde más sobresalía era en la pintura del espacio. Es maestro en el arte de dar fondo a sus figuras y en combinar escenas y paisajes, en los cuales, un segundo término, animado por rocas, grupos de encinas y cipreses y ciudades, deja ver una soleada lontananza y un suelo accidentado. En sus grupos de animadas figuras, dotadas de gran variedad, sobresalen enérgicos perfiles varoniles al lado de nobles y tiernas cabezas femeninas, de largos y finos óvalos y nacaradas mejillas. El colorido es claro, el modelado magistral, la ejecu-

(1) José da Cunha Taborda: *Regras do arte da pintura*. Lisboa, 1815.

ción sumamente cuidada, hasta en las pestañas, en la comisura de los labios y en el brillo de los cabellos.

Por más de un detalle recuerda Frey Carlos al pintor Juan Joest de Calcar; sobre todo, en algunas obras como *La Ascensión*, en la que no parece probable se trate de una simple coincidencia casual, al paso que la magnífica representación de *La Pentecostés* en una salita italiana con vestíbulo, pilastras y columnas corintias, deja presumir otras orientaciones.

El Museo de Oporto (núm. 213) posee una figura de Madona, de clara y tierna ejecución. La forma entrelarga del rostro, la frente recta con la diadema de oro y perlas, vuelve a recordar a Gerardo David. Los cabellos rubios descienden hasta los hombros en rizados bucles; el traje encarnado lleva encima un manto de piel azul claro; a la derecha florece un ramo de blancas rosas.

En las cercanías de Viseo radica la villa episcopal, a la que da acceso una alameda de castaños y encinas centenarias, la *Quinta de Fontello*. Al edificar allí el Obispo D. Juan Manuel (1610-25) una nueva capilla dedicada a Santa Marta, debieron trasladarse a las salas de esta villa los cuadros de la antigua. Las tablas dispuestas en forma de tríptico, representando la *Visita de Jesús a María y Marta* y *La Comunión de los Apóstoles*, no puede ser, en mi concepto, obra de ningún otro artista sino de Frey Carlos, sobre todo si se atiende a la original fantasía arquitectónica con que el autor distribuye allí los distintos grupos y escenas en el espacio, hábilmente ampliado por medio de vistas al exterior.

La sala de *La última cena* coge una tabla central con la hoja izquierda; la derecha la destinó el artista para el vestíbulo. Allí vemos las figuras de las dos mujeres de rizados cabellos rubios, en blancas vestiduras, testigos recatados de la divina acción. Judas baja de prisa la escalera, estrechando sobre su pecho la bolsa. Cristo alza las manos, sosteniendo el áureo cáliz con las hostias, de las que ofrece una a Pedro. De los apóstoles, tres forman grupo conversando y otros dos se les acercan con el

cáliz de cristal. Una puerta de la sala deja ver los preparativos del banquete, la cocina con el cordero, un vasar con las copas para el vino; en una hoja del tríptico se divisan en lontananza escenas de la Pasión, y un grupo de guardias y jinetes. Una mezcla ingenua, pero encantadora, del estilo religioso con el de los cuadros de costumbres.

Los portugueses en Amberes.

Esta difusión de la pintura flamenca tuvo que producir, tanto en los círculos de los aficionados como entre los artistas mismos, impresiones muy contradictorias. Su valor pictórico suscitaba la admiración de los inteligentes, al mismo tiempo que la envidia y la emulación de los profesionales; como producciones de un país tan distinto, parecían exóticas; el temperamento flamenco chocaba a los meridionales por su frialdad. Pero los reyes, comprendiendo que las brillantes cualidades que habían valido la supremacía a la pintura flamenca podían adquirirse por el estudio, y que someterse a su disciplina era el único medio de superar a los maestros, resolvieron enviar a Amberes, como a una academia, a los jóvenes portugueses que mostraban felices disposiciones para la pintura. De este modo se aliaron las cualidades técnicas y pictóricas de los septentrionales con las nacidas del espíritu nacional entre los portugueses.

En la Exposición de 1882 figuraban dos cuadros que pueden reputarse verdaderas joyas; representaba uno de ellos a *El Niño Jesús discutiendo con los doctores*. El divino Niño está apoyado en la columna central de una capilla; los rostros de los doctores reflejan al vivo el asombro, la bondad y la inteligencia. Este cuadro, de cálidas tonalidades oscuras, es de ejecución fina y vigorosa, y revela una gran maestría, sobre todo en los trajes. Pertenece a una serie que, del convento de la Madre de Dios (fundación de la reina Leonor, esposa de Don Juan II), no ha ido a parar a la Academia. De las demás ta-

blas, encontré yo más tarde tres en la colección del señor de Fidié, ingeniero y amigo del rey Fernando. Eran: *La Presentación en el templo* (un aposento en forma de coro con numerosas columnas pulimentadas de color oscuro), *El descanso en la huida* (en el que María se muestra poseída de la más profunda aflicción) y *La lamentación al pie de la Cruz*.

El segundo cuadro del Museo, considerado en otro tiempo como un Holbein (alto, 0,88; ancho, 0,59, regalo del rey Fernando, de 1886, que estuvo en la colección del conde Farrobo, fotografiado por Laurent, núm. 726), es una amable *Madonna*, envuelta en amplio ropón blanco, con mangas de tornasolados colores, sentada en un trono de piedra preciosa al estilo del Renacimiento. Un ángel ofrece al desnudo niño una pera. La mano que María tiene apoyada sobre el brazo del trono, de onduladas volutas, sostiene un clavel. La forma del rostro, la dolorida expresión, recuerdan a Quinten Metsys. En los dos ángulos que van encima de la hornacina hay dos medallones con bustos; en el frontis, el Padre Eterno, figura plástica de medio cuerpo; a uno y otro lado se abren perspectivas sobre el magnífico paisaje. El tono rubio del cabello, la delicada coloración de las carnes, armoniza a maravilla con los brocados y ornamentos del trono. Todo esto denuncia a un discípulo del maestro de Amberes; pero la ornamentación del trono es portuguesa. En la iglesia de San Juan, en Thomar, se ven aún nueve tablas, sacadas de diversos retablos; a ellas pertenecía una imagen del Bautista colocada sobre el altar. La ejecución de estas tablas indica dos pinceles distintos. Tres, que representan *El bautizo de Cristo*, *La tentación* y *Las bodas de Caná*, recuerdan de nuevo a Metsys, aunque la manera de desarrollar el asunto adolezca de amaneramiento, con aquellas carnaciones rojizas y aquellas sombras oscuras.

En el Museo hay un tríptico de la misma mano: *Cristo en la Cruz*, de tonos oscuros, casi monocromo, de modelado liso y primoroso; a ambos lados, respectivamente, la Virgen y San Juan; un paisaje con un castillo en el valle, una ciudad, corti-

jos y alquerías. En las hojas del tríptico, los dos Juanes. Hay además dos dípticos que representan a *San Vicente* y a *San Juan el Evangelista*; *San Jacobo* y *San Agustín* (alto, 1,40; ancho, 0,71).

Mucha luz arroja sobre estos cuadros la interesante circunstancia de que en 1504 entrase como discípulo en la escuela de Quinten Metsys, y en 1508 fuese recibido entre los «vrijmeesters» un portugués llamado Eduard. Un portugués, que no sólo hizo un viaje artístico, sino que se sometió también a la disciplina de la cofradía. Y no fue éste un caso aislado.

En el mismo año de 1504 ingresó Symon Portugalois en la escuela de Goswin van der Weyden, y diez y ocho años después (1522) Allonse Crasto-Alfonso Castro. Otro Simón mencionan también Damián de Goes y Francisco de Hollanda; pero aquí se trata del conocido miniaturista e iluminista Simón Bening o Benichius de Gante, fallecido en 1561, del cual se conserva en el Museo Británico un árbol genealógico de los reyes portugueses, pintado en miniatura por encargo del infante Don Fernando, hijo del rey Manuel. Más adelante se encuentran los nombres de Hanneken (Juan) Velasco con el maestro Jacobo Spueribol (1540). El último de esta lista es Peeter de Castro con Juan Soezewint (1559) (1). Estos artistas interesan poco a nuestro objeto.

(1) Th. Rombouts y Th. Van Lerijs: *De Liggeren der Antwerpsche Sint Lucasgilde*; Antwerpen, 1872, I, 54, 60, 69, 100, 139, 217. Eduward Portugalois. La gloria de haber descubierto a estos portugueses en los «liggere» de Amberes corresponde al Sr. Joaquín de Vasconcellos, un erudito al cual se deben valiosos trabajos de preparación para la historia del arte y la cultura lusitanas y sobre las relaciones entre Portugal, los Países Bajos y Alemania durante los siglos xv y xvi.

En sus obras resplandece un celo despojado de todo interés, por el fomento del arte y de las industrias artísticas, juntamente con un denodado espíritu de lucha contra errores y prejuicios. Su *Archeologia artistica*, editada en cuadernos, demuestra un extenso conocimiento de la literatu-

Estos discípulos de pintores holandeses eran pensionados de los reyes Manuel y Juan III, cuyos comisionados en Amberes tenían el encargo de pagarles las pensiones, a la vez que de vigilar sus estudios. Las relaciones mercantiles entre Flandes y Portugal eran antiguas; ya en 1386 construyeron los portugueses en Brugge un lonja propia. De los comisionados y mercaderes que, desde el descubrimiento de una vía marítima para las Indias occidentales y la fundación de la factoría portuguesa (1503) residían en Amberes, nos habla Durero en su *Diario*; Francisco Brandan (Brandao Pereira) y Ruderico (Ruy Fernández de Almada), más tarde embajador en Francia, eran de la más noble estirpe. Durero les hizo donación de sus mejores grabados en cobre, los retrató al carbón, y pintó para ellos una cabeza de niño, un San Jerónimo y una Verónica. Ellos, a su vez, le sentaban a su mesa, le obsequiaban con vinos del Sur y curiosidades ultramarinas. Los regalos de Durero los han conservado hasta nuestros días los descendientes de aquel Ruderigo en su villa de Azeitao, junto a Setúbal. El cuadro de San Jerónimo, al disolverse la familia, fue vendido por el administrador del último Conde (1880) al Gobierno, y trasladado al Museo (0,60 por 0,48), donde yo le vi en 1882, y en el *Anuario* de 1882 (v. pág. 149) inserté un comunicado a él relativo.

Los anónimos.

Los nombres que figuran en los «liggeres» nos suministran, hasta cierto punto, la clave de la antigua pintura portuguesa. Gracias a ellos, se comprende cómo se introdujo y prosperó el estilo holandés en este país del extremo Occidente desde el principio del siglo hasta un tiempo en que el romanismo lo cohibía y ahogaba en su propio país de origen. Por su medio

ra y amplios puntos de vista. Aprovecho con gusto esta ocasión para darle las gracias por el interés que por mis obras ha demostrado en sus estudios.

también, venimos en conocimiento de los nombres de algunos maestros portugueses de este período, así como de los de sus maestros de Amberes. Empero, desgraciadamente, estos nombres no nos dicen gran cosa, pues las obras de esos Goswin van der Weyden, Spueribol y Soezewint nos son totalmente desconocidas, y no podemos, por lo tanto, relacionar los nombres de sus discípulos Alfonso Castro, etc., con obras conocidas.

No nos queda, pues, otro recurso que seguir el procedimiento acostumbrado en estos casos: ordenar las obras en grupos según la semejanza de la factura; y, tomando como base ciertos comunes caracteres de estilo, determinar los nombres de los autores, ya atendiendo a las iglesias o palacios en que se han encontrado sus obras principales, ya tomando como base una obra sobresaliente.

Aquí tenemos al autor de los notables cuadros del destruído palacio de Palmella, con la leyenda de Santiago y de su caballero Pelayo Peres Correa. Por los nombres que el marqués de Souza-Holstein observara en la espada del belicoso apóstol y en el cinto de Pelayo, se le ha atribuído el nombre de *Marcos*. Pero, según Vasconcellos, este nombre sería el de un espadero (*spadeiro*); el autor me ha comunicado el siguiente pasaje, sumamente notable, de una comedia, *Eufrosina*, de Jorge Ferreira de Vasconcellos, que lleva la fecha de 1527: «Com Marcus me fecit na cinta para me por al tablero de la muerte por vida dos Coutinhos», etc. Este ciclo, interesante también como representación de trajes y costumbres, revela a un diestro narrador; naturalidad y vida no le falta, por más que haya hecho a su caballero algo grave y visionario, como un precursor del Caballero de la Triste Figura.

En la galería del Prado, de Madrid (núm. 2.150), hay un busto de Santa Catalina lleno de nobleza; en el nombre *Carvalho*, que se lee en la hoja de la espada, se ha querido reconocer asimismo el de un «espadeiro», pues da la coincidencia de que, allá por los años de 1633, hubo en Lisboa un espadero llamado Antonio Carvalho.

Dificulta aún más el arreglo de este caos la circunstancia de que estos ciclos de cuadros se solían repartir entre dos artistas, originándose de ahí una inevitable confusión. El mismo pintor que, juntamente con el discípulo de Metsys, Eduard, pintó en Thomar la historia de San Juan, se nos presenta luego, en unión de otro colega muy distinto de aquél, en Setubal, donde ambos se repartieron el trabajo de los catorce grandes cuadros de la iglesia del Buen Jesús.

Este es el mismo a quien Raczynski (pág. 153) llama el pintor de San Bento (da Saudade), por la procedencia de una de sus series de cuadros más características. Componen esta serie: *La Visitación* (donde María se muestra seguida de las mujeres Castitas, Paupertas, Humilitas), *La Epifanía* (el mejor indudablemente), *La Presentación en el templo* y *El Niño Jesús entre los doctores* (alto, 1,78; ancho, 1,33; Laurent, 693-6).

Aquí es innegable la descendencia de Amberes; el recuerdo de estos cuadros se me vino a las mientes al contemplar, poco después, en el Museo de aquella población el tríptico de *La Epifanía* (núms. 168-170), con cuyo autor tiene también afinidades, en mi concepto, el presunto Conrado Fyoll, de Francfort.

Las tablas de este pintor de San Bento muestran una característica mezcla de fidelidad a la Naturaleza y de amaneramiento. El asunto es sencillo e ingenuo; la mímica, animada hasta el desasosiego y la exaltación; la expresión raya a veces en el mohín; las cejas enarcadas constituyen un rasgo típico. De especial interés son las características cabezas de retrato que, en cierto modo, compensan la escasez que de ellos se nota en esa gran época del arte lusitano; su realismo es tal, que a veces toca en lo ordinario. Estas vueltas e inclinaciones de los personajes que forman aquellos grupos, y que gesticulan con manos y brazos, unidas a las muecas de pena, de contento o malicia de los rostros, ya mofletudos, ya escuálidos y alargados, demuestran que el autor en los años que residió allá en el Norte, se dejó arrastrar por la corriente de la época hacia el naturalismo.

De ejecución análoga es el cuadro ya mencionado por Guarienti, y atribuido al Blas del Museo del Prado, cuadro que representa una boda, y que fue pintado para el Hospital de la Misericordia, de Lisboa. El artista introdujo entre los personajes el retrato del Provisor del benéfico establecimiento, D. Alvaro da Costa, el mismo que negoció como embajador del rey Manuel, en España, la tercera boda del monarca. La iglesia, antes tan rica, de San Francisco de Evora, esta llena de reliquias de antiguos retablos de estilo semejante, entre los cuales figura la *Historia del Emperador Heraclio* y *La Invención de la Cruz*. A todos ellos superan en finura de ejecución y en nobleza de facciones las *Cuatro historias de Santa Ursula*, que antaño estuvieron en el convento de Madre de Dios, cuyo hermoso pórtico en el estilo de la época del rey Manuel se halla retratado allí tal y como se le ve aún hoy día; sólo faltan los relieves de Della Robbia, que fueron trasladados al gabinete del rey Fernando (1).

El anónimo colega de aquel Maestro de San Bento, así como del Eduard de Setubal y Thomar, era superior a ambos en fantasía, humorismo y abundancia de elementos extraídos del mundo que le rodeaba, y ante todo por la manera de expresar los movimientos, así del cuerpo como del espíritu. Entre los pintores de aquel grupo se nos presenta como el más universal, al mismo tiempo que como el más nacional también. En sus obras encontramos con frecuencia un tipo de raza muy determinado, ibérico o mauritano, el mismo que se observa en las estatuas del pórtico de las iglesias de Thomar y Belem, en los relieves de *La Crucifixión*, de Santa Cruz de Coimbra, y en un portapaz de la Academia. Las proporciones son más reducidas allí que en las colosales figuras del pintor de San Bento. Sus figuras femeninas son superiores a las masculinas en grandeza

(1) Estas «terracottas» se debían a un natural de Pisa, Niculoso Francisco, que trabajó también por aquel tiempo en Portugal, y que ya era conocido por el pórtico de Santa Paula de Sevilla, y las pinturas de la Capilla de aquel Alcázar.

y hermosura: la expresión de gozo y beatitud que sabe darles, indica su vocación para pintar madonnas. (*Epifanía*, de Setúbal). El artista en cuestión parece haber sido allegado a la corte.

En San Juan de Thomar pintó él cuatro obras de asunto eucarístico: *Abraham y Melquisedec*, *El Maná*, *La Cena* y *La Misa de San Gregorio*; de la historia del Bautista, *La decapitación y la ofrenda de la cabeza*. A más de hacer aquí alarde de una severidad casi ascética, probó Eduard hallarse familiarizado con los trajes y costumbres palatinas; los palacios, con sus fastuosos salones, vestíbulos y logias, nos dan una idea de la fantástica suntuosidad de los principescos interiores, no faltando tampoco en lontananza vastos castillos con torreones por el estilo de las torres de Cintra y Belem.

Sus cuadros nos transportan a la época del entusiasmo por el lujo arquitectónico, a las saturnales del estilo manuelesco, y él mismo parece haber sido «dilettante» en este arte. Sabe emplear todos los estilos, y siempre con oportunidad y tacto. En el cuadro de *La Cena* nos presenta la nave de una iglesia románica; como ornamento ha colocado un pórtico de estilo gótico en sus postrimerías. Pero también sabe emplear motivos del Renacimiento florentino, sobresaliendo especialmente en el estilo de vivo cromatismo de la época, con sus reminiscencias de las Indias occidentales, y esas «cose stravaganti et difficili d'architettura, secondo l'uso di quel paese», de las que habla Vasari, a propósito de Sansovino.

En la iglesia de los jesuitas de Setúbal se reconoce su pincel en las cuatro tablas de *La Anunciación*, *La Adoración del Niño Jesús*, *La Epifanía* y *La Ascensión*. Por último, de la iglesia del Paraíso pasó al Museo una serie de ocho historias de la vida de la Virgen, de cuyo alto valor puede formarse idea con sólo recordar que se le han atribuido al mítico Vasco. Monedas del tiempo de Don Juan II indican la fecha más remota en que se pudo empezar a ejecutarlos. La inscripción «Abram Prim», que se lee en el gollete del hermoso vaso del

Saludo inglés, no puede ser una firma; el nombre Abraham no suelen llevarlo allí los católicos. Acaso quiera decir «Primo Patriarca».

Característica predominante en los cuadros de este pintor es la serenidad. La Madonna misma dista mucho de expresar una gravedad dolorida, y en algunos cuadros se nos muestra francamente jovial. En *La Natividad* la vemos calentarse las manos al «braseiro». Esta *Natividad* tiene un hechizo de leyenda; por las hendidas bóvedas de aquellas ruinas, diez parejas de angelillos se ciernen cantando y jugueteando. Aquella extraña pintura del Edén es, sin duda, copia fidelísima de un jardín portugués. Una madre dichosa, de las de este mundo, con su robusto niño, de unos cuatro años, que juguetea a sus pies, y a la que unos ángeles traviesos, ebrios de placer y alegría, entretienen con cantos, músicas de guitarra y travesuras infantiles. Apenas si en toda aquella época se trasladó a los lienzos una risa tan efusiva y cordial. En el fondo, junto al pozo, tan ornamental, uno de los angelitos se entretiene con un gozquecillo, haciéndole pasar por un aro. Las cabecillas y las naricitas tienen algo de típico; el resto de las figuras está trazado con más liberalidad. En cuanto al Niño Jesús, hubiera podido servir de modelo para representar a Hércules niño dando muerte a la serpiente.

El *San Sebastián* es una obra notable como trasunto de una vista de la Lisboa de aquella época. La ejecución del santo se figura allí en el primer término de una plaza, cerrada por altos caserones; el puerto es el mismo que nos muestran los antiguos grabados de antes del terremoto. Sólo desentona en el conjunto una edificación de monumentales proporciones: un edículo circular, en forma de terraza, con hornacinas y arcos para ventanas y estatuas, que el pintor colocó allí sin duda para dar la impresión de Roma, y que acaso quiera ser la fortaleza de Santangelo, restaurada como Mausoleo de Adriano, según la idea de aquel tiempo.

Velasco de Coimbra.

Pero en esta impenetrable noche de los anónimos descuella un luminoso astro; en una tabla se ha encontrado una firma antigua, auténtica, y, por fortuna, se trataba de una producción notabilísima y de tan peculiar carácter, que permitía esperar habría de reconocerse con certeza la mano del autor en otras obras, empezando por las tablas reunidas en el sitio donde se encontró aquélla. Nos referimos a la firma VELASCUS, descubierta en el cuadro de *La Pentecostés*, en la sacristía de la Catedral de Coimbra. Y esta obra capital no sólo enriquece nuestros conocimientos con el de una relevante personalidad artística, sino que también promete la solución, tanto tiempo buscada, al capital problema. En efecto; el nombre de Velasco y el de Vasco son una misma cosa.

El nombre que va inscrito sobre la cédula que hay a los pies de una figura del primer término, acaso autorretrato del artista, lo notó antes que nadie el pintor Antonio José Pereira, de Viseo, el mismo que sirviera de guía a Robinsón, y que siete años más tarde condujera al autor de estas líneas a la quinta de Fontello. El descubrimiento de Pereira fue publicado por Juan Cristino de Silva en el *Jornal do Comercio*, Lisboa, 30 Setiembre 1862, y sirvió de base al conocido artículo del experto británico, que fue traducido luego al portugués y dedicado al rey Fernando.

Tenemos a la vista tres vigorosas composiciones, ricas en figuras, tres retablos que, al renovarse la Catedral, fueron trasladados a la sacristía, reservándoseles los sitios que ocupaban: el *Ecce-Homo*, *La Crucifixión* y *La Pentecostés*. Son de carácter insólito, de color muy local y personal; un exceso cuatrocentista de fisonomías de jerarquías diversas, muchos trajes, mucha pasión y mímica. Donde más resplandece el genio del autor es en *La Pentecostés*.

A nuestra vista se abre un amplio y ventilado vestíbulo, en el noble y sobrio estilo del Renacimiento, en el que se con-

grega una compacta asamblea, dominada de gran agitación, por más que las figuras que la componen se hallen bien ordenadas en torno al eje medio y con arreglo a la profundidad.

Desde el vestíbulo, a través de tres arcadas, puede verse una sala de bóveda en forma de cúpula, con una claraboya redonda. En la hornacina del altar se alza una columnita con una imagen del Cordero, según la iconografía de los primeros tiempos del Cristianismo. Esta sala tiene salida a ambos lados, en el fondo, pudiéndose ver escaleras, puertas y ventanas; en el piso superior, un anciano contempla el prodigio.

En el vestíbulo está también reunida la comunidad de los primeros cristianos. Aquellas arcadas dividen en tres grupos la totalidad de las figuras. El del centro, o sea el principal, lo componen cuatro figuras de mujer arrodilladas alrededor de la Virgen, que lee en un libro sagrado colocado sobre un reclinatorio; por encima de sus hombros siguen la lectura las dos mujeres que están a su costado, a guisa de diáconos; a la derecha y a la izquierda, la muchedumbre de apóstoles y discípulos; pero, al paso que las mujeres reciben la llegada del Espíritu Santo, en actitud de tranquila plegaria, los hombres manifiestan sorpresa, turbación y éxtasis. Según la costumbre de la Sinagoga, se han recubierto la cabeza con las túnicas, a guisa de capuchas, y esperan el sagrado meteoro, agitando brazos y manos. Un anciano que escribe parece trazar el acta del prodigio.

En el vestíbulo de la sala ha colocado el pintor dos hombres, que, a ambos lados de la entrada, han caído de hinojos. La poderosa impresión de la divina inminencia, pocas veces se habrá expresado con mímica tan poderosa y enérgica como la de estas figuras, que recuerdan a los profetas de Miguel Angel.

En los dos cuadros de la *Pasión* sobresale el aspecto realista de su fantasía; ante ellos se piensa, ya en Durero, ya en Rembrandt; como ellos, el autor ha llegado, bien que en otro sentido, hasta los límites de lo posible, hasta la crueldad y el dolor.

El *Ecce-Homo* forma contraste con *La Pentecostés*, por la

disposición de la escena. Esta se desarrolla en el primer término, y los grupos que la forman parecen un amontonamiento de rígidas figuras. Es aquélla, verdaderamente, la expectación que se produce entre el público que asiste a un proceso cuando va a pronunciarse la sentencia. La muchedumbre se agolpa a la entrada del pretorio, que sostienen ricas columnas de estilo Renacimiento. A la izquierda, bajo el baldaquino, ceñida la cabeza de albo turbante, y envuelto en un manto de seda amarilla, está el Juez, y con la vara de la justicia en la diestra, apoyada sobre el pretil, trata de aquietar a la muchedumbre con un ademán. Junto a él se yerguen sus graves subalternos. Tres robustos sayones sostienen al Salvador y le muestran al pueblo. La figura de Jesús respira un dolor casi insoportable. Sus ojos están consumidos como por la fiebre, y todo El parece trastornado y desvahído de agotamiento y de dolor. Por debajo de toda esta escena sobresalen los bustos de los decuriones y soldados, que reparten a entrambos lados sus lanzas, dejando libre el espacio central.

En el tercer cuadro, *La Crucifixión*, todo está calculado para producir un invencible sentimiento de compasión. El Salvador, ya agonizante, cuelga de la cruz, con la cabeza y el busto inclinados del lado donde se halla la Virgen desmayada de dolor—un rostro consumido de anciana,—entre Juan y las mujeres. Los ladrones, vivos aún, pugnan por alzar la cabeza para contemplar a Jesús, suplicante el uno, poseído el otro de rabia infernal. La guardia romana se ha retirado a la derecha, donde las picas y alabardas forman un denso bosque, ante el cual van y vienen los soldados.

Ahora bien; ante las obras de este Velascus, se tropieza por primera vez con la cuestión del gran Vasco de los libros; es decir, con el problema que supone averiguar cuál de las personalidades artísticas que en aquel tiempo descollaban pudo ser la que vinculó en un solo nombre todo el proceso evolutivo de la antigua pintura portuguesa. Hasta ahora no ha sido posible resolver este enigma, lo cual no obsta para que todos los cua-

dros mencionados, hasta los holandeses, hayan sido atribuidos, con más o menos fundamento, pero siempre sin base concreta de juicio, a este misterioso artista, que está en todas partes y no está en ninguna. Ahora, por último, parece que vislumbramos tierra firme, con el descubrimiento de una firma auténtica en una obra importante.

En este punto conviene recordar que Velasco y Vasco es el mismo nombre visigodo, en su forma antigua y en su moderna forma abreviada. Esta última se encuentra muy rara vez antes del siglo xv; la otra, por el contrario, se usaba aún en el siglo xvi. Así como, según las leyes fonéticas del idioma portugués, de Pelayo, por elisión de la líquida se forma Payo, de Meléndez Méndez, de Venegas Vegas, de color cor; así también, de Velasco se derivaron Vaasco y Vasco. Este nombre es frecuentísimo en la Edad Media; su forma más generalizada es la de Valasco; menos corriente Velasco como pronombre; Velasco Fernandes (1055), Valascus Menendi, Valascus Martini, Vasco Martini Pimentel; aun más frecuente, como apellido Gil Velasqui, Nunus Velasquiz, Arias Valasci (Obispo de Lisboa) (1). El mismo nombre es también corriente en España; en las listas de obispos se le encuentra por primera vez en León (966-975); pero como nombre de pila ha caído en desuso. En la transformación fonética de que hemos hablado, consiste el que Velasco, Velásquez, se haya hecho tan raro en Portugal, como patronímico que sólo se le encuentra una vez en el Léxico de escritores de *Barboso de Bta.* Pero, aunque sea probable que el hombre cuya fama ha dejado en la sombra a todos sus contemporáneos, fuese un artista eminente, fecundo y popular, aun sin este hallazgo del nombre, sólo a él entre todos los artistas mencionados se le hubiera podido tomar por el gran Vasco. Sus obras, materialmente, no pueden haberse reducido

(1) *Portugalliae Monumenta historica voll Olisipone*, 1856. Valascus Fernandi, dapifer regis et curie maior domus: Vaasco Fernandi, 1176-82. *Monumento*, págs. 348, 405, 409 y 426.

a este grupo de Coimbra, que más bien debe considerarse como su obra maestra, como la coronación de su carrera artística. Entre aquellos grupos anónimos hay que buscar los antecedentes de esta obra, y en ellos debe encontrarse el reflejo de sus comienzos artísticos y de sus esfuerzos para emular a sus contemporáneos. En mi opinión, hay que reconocer su huella en el anónimo de que últimamente hemos hablado, y en él se debe ver al colega del maestro del *San Benito* y del *Eduard* de Setúbal y Thomar (V. *Tabla*, págs. 115 y 117), y el referido proceso de absorción pudo realizarse merced a olvido del nombre de sus colaboradores. Su carácter universal, la actividad con que trabajó para las fundaciones regias, el número de sus obras y de las de su escuela, el tipo nacional de sus figuras, la alegría y serenidad de sus mujeres, sus grandiosos asuntos, la riqueza y elegancia de los motivos arquitectónicos y ornamentales, orgullo del Portugal de entonces; todas estas condiciones habían de convertirle en el favorito de la nación. Ciertamente, ninguno de los pintores, tanto conocidos como desconocidos, de aquella época, hubiera sido más digno que él de esta glorificación de que le ha hecho objeto la posteridad. El epíteto de grande le corresponde en justicia, no sólo con relación a sus contemporáneos, sino por su mérito absoluto.

El problema del gran Vasco parece, pues, casi resuelto, no faltando ya sino reunir datos sobre su vida y su persona.

Vasco Fernandes de Vizeu.

Pero hay en Portugal aún un sitio algo apartado, que desde hace mucho tiempo viene reclamando la gloria de haber servido de cuna a su más grande pintor, al *príncipe de los pintores portugueses*; el obispado de Viseo, capital de la provincia de Beira alta. La catedral de Viseo guarda, como su tesoro máspreciado, un grupo de pinturas, de las que se tiene por autor al pintor Vasco Fernandes, hijo de la población. Y estos nota-

bles cuadros vienen a embrollar el problema con una nueva cuestión, nada fácil de resolver.

Estas pinturas, grandes retablos con *predelas* parcialmente conservadas, se hallaban aún reunidos en la época de mi viaje en la espaciosa y clara sacristía, edificada en 1574 por el Obispo Ataíde. El *San Pedro en su trono* estuvo primero en la capilla de la derecha del coro, donde aún subsistía su estatua. El *Bautizo de Cristo* procedía de la capilla del Bautista; *La Pentecostés*, de una capilla de la nave transversal; el *San Sebastián*, de una capilla fundada en 1653, llamada Vera Cruz. Veíase además una *Crucifixión* en la capilla llamada de Jesús, en el claustro. Recientemente han sido trasladados al coro de la Catedral (*capella mor*). Se ha considerado estas tablas como testimonios fundamentales de la existencia e importancia del primero de los pintores portugueses. Pero esta hipótesis fundábase únicamente en una tradición local, cuyas pruebas escritas sólo se remontaban al siglo xvii. La primera noticia que de ella tenemos se encuentra en un manuscrito de la Biblioteca de Oporto, fechado en 1630, en el cual, un tal Pereira refiere la historia de su ciudad natal. Se enseñaba también un molino, en que se decía había nacido el pintor, y que aun hoy lleva el nombre de *O moinho do pintor*.

Se habían encontrado también documentos referentes a varios pintores de este apellido, que en Portugal es muy corriente; pero ninguno de ellos podía hacer relación al autor de estos cuadros, que debió haberlos pintado en la primera mitad del siglo xvi. No podía ser, por lo tanto, ni el Vasco allí bautizado en 1552, ni un miniaturista de la corte de Alfonso V (1458), así como tampoco el recientemente descubierto en Cataluña. Tampoco podía tratarse aquí de aquel Hanneken Valasco que en 1540 entraba en Amberes, en la escuela de Spue-ribol, toda vez que en un tiempo en que Franz Floris era recibido como cofrade, y Hemessen era buscado como profesor, difícilmente hubiera podido aprender allí un estilo pictórico como el que en las tablas de Coimbra se advierte.

Esta carencia de datos originales, la amplia expansión de su actividad, aquella nota de local patriotismo, todo esto tenía que dar motivo a grandes dudas, hasta sobre lo que probablemente constituye el núcleo auténtico de la tradición, sobre su existencia misma. Ahora bien; gracias a la perseverancia de un portugués, ha sido posible encontrar en el siglo xx la prueba de que, en efecto, allá por los años de 1512 a 1541 vivió en Viseo un pintor, Vasco Fernandes, que estuvo en relaciones con la Catedral, y que seguramente pintó el cuadro principal de aquel grupo (1). Por aquellos años, y durante toda una generación, tuvo allí en arrendamiento una casa y una viña del Cabildo catedral. Allí casó con Joanna Rodrigues; tuvo un hijo, Miguel Vaz, y varias hijas, una de las cuales llevó el nombre de Beatriz; el año 1543 ya había pasado a mejor vida. Se ha encontrado, asimismo, un documento escrito, según el cual, ya en 1607, al menos, era tenido por el clero de la Catedral como autor del *San Pedro*. En este documento expresa un Rector, Madeira, la intención de retocar el *San Pedro*, pues es obra de Vasco Fernandes, y bastará con limpiarlo y darle algunos toques en los sitios en que está deteriorado. Pero si es el autor del *San Pedro*, también pudiera serlo de los otros cuadros, pues la identidad de la factura apenas cabe discutirla, y en treinta años se han podido operar en ellos transformaciones que redundasen en su menoscabo. Pero el problema del gran Vasco no se halla resuelto de este modo, pues comprende dos cuestiones: una, la existencia del pintor de Viseo y su paternidad sobre las cuatro tablas; y otra, el valor de estas últimas y la justicia del dictado de *príncipe*, que por ellas se le ha dado, así como hasta qué punto puede equipararse a su tocayo de Coimbra, al que hasta aquí creíamos deber considerar como el primero. A estas preguntas, por ahora sólo puede contestarse con razones sacadas de la comparación crítica de los estilos de unas y otras obras.

(1) Maximiano d'Aragao: *Grao-Vasco ou Vasco Fernandes, pintor vizeense*. Vizeu, 1900.

Mi primera y última impresión fue que a entrambas preguntas debe contestarse con una negativa. El Vasco de Viseo no supera a los maestros conocidos de las ciudades meridionales del reino, en tan alto grado, que le sea aplicable el título de príncipe, que llevaron el Tiziano en Venecia y Rubens en Flandes; ni siquiera iguala al Velascus de Coimbra: la identidad entre ambos es más que dudosa.

Aquél es un dominador de todos los instrumentos de la pintura, de fuerza creadora inagotable y de verdadero temperamento artístico; en estotro se reconoce a un pintor *de práctica*, educado a fondo en una floreciente escuela, en el modelado del desnudo, en agrupar las figuras, pero sin una percepción delicada ni del color ni del claroscuro, ni aptitud bastante para expresar los altos estados anímicos ni las altas cosas que allí debió representar; incapaz asimismo de causar en nosotros emoción más profunda. Las sombras negruzcas, la dureza de la expresión, autorizarían para suponerle contemporáneo de una generación más remota, si sus ricos temas ornamentales y los encantadores paisajes del fondo de sus cuadros, especialmente de las *predelas*, copiados de la provincia de Beira Alta, no nos moviesen a suavizar nuestro juicio y a incluirle en la pléyade de los maestros de Lisboa y Coimbra.

*
* *

Fatal es para su gloria la comparación de su *Pentecostés* con la de Coimbra. Conocía esta obra, y acaso creyó mejorarla. La composición es más sencilla, más completa. Pero ha expresado su asunto en un tosco lenguaje. Rostros y gestos son uniformes y macizos, a veces vulgares e inexpressivos, los colores graves y terrosos, las actitudes ordinarias.

Esta *Pentecostés* parece un retoño embastecido y desmeдрado de la de Coimbra.

En el cuadro de *Cristo en el Jordán*, el desnudo está bien

trabajado, como en el *San Sebastián*; pero el rostro de Jesús es absurdo y estúpido.

Aun más desfavorable tiene que ser el juicio sobre *La Crucifixión*. La degeneración del gusto hacia la barbarie se refleja en las caras anchas y esponjosas, en lo ordinario de la mímica, en lo torpe del dibujo, en el inarmónico amontonamiento de las figuras y en lo turbio del colorido. Sin embargo, Raczyński ha creído encontrar en este cuadro de *La Pasión* un carácter elevado (élevé).

La impresión que hace *Pedro en la Catedral* es, sin duda alguna, majestuosa. El Apóstol Papa, revestido de rica capa pluvial, con ángeles bordados; en actitud grave, pensativa; perdida a lo lejos la mirada como pastor supremo, preocupado con el cuidado de su grey; elevada la diestra en actitud de bendecir, la mano izquierda con las llaves apoyada sobre el Evangelio abierto; esta mayestática figura del anciano Apóstol sentado en su trono de mármol, puede producir un imponente efecto sobre quien, saliendo de la oscuridad de la nave, fija los ojos en su pontifical aparato. Un viajero ha confesado que ninguna otra obra, ni siquiera la llamada de Dresde, ni tampoco la de la Capilla Sixtina, le produjo nunca tamaña impresión; en ninguna reconoció tan clara y patente la llama del genio como en ese cuadro, al que por ello consideraba como una de las «seis o siete obras maestras que hay en el mundo». Pero hay que ver las molestias del viaje que tuvo que hacer de noche, y en invierno, para ver salir el sol del nuevo día. Pues, a pesar de cuanto diga, las anchas y duras facciones del Apóstol son no más que severas y frías, y todo el cuadro, en cuanto a forma y expresión, es verdaderamente insignificante.

Así, aplicando una crítica libre de prejuicios a este ídolo de Portugal, no puede verse en él más que a un talentoso discípulo del maestro de Coimbra, que, al dejar su provincia, buscando nuevos modelos y alentado por la alta estima en que le tenían sus paisanos, se trasladó a la referida capital, retro-

cedió en su arte en vez de adelantar, y concluyó por adoptar un estilo poco satisfactorio.

*
* *

El proceso por el cual la tradición local de este Vasco de Viseo llegó a enlazarse con el mito del Gran Vasco, es muy comprensible. Se había granjeado una alta estimación, desarrollando su actividad en la ciudad y en la diócesis; y como con él se extinguió su pintura y la pintura antigua, tuvo ante la posteridad la ventaja señalada por Dante:

O vanagloria dell'umane posse,
com'poco verde in sulla cima dura,
se non e'giunta dall'etatte grosse.

(Purgatorio, XI, 91.)

Mientras en la corte, bajo la influencia de los romanistas como Francisco de Hollanda, Vasco Pereira y otros, caían en el menosprecio los antiguos maestros, consérvóse en Viseo un núcleo de admiradores de este hijo de la provincia y de la ciudad. Los canónigos que iban de Viseo a Lisboa, al ver los cuadros antiguos de la capital, probable es que dijeran: «Este es el estilo de nuestro Vasco.» Hasta hace poco, también se decía que en Alemania había muchos cuadros del Gran Vasco. La afinidad de nombre con Velascus, pudo allanar su fusión con éste. A ello contribuyó también el olvido en que cayeron sus colaboradores, el maestro de San Bento y el *Eduard* de Setúbal y Thomar.

Sir Charles Robinsón publicó, cuarenta años hace, un artículo en la *Fine Arts Quarterly Review*, hablando de los cuadros que había visto reunidos en Viseo, y en dicho artículo emitía la hipótesis de que hubiese habido una escuela de pintores en esta ciudad, dando un bosquejo cronológico de la misma, en nueve números. Este artículo, redactado con un conocimiento deficiente de los cuadros de la capital, ha contribuido a embrollar más aún la cuestión.

La existencia de una tal escuela provinciana lejos del centro de la capital y de la corte, que fue la que creó esta pintura portuguesa, parece poco probable de por sí, y no está abonada por lo que ocurriera en otras provincias del reino. Y los cinco cuadros de la sacristía no presentan caracteres especiales, ni son de un valor que no tenga igual en otra parte. Falta, por último, todo vestigio de un desarrollo previo que explicase la operación de estas obras tan complicadas.

La suposición del autor inglés parte de la base de un grupo de tablas antiguas, catorce en número, reliquias de un retablo, que se conserva en la sala del Cabildo de la Catedral, y que se supone datan de 1500 a 1520. A éstos agrega el cuadro encontrado allí por aquella época (1520), con la firma *Vasco F. R. Z.*, obra, en su concepto, del Gran Vasco. Por el contrario, atribuye al Velascus de Coimbra las cuatro grandes pinturas de la sacristía, que supone ejecutadas en el cuarto decenio.

No he visto aquel cuadro, cuyo dueño, el pintor Pereira, debió haberlo enajenado entretanto; pero M. Latonche, que pudo examinarlo, encontró la firma sumamente *questionable*. Esos hallazgos de cuadros, sobre todo si llevan firma y nombre, hay que acogerlos con gran circunspección. Es algo atrevido alegar una tabla determinada, sobre la cual campea un nombre más que discutible desde el punto de vista paleográfico, para la solución de un problema, sobre todo cuando se trata de hacer negocio con el descubrimiento.

Las catorce tablitas de la Sala Capitular fueron, probablemente, obra de un pintor relacionado con la corte del rey Manuel. Sirve de base a esta opinión mía un tríptico del Museo de Lisboa, cuya tabla central representa a la Madonna sentada en un trono de mármol con dosel, teniendo a ambos lados sendas figuras de ángeles inclinados, en actitud de ofrecer al niño respectivamente una azucena y un platito de fresas. Las hojas laterales correspondientes a esta tabla central—las tres tienen el mismo fondo—representan al Bautista y a Santo Domingo en actitud de presentar a la Madre de Dios dos príncipes, hi-

jos del rey Manuel. El uno es Juan, nacido en 1502, con las inconfundibles facciones del Rey; el otro parece Alfonso, nacido en 1509.

La segunda obra, de grandes proporciones, no escapa a la observación de ningún visitante del Museo. Consta de dos grandes tablas, entre las cuales es posible se alzase una estatua. María se halla sentada en su trono, ante una espaldera de rosas; sus abundosos cabellos caen en rizos sobre los hombros. Viste un traje de púrpura, que llega en amplios pliegues hasta el suelo. A la izquierda se ve a una anciana, Santa Julita, a juzgar por la inscripción; a la derecha, en traje azul, al santo niño *Guerito* (Cyriacus), con el clavo de la Santa Cruz en la mano que le caracteriza. En la segunda tabla reprodujo el artista a Daniel, casi adolescente, sentado en la silla de los jueces, con birrete rojo y un ropón de pieles amarillo; delante de él vemos a Susana envuelta en rojas vestiduras, con sus dos acusadores. A través del vestíbulo, con escalinata, se ve la amplia Praça donde los dos viejos culpables reciben el condigno castigo.

*
* *

Esta antigua escuela portuguesa desaparece con la muerte de D. Juan III, y puede asimismo decirse, con el acabamiento de la dinastía y la toma de posesión del reino por Felipe II, después de la trágica muerte de Don Sebastián. En las postrimerías del siglo XVI impúsose en toda la Península el gusto italiano preconizado por Francisco de Hollanda. En 1542 llega a Lisboa Antonio Mor, llamado para retratar a la prometida de Felipe II, y su aparición es acogida con agasajos correspondientes a sus méritos; pero Mor no pasaba de ser un retratista; después de él vino el que se ha llamado su discípulo, Cristóbal de Utrecht (1550), el cual hizo un retrato de Don Juan III; y otro holandés, Joons van der Estraten, pintó el retrato de Don Sebastián (1556).

La escuela de los romanistas apenas si se halla aquí repre-

sentada por artistas de verdadero valer. Sólo uno logró descolgar en Sevilla: Vasco Pereira, al cual se llegó a confundir con el gran Vasco. Pereira se llama a sí mismo tan pronto lisbonense como de Evora (Evorensis lusitanus); pero la mayor parte de sus obras proceden de Andalucía. En el Museo de Lisboa sólo hay de él una pareja de apóstoles con la firma V. P. L. 1559. Era también pintor de frescos y «estofador» de cuadros en madera. La iglesia de San Juan, de Sanlúcar de Barrameda, posee un *San Sebastián*, obra en la cual se muestra no más que como discípulo (1). El cuerpo atlético y pesado no pasa de ser un sólido estudio anatómico; en el abrupto paisaje rocoso se ven diversas escenas, sobre todo una cacería de delicada pintura.

Su obra maestra se halla, a no dudar, en San Juan, en Marchena, y es *El saludo inglés* (1575), que en la energía del colorido y del claroscuro supera a las obras de sus contemporáneos, con no ser, después de todo, sino trasunto del cuadro del Tiziano en San Salvatore, que le era conocido por el grabado de Cornelio Cort (1571). En Dresde (Dresdener Galerie), tenemos una *Comunión de San Onofrio* (1583). Pereira, por último, colaboró en las pinturas que se hicieron para el túmulo de Felipe II en la Catedral de Sevilla. El haberse salvado del olvido débelo a haber firmado sus obras. No obstante, se le ha confundido a veces con el Luis de Velasco, de Toledo (fallecido en 1606), el rival del Greco, célebre por su amaneramiento.

Hay que considerar como una dicha que el gusto artístico, de que este Vasco en miniatura era corifeo, penetrase en Portugal en una época en que sólo quedaba el recuerdo de su florecimiento político. De otra suerte, hubiéramos tenido obras sin fisonomía propia, huera de remate, con mucho de estéril técnica, obras por el estilo de las de los Floris y Vargas.

(1) Tvnc discebam Vasq Perea Lusitanq de Vrbe. Lixbonensis. Anno 1562.

Ahora bien; a pesar de todo, campea sobre su arte un reflejo de la época gloriosa, de aquella época en que la diminuta nación lanzaba a los mares sus descubridores y conquistadores y plantaba su estandarte en los extremos de la tierra, adonde no alcanzaron las fronteras del antiguo Imperio romano. Y, como en la naturaleza del país, así se da el contraste en su pintura: Sur y Norte, viejo y nuevo.

La unión con los holandeses aparece aquí como algo más que un simple acaso. Los destinos de ambas naciones tienen algo de semejante; ni una ni otra parecen llamadas, por su poca extensión y su aislamiento geográfico y étnico, a formar Estados independientes; sus vicisitudes históricas las han conducido, sin embargo, a procurar su independencia, y por ella han combatido brava y denodadamente para alcanzarla y defenderla. Naciones de navegantes por naturaleza, disfrutaron durante largo tiempo de la hegemonía mercantil, llegando a poseer un poder y una riqueza desproporcionadas a sus dimensiones. Su lucha contra la opresión terminó con el triunfo, gracias al interés que en ella tomaron poderosas naciones, y esta victoria hizo que se desarrollase un exagerado sentimiento de amor propio.

La pintura portuguesa del siglo XVI, aunque discípula en parte y retoño del Norte, puede, sin embargo, aspirar a la jerarquía de escuela nacional. Ciertamente que hubiera alcanzado otros matices a haberse desarrollado sobre una amplia base de tradición propia, o a haberse sometido a la disciplina de los italianos. Pero sus pintores, aunque hubiesen nacido en el extranjero, como aquel Frey Carlos, no pudieron substraerse al espíritu local. El país a cuyo servicio entraban, no sólo les trazaba sus deberes, sino que además les imponía sus tipos nacionales, su arquitectura, y un estilo decorativo sumamente original; en una palabra, su tipo de familia. El arte holandés, abierto al mundo externo, era ya una educación para la originalidad. La complacencia en el detalle, tan enojoso para los amanerados; la caracterización fiel y bien entendida de los objetos externos,

de un candelabro gótico, de un relieve de della Robbia, de un trono del Renacimiento, el amor al paisaje, parecen ser dotes del genio germánico; la íntima acomodación de la leyenda al ambiente de la vida cotidiana es, sin duda, un rasgo peculiar al cuatrocentismo; pero en la invención y disposición de los cuadros se advierte la aireada espaciosidad del medio día latino, que trasciende también en la sencillez y ligereza, en la jocosidad terrena y en el gran estilo.

CARLOS JUSTI

GUIA DEL BUEN DECIR

ESTUDIO DE LAS TRASGRESIONES GRAMATICALES MÁS COMUNES

CAPÍTULO VIII

De la concordancia en las oraciones impersonales.

242.—Mucha disparidad existe en las gramáticas en cuanto atañe a las oraciones de verbo impersonal, y de algunos autores puedo decir que han tratado el punto con notoria ligereza.

Ocurriame, y creo que lo mismo acontecerá a cuantos ponen cuidado para ser correctos en su lenguaje, tener que detenerme perplejo a considerar si había de conceder al verbo el número singular o plural en algunas de estas oraciones de carácter impersonal; y a pesar de mi afán por salir bien del paso, y aun acudiendo en consulta a las gramáticas que tuviera más a mano, debo confesar que no pocas veces heme visto forzado a dar un rodeo para no pisar en falso, a tener que buscar otro giro a la frase por temor al solecismo.

Recostándome, en parte, al parecer de los más eminentes gramáticos que han tratado el punto, ateniéndome siempre al uso más común, y a la vez más erudito, y poniendo en muchas ocasiones mi propio razonamiento, creo haber llegado a obtener luz suficiente para ver claro y no tener que andar a tientas en estas construcciones, y aun espero que pueda ser de utilidad mi trabajo para cuantos se empeñan en escribir con corrección.

No pretendo haber dado con una clave infalible, ni creo haber seguido una lógica que sea de todo punto irrefutable; he tratado de aclarar los casos en que la concordancia me parecía dudosa, y antes que a la especulación puramente gramatical, me he atendido al uso que predomina en los escritores de más valía, si bien omitiendo el recargo de citas, en mérito de la brevedad.

Algunas de las oraciones que presento no aparecen como impersonales en las gramáticas; tal ocurre con algunas que se construyen con el pronombre *se*, las que son miradas como de pasiva o de infinitivo. En ellas falta el agente de la acción del verbo, y su ausencia queda vagamente indicada por el pronombre *se*, que así puede referirse a una persona como a muchas. Falta, por tanto, el sujeto agente; pero se tiene el recurso de asignarles un sujeto pasivo, que estará expresado por la persona o cosa en que recaiga la acción del verbo.

En la oración «*digo disparates*», p. ej., queda determinado que hay una persona que ejecuta la acción de decir, y se calla por elipsis; existe, pues, un sujeto agente, aunque tácito; en «*dicen disparates*», entiéndese que las personas son varias; pero al decir «*se dicen disparates*», el pron. *se* ofrece un agente indefinido, que puede ser una persona, como pueden ser muchas; es como si se significara solamente que *los disparates son dichos* sin querer dar a conocer quién ejecuta la acción. Bien está que se tome a *disparates*, en este caso, como sujeto pasivo, ya que la oración toda parece no tener otro objeto que el de dar a conocer la existencia de los tales disparates, y a ellos se refiere la acción del verbo; esto no quita que subsista la impersonalidad con respecto al agente. Si se adoptara, en estas oraciones, como nominativo al pronombre *se*, y cuéntese que como tal le quieren no pocos gramáticos, el nombre que tomamos como sujeto pasivo podría ser admitido como un complemento; y se daría el caso de que en estas oraciones es posible la concordancia entre el verbo y su complemento, cosa que no admitirá sino muy contado autor.

Se trata, indudablemente, de cuestión intrincada y muy discutible, como que admite razonamientos muy diversos; pero no me guía el afán de aclarar conceptos gramaticales de lógica pura, sino el deseo de poder determinar prácticamente el número que ha de corresponder al verbo en cada caso; y a ello voy.

*
* *

243. En las oraciones de verbo impersonal, dado que no existe el agente de la acción expresada, lo propio es que vaya el verbo en singular.

En «LLOVIERON TRES DÍAS SEGUIDOS», frase que he visto en letras de molde, el dislate no puede ser mayor. Ha de saberse que el verbo, como bien lo dan a entender las gramáticas, no concuerda con los complementos, sino con el sujeto, que en este caso no existe; y aun cuando se quiera admitir como tal a Dios, el cielo o la naturaleza, será siempre un sujeto unipersonal que mal podrá concordar con un verbo puesto en plural. Se dirá, por tanto, «llovió un día», como «llovió tres días»; no son los *días* los que *llueven*, ellos sólo agregan una circunstancia de tiempo a la acción del verbo. Para mayor comprobación puédese cambiar el giro de la frase propuesta, y sea que se diga: «estuvo lloviendo tres días seguidos» o «llovió durante tres días seguidos», el sentido no habrá sufrido variación alguna, y no habrá podido sacarse al verbo del núm. singular que evidentemente le corresponde.

En el ejemplo de D. Antonio de Solís, citado por Bello: «Acudieron los mejicanos a Cortés, clamando sobre que no *llovían* sus dioses», es innegable que el verbo ha perdido su sentido impersonal desde que se concede a tales *dioses* la facultad de llover.

Si bien lo propio es que se diga: «llovió piedras», «llovió balas», etc., el uso más común suele poner el verbo en plural en estos casos; y baste para muestra el título de la celebrada comedia de D. Ventura de la Vega, *Llueven bofetones*, donde

se quita al verbo su significación impersonal, pues es como si se dijera que los bofetones *abundan* o *menudean*.

*
* *

244. Como bien lo dice la Gramática de la Acad. (página 151), hay verbos que, no siendo impersonales de suyo, toman este carácter en algunas de sus acepciones. En tal condición está el verbo *hacer* cuando se emplea para indicar tiempo o temperatura; v. gr.: «*hace* un año o *hace* muchos años»; «*hace* un calor terrible o unos calores terribles» (1); y otro tanto ocurre con el verbo *haber* cuando denota trascurso del tiempo como *hacer*, v. gr.: «*habrá* quince días», o cuando predomina en su significado la idea de existencia, v. gr.: «*hay* una novedad», o «*hay* muchas novedades», «*hubo* fiesta» o «*hubo* grandes fiestas», «*habrá* función» o «*habrá* varias funciones».

245. La Acad. indica y ejemplifica acertadamente en su *Léxico* estos usos impersonales de *haber*, y en la *Gram.* pone, entre otros, este ejemplo: «hubo guerra o guerras». Lo malo es que esta Corporación haya echado a rodar toda lógica, todo acierto, cuando trata de la construcción del verbo con el pronombre (págs. 240 y 241 de la *Gram.*). Dice en esta parte: «Con los verbos *haber* y *hacer* se usan las voces *le* y *la*, *los* y *las* como *nominativo* de los pronombres de tercera persona *el* y *ella*».

Resulta que gastan los señores académicos unos versos de

(1) No falta uno que otro ejemplo de los clásicos españoles en que el verbo *hacer*, aplicado al trascurso del tiempo, se hace concordar indebidamente con lo que debe ser su complemento; tal este de Cervantes, citado por Bello (*Gram.* 341): «Hoy *hacen*, señor, según mi cuenta, quince años, un mes y cuatro días, que llegó a esta posada una señora en hábito de peregrina»; pero si no se trata de erratas, es, por lo menos, práctica que no toleraría hoy ni el más indulgente de los filólogos o hablistas. Sólo en Salvá (*Gram. Cast.*) halla aceptación esta rara concordancia.

Solís y otra cita de Iriarte para mostrar un «*la*» y un «*las*», que son presentados como nominativos, vale decir, como sujetos o agentes de la significación del verbo, sin ver siquiera que se acompañan con «*hay*», forma esencialmente impersonal del verbo haber.

Y a continuación se lee: «Así, en fin, habiéndose mencionado antes los sustantivos razones o antecedentes, u otros al caso, decimos que *las* hay o *los* hay, *los* había, *las* hubo, etcétera.» ¿Entiendes, Fabio?... Apostaría que hasta los mismos académicos que esto redactaron no llegan a entender bien lo que decir quisieron; y, por tanto, no será raro que mis lectores se queden ayunos con semejante explicación.

Trataré de aclarar el concepto académico para mostrar su error.

Si preguntamos, trayendo a colación el mismo ejemplo de oración impersonal dado por la Acad.: «¿*Hubo* guerras?»; podráse contestar: «*las* hubo». Ahora bien; este *las* es el nominativo que nos brindan los señores académicos, sin poner mientes en que *guerras* es el régimen directo o acusativo del verbo haber y en que *las* está en el mismo caso, es decir, en acusativo. Y para que *las* fuera nominativo o sujeto, ¿cómo explicar su discordancia de núm. con el verbo? (1).

246. Deja establecido Bello (*Gram.*, § 343) que los infinitivos y gerundios de los verbos impersonales comunican su impersonalidad a los verbos de que dependen; se dirá: «*comienza a llover piedra o piedras*», «*está lloviendo piedra o piedras*», «*suele hacer un calor o unos calores terribles*», «*puede haber*

(1) La nueva edición de la *Gram.* (la de 1911) salva este dislate en los siguientes términos: «En el ejemplo ¿*Ha habido heladas?*—*Las* hubo, vemos que estando el nombre y el pronombre *heladas* y *las* (estas tres palabras, según mi entender, han debido estar entre comas o paréntesis) están en singular, aquellos no son nominativos, como lógicamente pudiera pensarse, sino que se trata aquí de un modismo del idioma, por el cual el verbo *haber* significa la existencia del acusativo regido» (página 239).

guerra o guerras», «*ha de haber un alumno o varios alumnos*», etcétera, casos en que los nombres que acompañan a los verbos son complementos y no sujetos; de modo que mal podría sacarse a los verbos del número sing. que les corresponde por su misma impersonalidad.

*
* *

247. Casi a oscuras nos deja la Acad. en lo tocante a las oraciones en que el pron. *se* indica el sentido impersonal.

Los gramáticos y filólogos que han estudiado el punto están contestes en que se construye el verbo en sing. si su acción recae en un complemento que lleve la preposición *a* y que ha de estar constituido por un nombre significativo de persona. Si falta esta preposición, por tratarse de indeterminada persona o de una cosa inanimada, se tendrá una oración de pasiva en que el verbo ha de concordar con el nombre que viene a considerarse como sujeto.

Con este lugar de Jovellanos trataré de aclarar los dos casos que se presentan: «*En vano se prohíben los escritos que lo contienen; en vano se persigue a los autores que los propagan*» (*Tratado de enseñanzas, ética*).

En la oración «*en vano se persigue a los autores*» está el primer caso que señalo; *a los autores* es complemento (1), y

(1) Si bien no faltan gramáticos que ven en este complemento un caso acusativo o régimen directo, Bello y Cuervo se inclinan a considerarlo como dativo o complemento indirecto. Y en prueba de que corresponde este caso, argúyese, entre otras razones, que cuando este complemento viene a estar constituido por el pron. de 3.^a persona, se emplean las formas del dativo *le, les*, con más propiedad y corrección que las del acusativo *lo, los, las*; así, en el ejemplo citado, se dirá «*se les persigue*» y no «*se los persigue*», y servirá este mismo *les* aun tratándose de *autoras*, aunque es de advertir que el mismo Bello consiente las formas femeninas toda vez que convengan para mayor claridad de la frase, en lo que tiene de su parte a no pocos escritores y gramáticos.

como no hay sujeto va el verbo en singular. Caeríase en imperdonable solecismo si se dijera «se PERSIGUEN a los autores».

En el ejemplo tomado a Jovellanos está la proposición: «*en vano se prohíben los escritos*», donde el nombre *escritos*, admitido como sujeto pasivo, viene a concordar en número con el verbo; no podrá decirse, por tanto, «se PROHIBE los escritos». Si se quiere mayor compulsión, pásese la vista por estos ejemplos: «Otras notas pertenecen a la crítica y filosofía de las humanidades. En ellas *se señalan las imitaciones* de los poetas clásicos de la antigüedad y de la Edad Moderna que hizo el inmortal autor del *Quijote*; *se examinan las bellezas* de su estilo, *los defectos* de sus versos y, en fin, *se analizan los juicios* de este célebre escritor (Crítica al comentario que puso al *Quijote* Clemencín, por A. Lista, *Biblioteca Clásica*, tomo CLXXX): «Los capitalistas trabajan casas y palacios, que nadie les había estorbado hacer antes; *se reparan los templos*; se EMPEDRAN (es *empiedran*; no habrá sido Sarmiento, seguramente, el que olvidó la *i*) *las calles*; y por primera vez se habla de gas, ferros carriles, teatros, etc.» (D. F. Sarmiento, *Obras*, tomo XXV, pág. 142).

Sébase que ha de decirse: «*Se venden caballos*», «*se alquilan estas casas*», «*se compran estampillas usadas*», «*se reciben pensionistas*», «*se fabrican carros y carruajes*», «*se necesitan agentes para la venta de este específico*», etc. Y sébase también que, dado el uso adoptado por los mejores hablistas y gramáticos, incurren en verdadera trasgresión sintáctica cuantos ponen el verbo de estas oraciones en singular, como he tenido ocasión de verlo en letreros y avisos de diarios.

En la revista madrileña *La Lectura* (núm. de Noviembre de 1908) se inserta una crítica de Cejador a *Los duendes del lenguaje*, de Benot, donde se lee lo siguiente: «Los complementos *a mi hermano o a los hombres*, en las frases *se alaba a mi hermano o a los hombres*, dice Benot que son acusativos. Yo estoy porque son dativos....»

La verdad es que, para lo que me propongo dilucidar, lo mismo da que se considere a tales complementos como directos o indirectos.

Y cuéntese que no es ésta trasgresión del vulgo solamente; la cometen, a las veces, muy buenos escritores al confundir estas proposiciones con las verdaderas impersonales, con las otras oraciones cuasi reflejas de tercera persona, que se clasifican como irregulares por carecer de sujeto.

Podrá argüirse que no son los caballos agentes de la acción de vender, ni las casas las que ejecutan la acción de alquilarse, etc., etc..., y, al menos en este punto, se estará en lo cierto; que precisamente por lo mismo, se consideran a estos nombres como sujetos de voz pasiva, lo que puede verse claramente dando otro giro a la oración: «*Se venden estos caballos*» equivale a «*estos caballos son vendidos*» o «*están para ser vendidos*»; y mal podrá hallarse la misma equivalencia entre «*se venden estos caballos*» y «*estos caballos son VENDIDO*» o «*están para ser VENDIDO*», lo que viene a mostrar la inconveniencia del verbo singular.

En caso de no admitirse tales sujetos, forzoso será convenir en que hay verbos que pueden concordar con su complemento en ciertas oraciones de carácter impersonal, lo que será un absurdo para muchos gramáticos.

Benot (*Arquitectura de las lenguas*, tomo II, lección XIII) admite en estas construcciones, que acertadamente llama *pasivo-impersonales*, un *acusativo sustantivo de cosa*, concordante con el verbo (y presenta, entre otros, este ejemplo: «*Esta habitación se alquila*» o «*estas habitaciones se alquilan*»), o un *acusativo sustantivo de persona*, sin concordancia (v. gr.: «*Se admira a los héroes por todos los buenos*»).

Podrá variar cuanto se quiera la apreciación gramatical; se podrá llamar complemento lo que para Bello y otros gramáticos de nota es un sujeto pasivo («*esta habitación*» en el ejemplo de Benot, que acabo de transcribir), lo cierto es que no hay autor que disienta en cuanto al número gramatical que corresponde al verbo en cada caso; y esto es, precisamente, lo que más me importa dar a conocer.

Un distinguido colega mío, muy dado a estudios del len-

guaje, en un erudito trabajo sobre el *Quijote*, escribe: «Se DESCONOCE aún las verdaderas causas de las mutaciones fonéticas.» «Resultados que se BUSCA»; y es indudable, que si hemos de atenernos al parecer de los más ilustrados gramáticos, los verbos *desconoce* y *busca* han de estar en plural. En el segundo ejemplo, paréceme ver patente la intención de evitar el sonsonete que resultaría al pronunciar: «Resultados buscados»; pero, de mí sé decir, que hubiera preferido caer en el sonsonete antes que en el solecismo. En el mismo *Quijote* no faltan ejemplos que contraponer al que acabo de impugnar, y a pelo encaja el siguiente pasaje: «Y de aquí viene que, como la carne de la esposa sea una misma con la del esposo, las manchas que en ella caen, o los defectos que se procuran, redundan en la carne del marido (primera parte, cap. XXXIII); donde «los defectos que se procuran» equivale a decir, según lo anota casualmente Clemencín en sus *Comentarios*, «los defectos que se buscan».

248. Es innegable, que cuando se construyen estas oraciones con nombres de personas o seres animados tomados indeterminadamente, y digo indeterminadamente, porque no siendo así, corresponde intercalar la preposición *a*, bien podría tolerarse el verbo en singular, toda vez que con ello se viniese a evitar ambigüedad o duda.

Trataré de ilustrar este caso.

Hay en mi pueblo la necesidad de trasportar los presidiarios desde la cárcel al tribunal, que dista varias cuadras, para tomarles declaración; y hasta hace algunos meses se les llevaba a pie, porque las autoridades superiores no habían podido conceder una pobre ambulancia: quien haya contemplado el triste espectáculo que ofrecían los presos al ser trasportados en esta forma y dijera que *en Dolores se paseaban presidiarios por las calles*, no hablaría con tanta precisión y verdad como el que se permitiera decir que *en Dolores se paseaba presidiarios por las calles*. Con igual criterio, dice Cuervo (*Apuntaciones*, pág. 213): «en nuestra humilde opinión, es incorrecto este

lugar de Jovellanos: «*Entonces se ahorcaban hombres a docenas*»; porque el autor quiso decir que los hombres *eran ahorcados*, y lo que naturalmente se entiende es que *ellos mismos se ahorcaban*. Y en las mismas condiciones viene a estar este pasaje de Sarmiento (*Obras*, tomo XXV, pág. 142): «*Se degollaban las mujeres y los niños.*»

Bello resuelve con acierto el punto al establecer que no deben usarse estas construcciones cuasi reflejas de tercera pers., cuando hay peligro de que se confunda el sentido puramente pasivo con el reflejo (*Gram.* cap. XXIX, pág. 335). Y es obvio que, para no poner el verbo en singular y para evitar a la vez toda ambigüedad, basta cambiar el giro de la oración, recurrir, p. ej., a la forma pasiva que se construye con el verbo *ser* y el participio del verbo empleado.

*
* *

249. Salleras se encarga de presentar un caso que, como se verá, resulta anómalo desde que disiente con la reglamentación que se tiene establecida en la concordancia de sujeto y verbo; pero que puede apreciarse, como caso muy regular, si se mira un complemento en lo que damos en llamar sujeto pasivo. Dice el distinguido gramático (*Gram.*, pág. 264): «Si el verbo tuviese cierto carácter impersonal y precediese al sujeto (sujeto compuesto), se pondrá aquél en singular, aunque el segundo nombre sea plural»; y a continuación presenta los siguientes ejemplos: «*Se vende mucho trigo y cebada.*» «*Se consumió mucho trigo y patatas.*»

Bello consiente que se ponga el verbo en singular o plural en construcciones semejantes: «*Se alababa*» o «*se alababan su magnanimidad y constancia*», «*se requería*» o «*se requerían mucha firmeza y valor*» (*Gram.*, cap. XXXI, 349).

Cervantes escribió: «*El buen paso; el regalo y el reposo allá se inventó para los blandos cortesanos*» (*Quij.*, 1.^a parte, capítulo XIII), ejemplo que pudiera dar pie para sostener que el

caso presentado por Salleras ocurre aun cuando el sujeto compuesto preceda al verbo; mas es indudable que en construcciones como la que presento, más se usa hoy el verbo en plural, como lo piden las reglas más elementales de concordancia; lo que ha hecho en este caso Cervantes es recurrir a la elipsis que permite referir el verbo al nombre más próximo dejándolo sobrentendido en los que anteceden; prueba de ello es el ejemplo que sigue en el mismo párrafo: «mas *el trabajo, la inquietud y las armas*, sólo *se inventaron e hicieron* para aquellos que el mundo llama caballeros andantes.

Lo más propio, a mi ver, será adaptar estos casos a las reglas generales que tienen establecidas las principales gramáticas para la concordancia de sujeto y verbo; convendrá, por tanto, poner el verbo en plural en los ejemplos que acabo de citar. Y me place el poder presentar, para mayor aclaración de este punto, el siguiente ejemplo de nuestro popular escritor D. Martiniano Leguizamón: «*Búscanse colorido, tipos, escenas y paisajes nuevos*» (De *Cepa Criolla*, pág. 78).

*
* *

250. Cuando en estas construcciones, que Bello llama cuasi reflejas de tercera persona, acompaña al verbo pronominal o reflejo otro verbo en infinitivo, puede ocurrir que el primer verbo vaya en singular o plural.

Se dirá: «*se desea empedrar algunas calles*», «*se quiere recorrer muchos kilómetros en un día*», «*se pretende reformar los programas*», «*se prohíbe fijar carteles*» (1), etc., y habrá im-

(1) Es indiscutible que menor, mucho menor, es el número de los que caen en el error de escribir «SE PROHIBEN *fijar carteles*», que el de los que dan en estampar en las paredes—y debe ser éste achaque de argentinos solamente—letreros que dicen: «*es prohibido pegar carteles*», como otros ponen: «*es prohibido fumar*», «*es prohibido escupir en el suelo*», etc. Bien estaría que llevaran el verbo *ser* las prohibiciones que pudieran dimanar del Eterno, ya que ellas existen, han existido y existirán siempre; pero,

perdonable solecismo si se pone el verbo en plural en cualquiera de estas oraciones.

En cambio, si se dice: «*se pueden empedrar algunas calles*», «*se pueden recorrer muchos kilómetros en un día*», «*se deben repartir carteles*», «*se deben reformar los programas*», etc., se habrá construido el verbo con toda corrección, aun cuando no falte uno que otro autor de nota que adopte el singular.

Si bien el sentido indica en cada uno de estos casos la concordancia que corresponde, para poder determinar con facilidad y precisión el número del verbo, basta, según aconseja el ilustre gramático mejicano D. Angel de la Peña (*Gramát.*, página 306), poner el infinitivo en la forma pasiva expresada por el participio y el auxiliar *ser*. Tomaré una de las oraciones que exigen verbo singular, por ej.: «*Se desea empedrar algunas calles*»; hecha la conversión que queda indicada, resulta un absurdo («DESEAN SER EMPEDRADAS ALGUNAS CALLES»), pues algunas calles no pueden tener deseo alguno, lo que viene a probar que *calles* no puede ser sujeto de la acción de desear; y sea que el sujeto esté en el infinitivo (*empedrar*), como lo afirma Bello, o sea que no exista por tratarse de oración impersonal, lo cierto es que el verbo tendrá que ir en singular, así en ésta como en las otras oraciones que la acompañan.

Cuando los complementos expresan persona, v. gr.: «*se quiere elegir varios alcaldes*», «*se piensa invitar algunas personas*», etc., no hay necesidad de cambiar el giro de la oración, ni de acudir a expediente alguno para comprobar el absurdo, dada la anfibología que resultaría si se pusiera el verbo en plural; pues nos quedaríamos sin saber si es que los

tratándose de disposiciones tomadas por los hombres, que pueden ser más o menos transitorias, que estarán en vigor desde que se promulgan o mientras quedan a la vista tales letreros, paréceme más propio el verbo *estar* o el verbo *quedar* (*está prohibido, queda prohibido, etc.*), dado caso que no se quiera recurrir a la construcción impersonal «*se prohíbe*» (*se prohíbe fijar carteles, fumar, escupir en el suelo, etc.*), que es, sin duda alguna, la más apropiada.

alcaldes quieren elegirse ellos mismos o ser elegidos, y si son las personas mismas las que piensan invitarse o piensan ser invitadas, o si otras personas (que quedan indefinida o vagamente indicadas por el pronombre *se*) son las que tienen tal deseo o intención.

Ahora bien; aplicando el procedimiento aconsejado por de la Peña a cualquiera de las oraciones construídas con los verbos *se puede* o *se debe*, el sentido no quedará desvirtuado, v. gr: «*Se deben reformar los programas*», dará «*deben ser reformados los programas*»; lo que indica que se puede usar el verbo en plural, y tal lo aconsejan, en oraciones semejantes, Bello, el mismo de la Peña y otros gramáticos distinguidos.

251. Con todo, encuentro que hay casos, en estas construcciones, en que resulta obligado el verbo singular.

Sígame el lector y lo verá.

Se podrá decir: «*Se pueden matar* varios pájaros de un tiro», o «*se puede matar* varios pájaros de un tiro»; y será, si se quiere, preferible la primera construcción, ya que resulta bien el decir: «*pueden ser matados* varios pájaros de un tiro»; pero, si en vez de *pájaros* ponemos *hombres*, o, en términos más generales, cualquier sér capaz de ejecutar la acción expresada por el verbo infinitivo, resultará de sentido anfibológico la primera oración (la de verbo plural), no así la segunda, lo que basta para mostrar que en tales casos mal podrá usarse el verbo en plural. Aunque éste parezca el número más adecuado si se efectúa la conversión indicada por de la Peña («*pueden ser matados* varios hombres de un tiro»), sea que vaya interpuesta la preposición *a*, que se impone cuando se trata de persona determinada («*se puede matar a* estos hombres»), sea que ella falte («*se puede matar* varios hombres»), convendrá siempre el verbo en singular.

252. Caso muy ocasionado a dudas, en que parece no resultar de clara y fácil aplicación el procedimiento indicado por de la Peña para reconocer el número que conviene al verbo que acompaña al infinitivo, es cuando aquel verbo expresa

sensaciones o actos de percepción (*ver, mirar, oír, etc.*) ¿Se dirá «*se vió*» o «*se vieron* reverdecer los campos», «*se oyó*» o «*se oyeron* contar grandes hazañas, etc....? El procedimiento citado nos dará: «*se vieron* ser reverdecidos los campos», «*se oyeron* ser contadas grandes hazañas», con lo que no deja de mostrarse la conveniencia del verbo plural; y es innegable que prevalece esta concordancia en los mejores autores; vaya como muestra el siguiente ejemplo de Cervantes: «*Se oyeron* sonar en el retablo *cantidad de atabales y trompetas* (*Quijote*, segunda parte, cap. XXVI).

*
* *

253. Dificultoso, si no imposible, es poder someter á una reglamentación precisa el número que ha de corresponder a los verbos impersonales o unipersonales y a los que se toman como tales en ciertas oraciones. Si bien creo haber tocado los puntos más ocasionados a duda, muchos casos quedarán aún sin ser resueltos, librados al arbitrio del escritor, quien podrá emplear el número que mejor se avenga con el sentido que quiera dar a la frase.

El erudito Cejador, en *La lengua de Cervantes* (tomo 1.º, página 371, y también en la pág. 235), señala casos raros de oraciones impersonales o unipersonales en los siguientes pasajes del *Quijote*: «Y llegado el determinado punto, entraron en la ciudad, donde *les sucedió cosas que a cosas llegan*» (tomo 2.º, capítulo VIII).—«*Válgate mil Satanases* por no maldecirte por encantador» (tomo 2.º, cap. XL). Esto ha picado mi atención, y me mueve a poner algunos párrafos más, para dar fin con ellos a este capítulo.

Más que casos raros de oraciones impersonales, me parecen, los citados, simples solecismos, que así pudieron escapársele a Cervantes, como a los cajistas o correctores. Debió decirse: «*sucedieron cosas*» y *Válgate mil Satanases*, asignándose a las cosas y los *mil Satanases* el valor de sujetos. No en vano aparece enmendada la concordancia del primer ejemplo

en la edición popular publicada por Calleja en 1905; en ella se lee (pág. 503): «Finalmente, ordenó Don Quijote *entrar* en la ciudad *entrada* la noche; y en tanto que la hora se *llegaba*, se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y *llegado* el determinado punto, *entraron* en la ciudad, donde *no les sucedió cosa que a cosa llegara*.»

He transcrito todo el párrafo para que se pueda ver que también en la magnífica obra de Cervantes hay pasajes que me guardaría de recomendar como modelos de bien decir; chocan tanto *entrar* y tanto *llegar*, que no condicen por cierto con la riqueza del lenguaje que es excelencia del *Quijote*.

Clemencín, en sus notas al *Quijote* (tomo 7.º, pág. 35), sostiene, a propósito de este mismo *Válgate mil Satanases*, que ha debido decirse *válgante* y no *válgate*, y agrega: «Solecismo parecido a otros del *Quijote*, como *se le vino a la imaginación las encrucijadas* (1.ª parte, cap. IV); *a los que Dios y naturaleza hizo libres* (cap. XXII); *les sirvió* (a los cabellos) *de peine unas manos* (cap. XXVIII); *así como salió Don Quijote y su camarada* (cap. XXIX); *le sucedió cosas que a cosas llegan* (2.ª parte, cap. VIII)». Léese a continuación de esta misma nota: «Garcés, ciego adorador de Cervantes, suele convertir sus descuidos en reglas, y alega este ejemplo: («*Válgate mil Satanases*»), como primor de la lengua en su tratado del *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana*.

Y a los solecismos mentados puedo añadir los siguientes, sin que pretenda con ello haber agotado el expurgo que reclama, para mejor lucimiento de su concordancia, la magna obra del inmortal Cervantes: «*La blancura de la mano y las ajorcas que en ellas vimos, nos deshizo este pensamiento*» (1.ª parte, capítulo XL). «*Salió la ventera, su hija y Maritornes a despedirse de Don Quijote*» (1.ª parte, cap. XLVII); «*y así estando suspenso y pensativo, entró Sansón Carrasco y el Ama y la sobrina, deseosas de oír con qué razones persuadía a su señor*» (2.ª parte, cap. VII). «*Apeóse asimismo el Duque y Don Quijote, y pusieronse a sus lados*» (2.ª parte, cap. XXXIV). «*¿Y quién*

sabe si esta soledad, esta ocasión y este silencio DESPERTARÁ mis deseos?» (2.^a parte, cap. XLVIII); «*cuya presencia y buen adorno CONTENTÓ mucho a los dos*» (2.^a parte, cap. L); «*pero fue tanta la priesa que los muchachos y toda la gente TENÍA leyendo el rótulo*» (2.^a parte, cap. LXII).

Y no creo, como el insigne Cejador, que baste la elipsis para disculpar algunas de estas discordancias; más acertado será atribuir las a descuidos del mismo Cervantes o a erratas de sus editores. No se amengua con ello el mérito de la insuperable obra. ¡Qué mucho puede sorprendernos si se comprueba una vez más que «*errare humanum est!*»

Y después de tan larga digresión cúpleme reiterar que no veo esas dos oraciones unipersonales o impersonales que ha descubierto el eminente autor de *La Lengua de Cervantes*; y considero, en cambio, que realizará obra muy plausible el editor caritativo que salve, tanto los solecismos que otros autores—y yo con ellos—señalan en esos dos ejemplos, como los demás que indicados quedan.

JUAN B. SELVA,

Profesor en Dolores (República Argentina.)

LA CRISIS DEL RÉGIMEN MONETARIO ARGENTINO

Cómo las emisiones del papel moneda han generado la crisis.

Nuestro complejo régimen monetario, que ha tiempo venimos estudiando, parece haber puesto ahora de transparencia la mayor parte de los índices que parcialmente hemos denunciado en publicaciones anteriores; sintetiza característicamente, en estos momentos, el malestar general que se siente y que se presentía desde hace tres años a esta parte.

A un estado o período ascensional en el desarrollo de los negocios y del comercio, produciendo riquezas y creando fortunas rápidas, que progresivamente hemos constatado entre la vigencia de la ley de conversión, 1899, y el año en curso, le ha sucedido una era de depresión, de quiebras y de liquidaciones forzosas.

Vamos a enumerar analíticamente los principales índices o efectos que evidencia nuestra meteorología económica, dentro de consideraciones teóricas y ejemplos prácticos muy sumarios.

1. Lo que se ha denominado «la cuestión agraria» es uno de los índices o efectos más graves y más sintomáticos de esta situación. Es una cuestión que compromete directamente el valor sostenido y permanente de los campos destinados a las explotaciones agrícolas, a los arrendamientos de los mismos con relación al capital que representan, a los arrendamientos

proporcionales con relación a la producción, a la agricultura extensiva industrial, y a la agricultura intensiva que debe arraigar al inmigrante extranjero. Los efectos de «la cuestión agraria» se han sentido uniformemente en todas las zonas de la República, produciendo una intensa conmoción. Numerosos campos se han despoblado, cerca y lejos de los centros poblados, como inmediatos o distantes de las líneas férreas de transportes—se han abandonado a la cultura,—y los claros producidos no se han podido llenar sino parcialmente, siempre con sacrificios para el locador. Estos hechos no son anormales: obedecen a la naturaleza misma de las cosas.

Los precios de los campos y de los arrendamientos, después de una resistencia tenaz y razonable de los locatarios, por ley natural, han buscado relaciones de equivalencia entre la mano de obra, los gastos, semillas, transportes y la cotización de los productos en los mercados mundiales de exportación y de consumo. Es un factor siempre olvidado en la agricultura extensiva de nuestro país, que el trigo, lino, avena, maíz, etc., no sufren alteraciones de gran importancia en su valor intrínseco en el mercado general, y que los beneficios que pueda producir su venta giran más bien a favor del excedente de la producción calculada, de la escasez o abundancia de los mercados productores similares, en vez de girar sobre el margen eventual que pueda dejar el tipo de venta. Luego también los arrendatarios agricultores han puesto de manifiesto en su resistencia a pagar precios altos o desproporcionados, que las zonas aptas destinadas a la agricultura, en la República, abarcan una extensión de millones de hectáreas, en el presente, tan indomitable, que no se justificarían los precios elevados por arrendamientos, porque no es posible poner esas considerables extensiones de terrenos en estado de explotación, dada la insuficiente población agrícola de la República. En toda la zona cultivable, los rendimientos de la agricultura extensiva son proporcionales a la riqueza de la tierra y a los arrendamientos (salvo quizás en regiones donde se encuentran productos más especia-

lizados en cuanto a sus calidades) por su similitud y por el régimen de los transportes, servidos, para equilibrar precios, por el régimen de las tarifas parabólicas de los ferrocarriles.

2. *La reinmigración.*—Durante muchos años se ha observado la afluencia de una población flotante en el momento de las cosechas. De cierto modo se ha prestigiado esa inmigración, o, por lo menos, se ha mirado con simpatía, sin tomar ninguna medida, ni para arraigarla ni para contrarrestar su influencia sobre los salarios normales. Hemos cotejado nuestra situación con la de los Estados Unidos de Norte-América, donde actúan otras razones que pueden permitirle sin inconvenientes para su economía, aunque sabiendo que esa población opera un enorme drenaje al capital nacional. Sin ella, el importe de todo el salario que percibe quedaría en el país; con ella, el producto de las cosechas, su valor y el importe de los salarios salen del país, se dedica a labores de la agricultura extensiva y compite con el jornalero nacional, radicado permanentemente.

No se arraiga esa inmigración, porque las ventajas que le ofrece la moneda de papel y el cambio internacional le permiten vivir «vida barata» en el país de su origen, como lo explicaremos más adelante. Pero el abandono que se ha efectuado en la agricultura intensiva, supeditada por la agricultura extensiva, promueve la despoblación y la reinmigración. La agricultura extensiva, tal como se practica, encarece la vida, la dificulta, como es ya de notoriedad. La reinmigración lleva en sí la lamentable condición de ser substituída por inmigración de las clases más inferiores de las naciones europeas, aunque aptas, suponemos, para el trabajo. Se van los enriquecidos, ingresan los indigentes.

La agricultura extensiva, tan necesaria como benéfica a los progresos de la República, que moviliza cuantiosos capitales, se opone a la agricultura intensiva colonizadora: primero, porque, aquélla, siendo industrial, especulativa, eleva los salarios considerablemente en las épocas de las cosechas, fomenta y precipita el nomadismo del agricultor jornalero; segundo, por-

que la agricultura intensiva corresponde a las zonas de población densa. En nuestro país se nota que la agricultura intensiva, destinada al abasto de las ciudades, atraviesa por una situación de escasez y de carestía; el excesivo precio de la mano de obra y de los arrendamientos absorben legítimas compensaciones, y el agricultor prefiere abandonarla. Está también demostrado que el «colono» o agricultor, con o sin familia, que busca arraigo en el país, no puede sufragar los gastos de su vida—ni menos alcanzar el ideal del ahorro,—destinando exclusivamente sus labores a la cosecha de productos similares a los que obtiene el agricultor industrial.

Luego, pues, el dilema se resuelve a favor del agricultor extensivo, o sea a la reinmigración.

3. La carestía de la vida, inmediata consecuencia de la agricultura extensiva, especulativa, ha promovido considerables importaciones, del extranjero, de cosas destinadas a la alimentación humana, a precios más ventajosos que los que cotizan las épocas de las emisiones de moneda de papel. Las estadísticas oficiales arrojan cifras que conduelen y afligen los sentimientos nacionales. Parece que la población se compusiera de expedicionarios.

4. El valor de la propiedad inmueble, rural y urbana, se encuentra en relación contradictoria con el número de habitantes que tiene la República, con lo que es susceptible de producir frutos o rentas. El exceso de edificación suntuosa en la ciudad de Buenos Aires y el costo exorbitante de los materiales y mano de obra, imposibilita la extracción de una renta proporcional. La depreciación de la propiedad se ha precipitado sin poderse detener. Es más cara la propiedad en la República Argentina que en cualquiera otro país más poblado y más consolidado en sus riquezas y en su porvenir.

5. *El precio de los transportes.*—Las tarifas en vigor obedecen a una razón estrecha de equivalencia y de cambio. El capital a oro, de accionistas o proveniente de obligaciones, no puede tener en cuenta otro primordial servicio, ni puede te-

nerlo por el momento, que los intereses del objeto social a que está destinado. La tarifa parabólica es una simple combinación de dulzura que no da resultados fuera de las épocas normales. La producción es fuertemente tributaria de las empresas de transportes.

El azúcar de Tucumán es más cara que el azúcar de París, ambas vendidas en Buenos Aires; los vinos de San Juan y Mendoza, sin considerar su precio, tienen en las empresas que los transportan un asociado por fuerza, que les absorbe un fortísimo tanto por ciento del valor real del producto acarreado.

La cosecha de patatas de los partidos de Balcarce y Mar del Plata, en 1912, calculada en 5 ó 6 millones de pesos de curso legal, se abandonó y se pudrió sobre los campos, porque el flete ferroviario le insumía totalmente el valor del producto. Y así podríamos citar uno por uno los renglones de las importaciones de cosas necesarias a la alimentación humana que tienen que traerse del extranjero para llenar las necesidades de la vida diaria.

6. El crédito personal y el crédito hipotecario, dispensado por sumas incalculables, destinadas en casi su totalidad a todas las especulaciones que den diferencias rápidas y arriesgadas. El ambiente que en los años de prosperidad se crea el crédito en nuestro sistema bancario, se podría demostrar por las obligaciones de letras a pagar que conservan en sus carteras los Bancos, con especialidad los Bancos con capital a papel moneda. Las cuentas corrientes por depósitos son igualmente crecidas y en concordancia con la cartera de descuentos de letras.

El crédito hipotecario ha tomado un incremento fuera de todo cálculo. Los Bancos hipotecarios han florecido con capitales a oro de todas las nacionalidades en franca competencia entre sí y con el Banco Hipotecario Nacional, que presta cédulas a moneda de curso legal. Los préstamos hipotecarios, generalmente sirven para el fomento y mejoras de la propiedad urbana y rural, en forma prudente y razonada, es decir, para

destinar los capitales recibidos en préstamo a la explotación de la misma propiedad afectada en garantía; en nuestro país, donde la propiedad se destina a fines puramente especulativos, y muy rara vez a fuente de renta, el crédito hipotecario se destina a facilitar la constante industria (*sic*) de la compra-venta de inmuebles. Es imposible aquilatar la fortuna individual por las alternativas de los precios y las paralizaciones que se producen en tales operaciones.

7. El juego, en todas sus manifestaciones, arraigado en las costumbres y en las necesidades tan profundamente, que ocupa un renglón en el presupuesto nacional.

Las cifras anuales que arrojan las estadísticas oficiales, entre carreras de caballos y loterías, superan a todo cálculo, comparadas con las de los países más jugadores. Es el vicio por excelencia que mejor sustentan las emisiones de moneda de papel con la incorregible prodigalidad en todas las clases sociales.

8. El lujo que reconcentra en la capital federal toda la población rica o enriquecida del resto de la República. No hay paralelismo en los progresos del resto del país; resultan desiguales y en verdadero contraste. Mar del Plata ejerce una atracción desesperante y una gran influencia preponderante en la fortuna y en el presupuesto de las familias. La vida en Mar del Plata es tres veces más cara que en el más lujoso balneario europeo.

Todos estos índices o efectos, generadores en un instante de la evolución de los negocios, de la riqueza o de la miseria, tienen por causa específica el régimen de las emisiones de moneda de papel. En 1899, el tráfico comercial y bancario de todo el país se realizaba con una emisión total de 293.018.258,44 pesos moneda papel de curso forzoso. Desde entonces hasta ahora, las emisiones han llegado próximamente a 900.000.000 de pesos curso legal, sin poderse fundar científicamente una correlación matemática entre la velocidad de la circulación y el volumen de los negocios.

El oro extranjero empezó a afluir, como saldo a favor del país, en los años favorables, o como capitales industriales (los menos), o como capitales destinados al mercado de hipotecas (los más). En todos los casos, por los hábitos de la población, ejercitando las disposiciones del art. 7 de la ley núm. 3.871 (ley de conversión), la Caja de Conversión ha entregado, a quien lo ha solicitado, billetes curso legal por moneda de oro sellado, y ha entregado a quien lo ha solicitado, en cambio del retorno de la moneda de papel, el oro sellado que había recibido y conservaba en custodia.

Con este mecanismo la existencia de «oro en custodia» en la Caja de Conversión, en el momento que escribimos, es de más o menos 267 millones de pesos oro sellado, representado por cuños de diferentes naciones, para responder a una parte considerable del papel en circulación, es decir, para su canje, cuando voluntariamente lo demande el tenedor del billete. Las entregas de oro se han ido haciendo paulatinamente a la Caja de Conversión, bajo el contralor, a justo título de la confianza pública, bien merecida, de que goza la institución. Estas emisiones, en su origen, destinadas a suplir la poca elasticidad del billete de curso forzoso, han sido favorecidas por magníficas cosechas anuales, por el aumento fuera de cálculo de la producción, que han encubierto o disimulado el daño que producían a la economía nacional, porque a medida que se han puesto en circulación han inflado todos los valores, hasta caer en el mayor desconcierto las equivalencias y relaciones de cambio.

La crisis producida, pues, por las emisiones es intensa; su tendencia, natural como lógica, es llegar a establecer el nivel de los valores que componen la velocidad de la circulación, de concierto con los demás factores de la ecuación de cambio; pero para dominar la situación y sujetarla dentro de los rígidos principios que rigen las leyes económicas, se oponen los mismos elementos que actúan y que han servido para producirla. La normalidad económica no se conseguirá restablecer con el régimen monetario en vigencia. La crisis acusa peren-

toriamente al sistema monetario, que no puede sobrevivir mayormente al estrago que detendrá por un tiempo los progresos de la República comprometiendo todos sus prestigios. A las crisis parciales que se han sentido de año en año, a medida que se lanzaban las emisiones, les sucede esta crisis de aspecto general. Procuramos explicarlo metódicamente tan claramente como nos es posible, apoyados por la ciencia moderna en este difícil ramo de la economía política.

Moneda y nociones olvidadas.

Toda moneda que no alcanza a establecer equivalencias en el comercio, entre el valor intrínseco de las cosas y su valor legal, que establezca disparidades entre el salario real y el salario nominal de empleados y jornaleros, que tenga un valor convencional, no puede servir de instrumento adquisitivo o liberatorio sin provocar perturbaciones económicas, porque forzosamente carecerá de valor legal paralelo a su valor comercial. Es textualmente lo que acontece con el empleo de la moneda de papel argentina en todas las transacciones a que se la destina.

En 1899, cuando se dictó la ley de Conversión, el conflicto y la perturbación del valor de las cosas lo producía el agio bursátil, que disminuía la fortuna pública, porque cotizaba unas veces hechos positivos y reales, como lo fue la falta de garantías del medio circulante, y otras veces hechos ficticios de carácter eventual o político, hasta personal, sin referirse jamás a la capacidad productiva del país, a su gran crédito exterior, a su porvenir, que entonces, como ahora, no admitía discusiones ni parangones. La ley de Conversión tuvo el mérito de detener la rápida apreciación del papel inconvertible, que hubiera arruinado a la industria implantada bajo el régimen de un sistema monetario que llevaba implícita la promesa de la conversión; se la volvió a prometer solemnemente, y en eso estamos. Pero el agio, desbaratado, se abrió cauce, desviando

la acción bursátil sobre el papel moneda, para asentarla en otras especulaciones, especialmente en la compra-venta de inmuebles, cuya inflación ha sido favorecida sin contradicción alguna por el mecanismo de la ley.

La ley de Conversión había fijado un valor nominal al billete de curso forzoso, y ese valor nominal sirvió de base y se aplicó arbitrariamente a todas las emisiones que se hicieran en el porvenir, quebrando oficialmente el criterio de la unidad del padrón de oro o de la moneda de la ley núm. 1.130. Con esos procedimientos en los sucesivos años de prosperidad, se puede decir casi interrumpidos, que nos ha deparado la Providencia; con el prestigio que ha adquirido el país ante el mundo, el desarrollo ascendente de los negocios y la riqueza se fueron multiplicando, hasta presentar estos relieves: una circulación de moneda de papel excesiva para el volumen de los negocios, en relación con el valor internacional de estos últimos; una población escasa para la enorme extensión de tierras laborables que posee el país; una producción superior y exuberante, con relación a los términos anteriores, con insuficientes medios de transportes (1).

Creado ese ambiente de aspecto tan seductor y favorable, han transcurrido los años olvidando nociones y preceptos económicos, que parecía que no regían para nosotros, hasta que nos ha sorprendido su realidad. Esas ideas, nociones o preceptos forzosamente debemos recordarlos, al menos los más fun-

(1) Debe leerse el interesantísimo estudio publicado por el Dr. Julio López Mañán, ilustrado Director general de Agricultura y Defensa agrícola del Ministerio de Agricultura de la República Argentina, titulado *El actual problema agrario*. Es una demostración estadística de nuestros grandes progresos, causas, según ese autor, del malestar agrario que, por nuestra parte, hemos analizado con un muy distinto criterio. Las conclusiones del Dr. López Mañán se apartan de nuestro punto de vista; las emisiones no las ha tomado en consideración; es la razón, a nuestro juicio, por la cual el Sr. Director general de la Defensa Agrícola no ha fundado soluciones prácticas. No obstante, su estudio es de un gran mérito.

damentales, porque son premisas de nuestros razonamientos y conclusiones.

1.—La idea de moneda está representada en nuestra circulación por moneda de papel. Las monedas de oro y plata de cuño argentino han tenido vida efímera en las transacciones internas; pasan por ignoradas. La moneda de papel, cualquiera que sea su valor representativo, con relación a las monedas de cuño nacional o extranjero, se aloja en los bolsillos de toda la población, y se utiliza por nacionales o extranjeros como la más apta, como la única moneda posible en los negocios y relaciones de cambio. Por cierto que la regla se quiebra como excepción, tratándose del comercio bancario, de exportación e importación; pero de cien habitantes del país, tomados al acaso, uno quizás llevará consigo, por curiosidad, no por necesidad, una moneda de oro acuñada. La noción de la unidad monetaria, con relación al padrón de oro—no importa el padrón ni la clase de moneda,—se pierde al habitar el país, tanto por el inmigrante que se radica, como por los argentinos que constantemente viajan.

La moneda de oro la repudia el comercio urbano. En las campañas y provincias no se tiene siquiera una idea de su necesidad ni de su existencia. En general, el tráfico bancario para los negocios internos, aun de los Bancos con capitales a oro, se verifica a moneda de curso legal; así lo ha establecido la costumbre, de ese modo se han levantado y derrumbado las fortunas. Las mismas prácticas observan los gobiernos, federal y provinciales, en la percepción de la renta pública, salvo para lo que se refiere a impuestos aduaneros.

Este fenómeno económico y de sugestión nacional tiene fecha desde que se implantó en la República el régimen del curso forzoso; se sigue sosteniendo sin que se sientan apremios. Lo hizo notar, con gran verdad y acierto, el Dr. Pellegrini, al fundar, en la Cámara de Diputados de la Nación, el despacho de la ley número 1.130, creando la moneda nacional acuñada. Decía: «Los habitantes de la provincia de Buenos

Aires, que no conocen otra moneda que la de papel, tienen fama de ser muy desprendidos, y tengo para mí *que esto proviene, en parte, no de sentimientos más generosos, sino del poco aprecio que hacen de la moneda y la facilidad consiguiente para desprenderse de ella*; de manera que lo que parece una virtud, bien puede ser un vicio.» El vicio se ha identificado como un modo de ser nacional que nos ha traído la situación presente. La prodigalidad atribuída también a nuestra raza habrá que imputarla al curso forzoso permanente.

2. No se conoce ni se investiga el valor de las cosas. Un campo se compra por el valor de su oferta, sin cotizar si su producción presente o futura corresponde al capital que va a invertirse. Una casa se compra sin atenderse a la renta de que es susceptible de producir. Pero ambas operaciones se llevarán a cabo si asoma un indicio de que pueden revenderse las propiedades por un mayor valor.

Las expropiaciones de inmuebles por causa de utilidad pública se verifican bajo estos o parecidos criterios.

Esta ausencia de nociones de cálculo y de seguridades económicas se ha generalizado de tal modo, que forma todo el ambiente de los negocios. El Dr. Pellegrini, que lo presentía, en el propio discurso citado agregaba: «Introduciendo en la circulación la moneda metálica, para la circulación menor, pondremos en manos del pueblo *una moneda de valor palpable*; se acostumbrará a apreciar ese valor en el metal, y a su turno apreciará el billete, cuya relación percibirá más claramente; «se desprenderá con menos facilidad de una moneda de plata que de una de papel, y será por el hecho más económico.» Todos esos resultados se han malogrado.

En cuanto a los objetos que están en el comercio, la ausencia de elementos de comparación sobre sus relaciones de valor es absoluta. Se paga el precio que se pide, no sólo sobre géneros importados, sino sobre lo que es genuinamente de producción nacional: carne (1), azúcar, pan, legumbres, tejidos, ves-

(1) El precio de la carne se ha complicado con el doble incentivo de la

tidos, etc. El mercado sube o baja, y las cotizaciones gravitan sobre la población. La vida se hace cara, cada vez más cara, y el pueblo, en general, ignora la causa; la atribuye a las cargas fiscales, a los impuestos, que, por cierto, también son elevados por las mismas razones. Si se trata de artículos importados, los únicos que tienen puntos de comparación para apreciarlos son los extranjeros y los viajeros argentinos. El «peso de curso legal» tiene en el comercio nacional un valor adquisitivo igual a lo que puede comprarse por un «franco», un «penique», una «peseta», un «marco» o una «lira», respectivamente, en Francia, Inglaterra, España, Alemania e Italia; es decir, el «peso de curso legal» sufre una depreciación extraordinaria en su poder adquisitivo. De ahí el derroche en sus compras del viajero argentino, que regresa con abultado equipaje, repleto de cuanto una familia puede necesitar en algunos años.

3. La ausencia total y absoluta de distinciones entre el valor legal y el valor intrínseco o económico de las emisiones de «curso forzoso», de «curso legal», de «monedas» (fraccionarias), de «níquel» y «cobre», que circulan en la República confundidas, y que se emplean indistintamente para establecer equivalencias en las relaciones de cambio, como si tuvieran un mismo valor intrínseco, una misma equivalencia, un mismo origen y provinieran de las mismas circunstancias. El tenedor del billete es de una buena fe incomparable.

De ahí este equívoco de anunciarse por la Prensa, a diario, que los ingresos de oro amonedado a la Caja de Conversión (1), destinados a canje de moneda de curso legal, elevan el tanto por ciento de garantía de todas las emisiones en circulación.

Se suman todas las emisiones, y luego se dividen por el oro depositado en custodia. Se hace caso omiso de que las emisio-

moneda, que infla su valor, y la crisis por que atraviesa la industria ganadera nacional, debido a las epidemias y a las exportaciones frigoríficas.

(1) La Caja de Conversión incurre en el mismo error en la publicación de sus balances mensuales.

nes posteriores a 1899 llevan en sí la obligación de que la Caja de Conversión deberá tener disponible, a la vista y para el portador del billete, las sumas de oro amonedado que se le han llevado para el canje. Ese tanto por ciento no sólo es erróneo y absurdo, sino que, si fuera verdadero, aumentaría o disminuiría todos los días, a medida de los ingresos o egresos de oro, las relaciones de cambio, es decir, el valor económico de las cosas, tanto como las relaciones jurídicas de las cuatro clases de moneda que constituyen el régimen monetario argentino. El equívoco es perturbador de las nociones empíricas que debe llevar en su cuño y en su leyenda la moneda nacional. Son hechos que tienen una sanción consagrada por los hábitos de la comunidad, que están fuera de la ley, que no hay autoridad que los encauce, salvo que se alcancen las modificaciones fatales y perentorias que exige el régimen existente.

4. El prejuicio difundido en documentos públicos, que consiste en afirmar que los progresos incorporados y la prosperidad futura de la República provienen de las emisiones de papel moneda. La recíproca es tan verdadera como nos es fatal. Si las emisiones y el desgobierno de la circulación hubieran tenido esa virtud, nuestro régimen se habría implantado en el orbe entero, y las grandes naciones civilizadoras de la Humanidad lo habrían adoptado en substitución de los encajes de metal con que se balancea el comercio y las finanzas del mundo.

5. Vivimos también—y es necesario decirlo—bajo el dulce pensar de que todavía somos un país joven, y que todos los errores nos son permitidos. Desgraciadamente, no es así: somos un país viejo, tan viejo como los Estados Unidos de Norte-América, que en el mismo espacio de tiempo han dado la nota más alta de potencialidad económica y de civilización, sin que pueda vislumbrarse su decadencia. En cien años de vida libre e independiente han arraigado cien millones de habitantes; nosotros, en cien años de libertad e independencia, apenas si contamos con ocho millones, y tenemos que ponerles barreras para sujetarlos.

Inflados todos los valores, perturbados todos los criterios de las cosas muebles e inmuebles, por las causas tan sumariamente expuestas, con la colaboración concordante de presupuestos oficiales e imposiciones fiscales, el viajero o el reinmigrante quiebra el poder adquisitivo que sufre el «peso de curso legal» en el comercio, y acude a la Caja de Conversión. Allí convierte, a la vista y al portador, un peso de curso legal, de cualquiera de las emisiones en circulación—puesto que giran confundidas,—estando parcialmente garantizadas (tomemos para explicar el caso, por ejemplo, el franco); convierte el peso, decimos, por «dos francos veinte céntimos», equivalentes a 0,44 centavos oro, que le fija la ley. ¿Cómo quiebra el poder adquisitivo? Vendiendo todos sus bienes a los precios exorbitantes de la plaza y convirtiendo a oro sellado el producto de la venta. El inmigrante, en vez de comprar «una cosa por un peso», que la puede conseguir en su país de origen «por un franco», guarda en sus bolsillos «dos francos veinte céntimos» que le da la Caja de Conversión, para comprar dos cosas de un franco y una fracción de una tercera». La reinmigración la explica la sola ventaja del cambio. ¿Qué va quedando en la Caja de Conversión? Una investigación prolija nos descubriría todo el fondo de nuestra sospecha: capitales flotantes, prontos para la exportación.

Cada nacionalidad, con arreglo a la moneda que busca en canje, obtiene las mismas ventajas, y mientras sea exuberante la producción del país y afluya el capital extranjero para el mercado de hipotecas y para préstamos al crédito personal, se repetirán los hechos.

En este paradojal ejercicio de esta ley de conversión sólo sufre el capital nacional que, en la hipótesis de una liquidación final, se quedaría con el billete de curso forzoso por saldo de operaciones; no sufre el capital extranjero a oro sellado, porque, hasta en eso, la estructura sofística de nuestro régimen monetario es tal que las obligaciones en nuestro país se contratan bajo toda la diversidad de monedas conocidas, y el sus-

picaz capitalista extranjero afirma en ellas sus negocios por escritura pública. La jurisprudencia de nuestros tribunales es su más eficaz garantía. Las «capitulaciones» no producen mejores resultados.

Influencia del sistema monetario y de la cantidad de moneda sobre el poder adquisitivo del peso de curso legal.

Con los antecedentes expuestos, que no son todos los que podrían apoyar nuestros argumentos, se puede juzgar lo difícil que es llegar a establecer el poder adquisitivo del peso de curso legal. La facultad de emitir moneda privativa y reservada a la soberanía nacional, reside libre, sin ningún contralor respecto a la cantidad, en la voluntad discrecional del portador de monedas de oro a la Caja de Conversión. Los poderes públicos nacionales no tienen el dominio de la circulación, no pueden restringirla, aun mismo aumentarla, consultando los intereses financieros y económicos de la República. Los negocios están a merced de agentes arbitrarios. Es el único caso de un régimen monetario semejante, lleno de circunstancias aleatorias, sin ninguna de las ventajas que preconizó su implantación, porque está fuera de época.

Sin embargo, el poder adquisitivo de la moneda cuando ella está calcada sobre un padrón, y su recíproca, la uniformidad de los precios, afecta íntimamente la carestía de la vida, depende exclusivamente de cinco factores, que para nada tiene en cuenta la ley de conversión en vigencia, a saber:

1: el volumen de la moneda en circulación.—2: la velocidad de la circulación (1).—3: el volumen de los depósitos bancarios sujetos al giro por cheques.—4: la velocidad de esos depósitos.—5: el volumen de las transacciones comerciales.

(1) Recordamos al lector que los economistas definen por la «velocidad de la circulación» la suma total de las transacciones realizadas anualmente con el medio circulante.

Estos factores actúan de una manera concordante y definida, como «ecuación de cambio», de verdadera exactitud científica, sujeta a fórmulas de matemática demostración, fundadas en estadísticas (1).

Los precios o valores de las cosas resultan del ejercicio de esas cinco influencias. Si, por ejemplo, se doblan las denominaciones de la moneda, y la velocidad de la circulación es igual a la mitad de su existencia, mientras la cantidad de cosas destinadas a las transacciones permanezcan constantes, el precio permanecerá uniforme. Lo mismo sucederá si se doblan las cantidades de moneda y de las cosas destinadas a las transacciones, mientras la velocidad de la circulación permanezca la misma. Se debe siempre tener presente que la moneda sólo es uno de los tres factores principales de los cinco que componen la ecuación; es decir, moneda, velocidad de circulación y cosas destinadas a las transacciones, aunque todos los factores en conjunto definan y determinen la uniformidad del precio.

Como una primera ilustración de estos principios tomemos el peso de curso legal, que la ley número 3.871 ha desdoblado de su valor representativo del padrón creado por la ley número 1.130. Un peso oro sellado se transforma en dos pesos veintisiete centavos moneda de curso legal. Evidentemente, el número de billetes en circulación, en vez de ser uno, es de dos y fracción. El precio uniforme de las cosas, medido por los términos de esas emisiones, como consecuencia, se ha desdoblado simultáneamente en la misma proporción. Igual fenómeno se habría producido si la ley, en vez de desdoblar en moneda de curso legal el valor real del peso, en la forma predicha, hubiera fraccionado en dos partes iguales el peso oro, de la liga

(1) «The Purchasing Power of Money», «Its determination and relation to credit interest and crises, by Irving Fisher», Professor of Political Economy in Yale University, Rhode Island. United States of America.

latina, de la ley número 1.130. En el primer caso, la cantidad de moneda es nominal y nominal su poder cancelatorio; en el segundo caso, se ha denominado peso lo que no representa sino cincuenta centavos del mismo peso. En ambos casos se opera la duplicidad en los valores nominales. Lo que valía un peso oro sellado, vale dos pesos y veintisiete centavos moneda de curso legal; lo que valdría un peso de cien centavos de la liga latina, valdría dos pesos de cincuenta centavos cada uno. Las modificaciones en las leyendas de las monedas producen en la circulación tales trastornos de criterio, que hacen perder todas las nociones de las leyes que las gobiernan científicamente.

Estos ejemplos pueden multiplicarse indefinidamente cuando se alteran, aumentan o disminuyen el valor de los cuños o padrones monetarios. Si se cambian las denominaciones de los cuños, o si se sube o se baja el padrón de la acuñación, trae como consecuencia ineludible e inmediata un aumento o disminución proporcional en el valor de las cosas. La cantidad teórica de moneda, en estos casos, es independiente de la naturaleza intrínseca de las cosas que, en su abundancia, escasez y calidades, obedecen a preceptos o leyes muy diferentes, aunque sufran su influencia directa.

Analícemos ahora ligeramente el volumen de los depósitos bancarios sujetos al giro de cheques, y la velocidad de estos depósitos.

La inflación de valores, la percepción rápida de diferencias en las transacciones especulativas, las sumas de dinero que necesitan las mismas, disponibles y a la vista, acumulan depósitos en los Bancos y facilitan descuentos de obligaciones de plaza y empréstitos al crédito personal; con mucha más facilidad y prodigalidad en los Bancos argentinos que no pagan interés por los depósitos, y que es el renglón preferente de sus balances. Ese hecho marca un índice o un período de crisis, provoca situaciones extremas de liquidaciones, porque los Bancos gobiernan el mercado con arreglo a la abundancia de

los depósitos, y no con arreglo al conjunto de los factores de la ecuación de cambio.

Falta el contralor del mercado, un Banco Nacional que balancee las cantidades de moneda; en una palabra, falta el gobierno de la circulación para establecer un régimen de prudencia en los períodos de inflación de los negocios, limitando la expansión del crédito. El economista Marshall dice muy bien: «La causa de los alternativos períodos de inflación y de depresión de la actividad comercial... está íntimamente ligada con las variaciones efectivas que producen las reformas en el poder adquisitivo de la moneda. Pues cuando los precios están sensiblemente en alza, las gentes se precipitan a pedir dinero prestado y a comprar mercaderías (léase también inmuebles), coadyuvando al alza de los precios; los negocios se inflan, se conducen temerariamente y con prodigalidad; ese proceder sobre el capital recibido en préstamo produce menos utilidad que la que recibe el banquero, que se enriquece a expensas de la comunidad. Cuando después se restringe el crédito y los precios empiezan a caer, todo el mundo quiere librarse de sus compras, que han disminuído de valor, para hacerse de dinero que rápidamente se encarece; esto produce una violenta baja de precios, la disminución de crédito los contrae cada vez más, y todo esto durante largo tiempo sostiene la baja porque los precios se han desplomado (1).»

El efecto del exceso de numerario disponible se hace sentir en las fluctuaciones que experimentan los negocios en las épocas anuales precursoras de las cosechas, que no son solamente debidas a la liquidación parcial de los malos deudores, sino a la necesidad de equilibrar la situación amenazante del mercado. Anualmente, y desde hace muchos años, se reproduce el caso en la República Argentina.

Los trastornos económicos no obedecen a esas reglas exclusivamente. Hay miles de influencias que afectan los precios.

(1) Marshall: *Principles of Economics*, volumen I, pág. 594.

Nuestro propósito es analizar las más fundamentales, porque no escribimos un curso de economía política; explicamos los índices o efectos de la crisis de nuestro régimen monetario, en una forma que ilustre a la opinión, o que penetre en la comprensión de los lectores poco versados en estas materias tan difíciles de dominar.

Las condiciones que determinan el volumen del comercio—quinto factor—son numerosas y técnicas. M. Fisher (1) cita las más importantes, analizándolas y clasificándolas como sigue:

1. Condiciones que afectan al producto: *a)* Diferencias geográficas en recursos naturales; *b)* División del trabajo; *c)* Conocimiento técnico de la producción; *d)* Acumulación de capital.

2. Condiciones que afectan al consumidor: *a)* Extensión y variedad de las necesidades humanas.

3. Condiciones que se relacionan con el productor y el consumidor: *a)* Facilidad en los transportes; *b)* Relativa libertad en el comercio; *c)* Carácter de la moneda y sistema bancarios; *d)* Confianza en los negocios.

1. *a)* Es evidente que si todas las localidades fueran exactamente semejantes en recursos naturales, en su comparativo costo de producción, ninguna transacción se celebraría entre ellas. Es igualmente cierto que la gran diferencia en el costo de la producción en diferentes artículos de las diversas localidades establece relaciones de negocios, o sea el intercambio geográfico de productos. Estas reglas son perfectamente aplicables al valor de los campos y al precio de los arrendamientos.

1. *b)* Es igualmente obvia la influencia de la división del trabajo, que se funda en las diferencias comparativas de los costos y en el esfuerzo de los hombres para producir.

1. *c)* Los antecedentes *a)* y *b)* se relacionan con el conocimiento de la producción. Citemos estos hechos: en la Argen-

(1) Véase *Irving Fisher*, obra citada, pág. 75.

tina, el cultivo y producción de cereales están sujetos a las alternativas naturales del clima. En el Far-West americano, una zona considerable de los cultivos depende de la aplicación del método del Dry Farming (1). En el Canadá, los métodos de riego han asegurado valiosísimas producciones. Los precios, sin embargo, en los tres países citados, se balancean en el mercado mundial de los cereales, lo que es muy sugestivo. La Argentina, con más facilidad de producción, debido a su sistema monetario, no produce ni más barato ni mejor que los Estados Unidos y el Canadá.

1. *d)* Desde que el desarrollo del comercio tiende a disminuir la uniformidad de los precios, todo lo que propenda a aumentar el comercio, al mismo tiempo contribuye a rebajar la uniformidad de los precios.

2. *a)* Con referencia a los consumidores, es evidente que sus necesidades constantemente se modifican, y ellas aumentan con el aumento de las transacciones, propendiendo a nivelar los precios.

3. *a)* Los transportes tienden fundamentalmente a nivelar los precios, si sus tarifas se establecen a base de un estudio que desarrolle el comercio.

En la República Argentina las tarifas de los ferrocarriles son excesivamente elevadas; no se fundan en la nivelación de los precios de las cosas, objeto de los transportes, sino en el tanto por ciento que deben asegurar las compañías en sus dividendos anuales.

3. *b)* La libertad de comercio se ve interceptada por las tarifas de los transportes, al extremo que de ellas depende que las zonas sean cultivables o tengan que destinarse a cultivos que soporten la pesadez de las tarifas. La agricultura está absolutamente subordinada a los transportes.

3. *c)* Es evidente que un sistema monetario eficiente, como el establecimiento de Bancos organizados a base de capitales

(1) Véase *Dry Farming, Informaciones*, volumen 11, por el autor.

y todas sus operaciones a oro, propende como ningún otro factor al incremento de los negocios; pero los esfuerzos y liberalidades bancarias, operando bajo un régimen híbrido, se estrellan contra una organización que no responde a un giro normal.

3. *d)* La confianza en los negocios no descansa sino en la solidez de las instituciones, en la administración general del país, en la paz y en un inalterable régimen monetario, que no esté expuesto a modificaciones inmediatas o remotas, que descansa en una unidad o padrón en consonancia con el comercio internacional.

En teoría no nos circunscribiríamos a lo expuesto, ampliaríamos nuestros razonamientos, analizaríamos otras causas, como ser los hábitos individuales, la tendencia atesoradora, el crédito y los pagos por cheques; los demás sistemas de pagos en la comunidad, la densidad de la población, cómo se han formado las agrupaciones y con qué prospecto, la rapidez de los transportes, las importaciones y exportaciones de mercaderías y moneda como resultancias de los cambios favorables, los cambios internacionales por arbitraje, etc. Pero nuestro objeto recto es poner de manifiesto que nuestro régimen monetario se encuentra en su período álgido de crisis, y que es necesario modificarlo para no detener los progresos del país y para detener los peligros a que está expuesta la fortuna individual.

La ley de Gresham, comúnmente conocida por «la mala moneda desaloja la buena moneda», no sería aplicable al régimen monetario argentino sino en la forma sugerida por Mister Fisher: «Cheap money will drive out dear money»; es decir, la moneda barata procura desalojar la moneda cara. La razón que obra para que prevalezca la moneda barata, dice este autor, se hace sentir cuando el hombre la da en pago, no cuando la recibe. Cuando se tiene la elección para optar sobre la moneda en el pago de las deudas, existiendo dos sistemas monetarios, motivos de economía y de precaución aconsejan el uso de la moneda barata. La buena moneda de oro se ve en-

tonces repudiada por la opción de la moneda de papel. El mejor ejemplo explicativo de este fenómeno lo tenemos a la vista: en los momentos de pánico, de incertidumbre, desaparece la moneda de oro. El oro, en su función monetaria, no tiene otro destino en nuestro régimen que su desdoblamiento.

Pero, ¿qué cantidad de moneda necesita un país para sus transacciones? La pregunta la contesta, sin errores, la ecuación de cambio. La velocidad de la circulación y de los depósitos depende de sus condiciones técnicas, sin que demuestren tener una relación con la cantidad de medio circulante; el volumen de la circulación y depósitos depende de los giros que se le da al dinero, según los hábitos de los negocios, la densidad de la población, la rapidez de los transportes y de la equidad de las tarifas de los mismos.

Si se desdobra la moneda en la forma que lo hemos explicado, se desdobra la velocidad de ambos factores, afectando en igual proporción los precios. Esos desdobles de cifras son engañosos. Ejemplo: al observar la planilla del movimiento de cheques del «Clearing House» argentino, las cantidades representativas de las cifras giradas engañan sobre el volumen del comercio. Mr. Fisher (1) a este respecto dice: «Una inflación del medio circulante no puede aumentar la producción de las granjas (chacras) y manufacturas, ni favorecer el flete de los ferrocarriles y vapores. La corriente de negocios depende de fuentes naturales y condiciones técnicas, no de la cantidad de moneda. El principal mecanismo de la producción, de los transportes y de la venta, es una cuestión de capacidad física y técnica, de la cual no depende la cantidad de la moneda.

El solo caso, en el cual el volumen del comercio aparece estar afectado por la cantidad de moneda, es cuando se influyen las transacciones accesorias por la creación de moneda y de moneda de metal. Un aumento de monedas de oro, se ha observado trae un aumento en el comercio de objetos de oro.

(1) *Irving Fisher*, obra citada, págs. 155 y siguientes.

Propende también al aumento de la venta de maquinarias para minas de oro, de aparatos de ensayos y de trabajo. Esas transacciones pueden tener conexión con otros negocios que se les vinculan. Cuanto más se vendan ornamentos de oro, menos se venderán de plata y de diamantes. Luego, la cantidad de moneda que necesita un país es aquella, teóricamente, que mantenga en términos matemáticos, o en su aproximación, el equilibrio de la ecuación de sus cambios; es decir, que la moneda no afecte la expansión de los precios, que no los infle, que los mantenga dentro de la estabilidad del padrón de oro de su respectivo régimen monetario.

Descendiendo al terreno de la práctica, a nuestro entender, como lógicamente se deduce, por otra parte, de este estudio, el gran error del régimen monetario argentino descansa en haber abandonado el Estado el contralor del medio circulante. En 1899 se limitó la circulación del papel inconvertible a una cifra, sobre la cual la nación experimentó una pérdida de 56 por 100. Pues bien; los ingresos de oro han sido desviados de su función, asignándoles un papel de instrumento de desdoblamiento de valores, o bien una función de simple mercadería.

Si la ley de conversión se hubiera aplicado en su verdadera intención, la de convertir, los tesoros de la Caja de Conversión estarían vacíos, el oro amonedado que guarda en custodia circularía en el país en su verdadera función de moneda, y el billete de curso legal estaría encerrado en la Caja de Conversión para las relaciones de cambio, esperando el ansiado momento de su efectiva conversión.

No disimulemos tampoco, desde el punto de vista práctico, que el problema más serio que han revelado los estudios históricos y estadísticos es el de la estabilidad y seguridad del poder adquisitivo de la moneda. Esas condiciones oscilan, de arriba a abajo, en los períodos del ejercicio del crédito, o sufren variaciones, según los incidentes que producen los cambios industriales. La primera transición se vincula al sistema bancario; la segunda depende exclusivamente de la moneda de

metal. Deducción: estamos sometidos a las eventualidades de los cambistas.

Reeducación pública.—Conversión. Soluciones de urgencia.

Lo que llevamos expuesto nos permite afirmar que el régimen monetario argentino está a merced de un agiotaje permanente, sostenido por los que eternamente viven de especulaciones y luchas a favor del prejuicio encarnado en la población nacional, a saber: que las restricciones que se impongan al medio circulante y a su «desdoblamiento», serían un atentado contra la riqueza y la producción. «La ciencia económica enseña claramente (1) que el papel moneda, en cualquier faz de su evolución en que se encuentre, convertible, inconvertible o forzoso, siendo por sí mismo un medio instrumental, destituido de una utilidad directa cualquiera, puede servir de moneda por excelencia, mientras proporciona una cierta economía en los gastos en el rol de intermediario de los cambios; pero no puede substituir jamás, absolutamente, las funciones profundas que incumben a la moneda; pues no es ni regulador de los valores en la circulación, ni propio para servir a la transformación de los bienes en el transcurso del tiempo, en un medio cualquiera, transformación que intercepta más bien seriamente, con los riesgos muy graves que comporta siempre su empleo.»

Este mismo autor (2) considerando la cuestión desde el punto de vista teórico, agrega: «que es preciso recordar que las cosas útiles sólo se cambian contra cosas útiles; que si un numerario cualquiera puede facilitar tal fenómeno, es decir, si se limita a cambiar una cosa útil contra moneda, desdoblado la operación de cambio, esa moneda podrá continuar siendo un bien instrumental cualquiera, un verdadero tejo, fiduciario o

(1) *La Moneta*, Eteocle Lorini, párrafo 52.

(2) *La réforme monétaire de la Russie*, Eteocle Lorini, págs. 21 y 22.

falso, mientras no preste sino un simple servicio en la circulación; es decir, dejar que se realicen los arbitrajes entre las mercaderías; pero es necesario que constituya en sí mismo un bien económico, que, para evitar gastos, no se encuentre ordinariamente en la circulación, aunque intervenga «rápida e inmediatamente», cuando necesita satisfacer la función de capital y de ahorro a que está predestinada la moneda.

Para corregir todos los efectos nocivos que producen las emisiones, tales como se aplican en el régimen monetario argentino, reemplazándolo por el régimen de la conversión, no es suficiente haber creado elementos de conversión efectivos y decretar la abolición de las emisiones. Su retiro forzado acarrearía grandes trastornos, tan perjudiciales como la desvalorización de las cosas o la inflación que se ha querido evitar. El terreno de la reforma requiere energías y gran prudencia para habituar al país y a la circulación a un nuevo estado de cosas; porque el pueblo, enseña el mismo Lorini, ya citado, acostumbrado durante tan largo tiempo al papel moneda, acoge difícilmente como una cosa natural una circulación efectiva de oro. Por otra parte, el oro no entra de un golpe en la circulación, ni permanece en ella por el imperio de la ley. Exige *à priori* que lo pida efectivamente la vida económica, como nuevo denominador de los valores en circulación, y sea capaz de mantenerse como tal, especialmente cuando no se le reconoce como un medio monetario de cancelación, y se trate, además, de resolver el grave problema del establecimiento de una paridad determinada entre la unidad monetaria desdoblada y la unidad con todo su valor intrínseco.

«La reforma debe realizarse de modo que ella no produzca sacudimientos ni modificaciones en las condiciones existentes. No debe tener otro efecto que dar a cada estimación de valor, a cada propiedad, a cada renta y salario, una base firme, estable, libre de aprehensión y de temor.» Así se expresaba mister Whitte, eminentísimo hombre público, al practicar la conversión en Rusia, citado por Eteocle Lorini. Mr. Whitte creó

este lema: «Consolidemos lo que existe ya, y que nadie sea ni más rico ni más pobre, al ingresar al régimen de la moneda sana.»

No basta vivir preocupados en acumular oro y conservarlo en el país; el problema no consiste, tampoco, en tener mucho oro, sino tenerlo en sus verdaderas proporciones para que sus funciones como mercadería representen el costo comparativo y justo, que sus cantidades sean suficientes para cubrir las necesidades del país en su rol de moneda.

Los autores de la ley de conversión, el Congreso y la mayoría de la opinión, fueron más bien «papelistas», en vez de ser decididos partidarios de la moneda sana; sentían los poderosos efectos de la pérdida de 56 por 100 de la fortuna nacional.

La ley fue quizás una transacción entre ese espíritu público dominante y las ideas conservadoras de los intereses permanentes; que entonces, como ahora, su volumen pesaba como una montaña. Pero se aplicó el texto de la ley en una forma que estaba lejos de propender a la educación pública del régimen a oro; se inclinaban a complacer los temores de la opinión, que aspiraba a mantener preponderante el régimen de papel moneda, para no romper con hábitos y prejuicios vigorosamente arraigados. Hoy mismo quieren verse y se buscan las causas de esta crisis; están a la vista, sienten sus efectos y no consienten en que el mal está en las emisiones de papel moneda. Es cierto también que hay muchas personas que expreso no quieren verlas, abrigando la esperanza de que se ha de encontrar un medio de prolongar el mismo estado de cosas.

Para concluir con esta situación es, pues, urgente aplicar la ley de conversión en la «intención de convertir» y no en la de «empapelar», y para el efecto se debe comenzar por tomar todas las medidas de carácter administrativo que la misma ley, en su letra y en su espíritu estrictamente interpretado, admite y aconseja, a saber:

1. Establecer los presupuestos nacionales, provinciales y municipales a oro sellado, y hacer sus pagos con el billete de

curso legal creado por la ley núm. 3.871, mientras no se resuelva la conversión definitiva;

2. Establecer que la contabilidad y balances oficiales de gobiernos, municipios, Bancos, compañías, sociedades, etc., establecidas en la República, expresen las cantidades a oro sellado, y en su equivalencia a moneda de curso legal;

3. No reconocer la existencia de personería jurídica de nuevas sociedades anónimas, siempre que su capital no esté constituido a oro sellado, sin perjuicio de la facultad de hacer sus pagos y realizar sus operaciones con el billete de curso legal;

4. Los contratos de cualquier naturaleza que se ajusten por los gobiernos nacionales, provinciales y municipales, y en general toda persona o entidad jurídica que contraiga obligaciones que deban traducirse en sumas de dinero, deberán expresarse en moneda de oro sellado, sin perjuicio de la facultad de hacer los pagos en billetes de curso legal;

5. La Caja de Conversión deberá limitar a las sumas de oro recibidas, y a la suma de billetes de moneda legal entregada, los efectos del artículo séptimo de la ley núm. 3.871, por el cual tiene la facultad de entregar a quien lo solicite billetes de moneda de curso legal, por moneda de oro sellado, y entregar el oro que reciba por este medio, a quien lo solicite, en cambio de la moneda de curso legal al mismo tipo de cambio.

La Caja de Conversión, por los nuevos ingresos de oro en custodia que se le hicieran, sólo debería entregar «billetes metálicos», pagaderos al portador y a la vista, a oro sellado, representativos de iguales valores de su encaje a oro sellado, hasta tanto se resuelva la forma en que se procederá a la conversión definitiva del medio circulante existente, y se fijen la cantidad o especies de moneda de la ley de conversión que se adopte.

Estas medidas administrativas positivamente conducirían a educar el concepto público en las nociones comparativas de valor y equivalencias de la moneda, respectivamente a papel y a oro, y viceversa; prepararían la conversión tan necesaria,

destinada a normalizar, al fin, la vida económica de la República.

Pero entre los fundamentales olvidos que hemos analizado al principio de este estudio, se encuentra el de «la noción de los precios de las cosas». Inútil sería educar la opinión pública sobre valores y equivalencias de nuestra unidad monetaria, si esta educación no viniera aparejada con «la noción de la educación de los precios». Para este efecto sería indispensable establecer la zona franca aduanera en los principales o en todos los puertos de importación de la República.

En esa zona franca podrían construirse vastos edificios, destinados a exposición permanente de toda clase de productos o efectos de comercio de fabricación e importación extranjera, en forma de muestrarios, cuyos locales se arrendarían al comerciante importador, severamente reglamentados. Todo ser viviente tendría entrada libre a esa exposición, para estudiar artículos y precios, y adquirir por ese medio la noción quizás exacta, o por lo menos aproximativa, de lo que valen las cosas, incluyendo las ganancias legítimas de vendedores e intermediarios. No faltarían, no tenemos la menor duda, capitales disponibles, que se harían cargo, bajo la inspección del Gobierno, de la construcción y explotación moderada de esos palacios-exposiciones.

Con estas facilidades se alcanzaría la completa reeducación sobre los precios de las mercaderías de importación, restableciendo ideas y nociones económicas olvidadas o falseadas por la ausencia de elementos de comparación, y por el empleo consecutivo de la moneda de curso legal. En menos de dos años todo el comercio del país estaría en condiciones perfectamente favorables para entrar de lleno a conversión definitiva.

Alcanzando el verdadero fin del régimen monetario, extinguiendo para siempre el ruinoso provisoriato, se requieren aún, a nuestro juicio, leyes y medidas concurrentes, con el doble propósito de abaratar la vida y de arraigar al inmigrante, para contener el drenaje que se opera sobre nuestras rique-

zas. Lo exige perentoriamente la imperiosa necesidad de aumentar la población de la República, poniendo en franca explotación sus inmensos territorios.

La indicación más acertada es la de adoptar leyes de excepción para la población y colonización de la República. El régimen del «Homestead» americano, ha dado resultados de primer orden. El colono debe estar al abrigo de toda clase de contingencias, no sólo por la excepción de cargas fiscales, sino por privilegios que seduzcan sus inclinaciones por el país. A la inembargabilidad ya consagrada por los Códigos argentinos, debe agregarse las de todos los demás bienes muebles e inmuebles y semovientes, cualquiera que sea su cantidad, siempre que su conjunto esté destinado a los fines de su colonización. Ese privilegio extraordinario, concederlo por un espacio de tiempo igual al que se necesita para amortizar el capital empleado, si las cosechas fueren uniformes y regulares. Las cosechas o productos de las explotaciones agrícolas sólo deberían ser embargables después de haber amortizado capital e intereses, después de haber apartado los elementos de sustento y consumo anual del colono y familia y reservado las semillas para la faena anual.

Las colonias así establecidas deberían estar obligadas a regirse, en todas sus operaciones, por el principio de las sociedades cooperativas de compra-venta, sin más capital que el estrictamente indispensable, dividiendo proporcionalmente los gastos, sin derecho alguno al reparto de utilidades y bajo una inspección fiscal bien severa.

Para el establecimiento de colonias así concebidas se requeriría el apoyo de una ley de expropiación, por causa de utilidad pública, que les dé derecho de adquirir extensiones de tierra con ese fin a las empresas de transporte, a las sociedades de colonización y a los mismos particulares terratenientes que se acogieran a sus beneficios.

La normalización de la situación económica de la República pide también la desinflación de la propiedad, o, diciendo con

más verdad, para que no se entienda el ejercicio de medidas de extorsión, que se dicten disposiciones de carácter fiscal que restablezcan el valor real de los bienes inmuebles, urbanos como rurales.

El proyecto de ley presentado por el Poder Ejecutivo Nacional a la sanción del Congreso Nacional, estableciendo una escala de impuestos fiscales sobre el mayor valor de la propiedad raíz, tendría la gran virtud de ser una nueva fuente de recursos, un elemento normalizador de la renta de los inmuebles; morigeraría la viciosa tendencia a la especulación incessante sobre la compra-venta de propiedades, que es el principal incentivo que desvía los capitales de las industrias que se echan de menos en el país.

La vida barata pide, asimismo, que los gobiernos de provincia y el Gobierno federal aborden definitivamente la cuestión de los caminos públicos, para disminuir los costos de la producción y su transporte. Los criterios adoptados por el Gobierno favoreciendo inconsideradamente al capital extranjero, con el sacrificio de los bien entendidos intereses de la comunidad, pueden corregirse fácilmente, desde que a las empresas de transportes no pueden faltarles cargas que aseguran sus dividendos. El sistema de transportes auxiliares recomendado por el autor de este estudio a la benevolencia del gobernador de Buenos Aires, y que mereció la honra de ser sometido a la sanción de la honorable Legislatura, de quien depende, auspiciado por la Prensa nacional y por las grandes compañías de transportes ferrocarrileras, es la solución más práctica y racional de todas las estudiadas hasta ahora. Mientras no sea muy densa la población, no se dispondrá de capitales suficientes para construir carreteras a semejanza de las que existen en algunas naciones de Europa.

Con el ejercicio de estos poderosos elementos de acción, dadas las condiciones de nuestro modo de ser y sus eminentes cualidades reactivas, en menos tiempo de lo que se pensara veríamos levantarse grandes centros de población radicada con

carácter permanente, enriqueciendo el país y abaratando la vida; abrirían rumbos nuevos al porvenir.

Es nuestra opinión, en lo que ella valiera, que la conversión debería precipitarse en la forma proyectada por el doctor José A. Terry, ministro de Hacienda del Presidente de la República, Dr. Manuel Quintana. Esos estadistas, poseedores de vasta ilustración y dotes de inteligencia eminentes, vieron, no cabe duda, la pendiente a que se precipitaba el país, manteniendo un régimen monetario que fue solo un arbitrio de circunstancias, y al que hay que ponerle eficaz remedio.

El Dr. Terry, en el mensaje del Poder Ejecutivo Nacional dirigido al Congreso, acompañando el proyecto de modificaciones a la ley de conversión en vigencia, decía, con una precisión de conceptos, dignos de ser recordados, lo siguiente, que transcribimos:

«En materia monetaria hay que proceder radical y enérgicamente hasta alcanzar lo definitivo. Y no alcanzaremos lo definitivo y no llenaremos tan justos y eficaces propósitos, mientras no cambiemos la unidad monetaria, cambio hoy de fácil ejecución, de oportunidad y de notables y evidentes ventajas para la República.

»A ello responde el proyecto de ley adjunto. La unidad monetaria vigente y legal, es la ley de 1881 (número 1.130). Un peso oro de cien centavos, o sea de un gramo 6.129 diezmilésimas de gramo de oro de título de 900 milésimas de fino, confirmada por la ley de 1883, con exclusión de toda unidad de plata.

»Esta es nuestra unidad legal, que, desgraciadamente, no concuerda con la unidad práctica que en los hechos hoy mide todos nuestros valores, o sea el peso de 0,44 centavos oro, el que a su vez se relaciona con el peso unidad legal de cien centavos engendrando el 227,27 % (por 100), la idea de una in-conversión que felizmente ya no existe y el carácter precario y peligroso del estado actual (1).

(1) «El estado actual y peligroso» de entonces, 1895, no lo era tan actual y peligroso como lo es en el presente, diez y ocho años después.

»Como queda demostrado, el principal propósito que guía al Poder Ejecutivo es hacer desaparecer esta dualidad inconveniente entre la unidad legal y el peso de cuarenta y cuatro centavos.

»Para conseguirlo, sólo se presentan tres medios:

»1. Imponer en los hechos la unidad legal del peso de cien centavos, haciendo desaparecer de la circulación el peso de cuarenta y cuatro centavos.

»2. Aceptar como unidad legal la que hoy mide todos los valores, o sea el peso de 0,44 pesos oro, con exclusión definitiva del peso de cien centavos.

»3. Adoptar como unidad legal para imponerla a los hechos otra distinta a las dos anteriores. Esta tendría que ser el argentino o el franco francés, por las evidentes ventajas que ofrece.

»Imponer en los hechos la unidad legal actual del peso de cien centavos, haciendo desaparecer de la circulación el peso de pesos 0,44 centavos, en la práctica sería materialmente imposible, porque tendríamos que disminuir el número de unidades que representan todos los valores, sean éstos de los bienes, como del trabajo del hombre. Un empleado, por ejemplo, que reciba mensualmente el sueldo de cien pesos de 0,44 centavos, se vería obligado a recibir 44 pesos de 100 centavos. Una propiedad que vale 100.000 pesos de 0,44 centavos, valdría en seguida 44.000 pesos de 100 centavos. Semejante procedimiento traería la protesta unánime de todos los habitantes de la República, la imposibilidad de sancionar la reforma, anarquía perjudicial en los valores, y, por último, exagerada inflación en todos ellos, con incalificables perjuicios para el país y para los Gobiernos, tanto nacional como los provinciales.

»Descartada la unidad legal vigente, los poderes públicos llamados a resolver la cuestión tendrán que optar entre «la unidad de cuarenta y cuatro centavos», que concordaría con los hechos existentes, o la «unidad argentino», o sea el franco, o la quinta parte exacta del peso de la ley de 1881.

»El Poder Ejecutivo no hace ni hará cuestión de preferencia entre estas dos unidades; pero no oculta que se inclina a favor del «argentino» o «franco», por las siguientes razones:

»La unidad de 0,44 pesos ofrece la ventaja de no conmover los valores existentes; pero tiene los inconvenientes de ser una unidad nueva en el mundo monetario; de propender, en consecuencia, al aislamiento de nuestro país o a serias dificultades internacionales; de obligar al comercio a efectuar cálculos numéricos, siempre perjudiciales; de conservar entre nosotros siempre latente la relación de cambio con el peso de cien centavos; es decir, con la inconvención del pasado.

»Por su parte, la unidad «argentino», o sea el franco francés, o la quinta parte exacta del peso de cien centavos oro, si bien ofrece el inconveniente de toda reforma, inconveniente mitigado por la relación con los valores actuales (20 centavos con relación a 100 centavos, y 2,20 «argentinos», igual a un peso de cuarenta y cuatro centavos); en cambio, proporciona ventajas que no pueden ni deben ser desconocidas: es unidad nueva que nos desvincula por completo de nuestro pasado de inconvención y que limita efectivamente las posibles veleidades de reacción; es mejor y más cómodo coeficiente en los cambios de los valores internacionales, porque se relaciona con exactitud con las demás monedas; está en armonía con el sistema decimal; nos incorpora al núcleo numeroso de naciones que tienen adoptado el franco como unidad monetaria; fomenta la inmigración, necesidad imponente al presente, porque la lira italiana, la peseta española o el franco francés y belga abaratan la vida, porque es unidad de exiguo valor; propende a la economía y el ahorro, base fundamental de la riqueza de las naciones, es moneda más universal; a ella tienden las demás naciones incorporadas a la liga latina; y si deseamos dar a la convención actual una base inconvencible en el futuro, debemos acostumbrar al pueblo de la República a la circulación metálica, y a ello propendería eficazmente el «argentino», que sería, como lo dice el proyecto, una moneda de plata y cobre de

5 gramos de peso y de 23 milímetros de diámetro. Desde el primer momento circularía el argentino metálico, y no el peso de 0,44 centavos.»

Las profundas consideraciones del Dr. Terry coinciden, a pesar del tiempo transcurrido, con el estado actual de cosas de la República, y con los antecedentes teóricos y científicos que hemos expuesto. Estas razones nos impiden entrar a analizar otros proyectos de carácter oficial que se encuentran a estudio del Parlamento argentino, muy fundados, de verdadera importancia científica; pero que, a nuestro entender, no resolverían el arduo problema que han planteado los hechos llamando la atención pública.

El lector debe ver en esta publicación un anhelo, un sentimiento nacional, mortificado; el propósito de ser de alguna utilidad desde estas columnas a la opinión pública, abriendo horizontes al pensamiento de una solución radical y urgente. Pretendemos que nuestro estudio puede servir de pie para encontrar el mejor medio de resolver la crisis del régimen monetario argentino.

R. ALVAREZ DE TOLEDO,

Doctor en Derecho.

Abogado de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales
de la Universidad de Buenos Aires.

LAS REINAS DE LA ESPAÑA ANTIGUA

María Tudor, reina de Inglaterra y de España

En el magnífico Museo del Prado se puede ver un amplio retrato de una dama de aspecto singularmente moderno, pintado por el Tiziano, de esbozos y apuntes en su edad más avanzada (1). Su sonrisa triste, dulce y vaga, ojos lánguidos y frente abovedada en la parte superior, dan al semblante un sello de idealidad peregrina, que no es ajeno a otros muchos miembros de su misma Casa; pues es la dama del retrato Isabel, la consorte del Emperador, y ella, como la madre de aquella otra Isabel más gloriosa, pertenecía a la familia real portuguesa a que por hado especial la sangre de la estirpe empujaba a sus poseedores al misticismo que degenera en locura. La vida de aquella pobre mujer, durante treinta y seis años de penalidades, pasó anublada bajo la tremenda responsabilidad de ser la madre de los hijos del César. En las largas y frecuentes ausencias de Carlos V fuera de España, en su lucha a muerte contra Francia y la herejía por un lado, y por otro contra la potencia del Islam, la emperatriz Isabel, como Regente, asesorada por una Junta de personas eclesiásticas por su mayor parte, había exprimido hasta los tuétanos, para subvenir a las

(1) Para pormenores sobre este retrato, hasta ahora desconocidos, véase *Calendar of Spanish state Papers*, vol. VIII, edit. por M. Hume.

guerras imperiales, la riqueza de Castilla, derrumbada en la impotencia financiera desde la derrota de los campeones del pueblo en Villalar.

Como todos aquellos que se ponían en contacto directo con Carlos en la esfera del imperio, su mujer vivió humildemente sumisa a la subyugadora grandeza de la política que él dirigía, y no tuvo parte en los rumorosos acontecimientos. Porque, para su gloria, fue suficiente el haber dado a luz un hijo que siguió viviendo, además de dos hijas, y otros dos hijos que murieron en la niñez, de alferecía. La madre de Felipe de España consideraba con emoción reverente a su propio hijo, pues por tan grave y de importancia juzgaba la herencia en que había de sucederle; y cuando acabó sus días en 1539, su principal obra y contribución a aquel mundo en que sólo se la conoció como la mujer del César, fue aquel niño, y como madre de Felipe únicamente quedó en la memoria de los hombres.

En el ambiente de misterio reverencial y sacrificio rígido a los designios del Emperador que se respiraba en la corte monacal de España, Felipe, en ausencia del César, no se permitió olvidar, ni por una hora, la misión para que había sido elegido por Dios como hijo de tal padre, conforme le habían enseñado, ni tampoco sus deberes, responsabilidades y fuerza. Regente, y ya desde niño, en aquella penosa contienda del Emperador contra los rebeldes luteranos, su corazón había padecido con los dolores de España, a causa de la cruel sangría de sangre y oro, que se le infligía al país en una guerra que no le interesaba directamente; pero cuando osó, casi con vehemencia, quejarse ante su padre del desastre a que se obligaba a conducir al pueblo, que era su amor, se le hizo recordar fríamente que aquello era la causa de Dios que él y los suyos lidiaban, y que toda consideración terrena debía sacrificarse a su triunfo. Felipe era verdadero representante de los suyos, y aprendió la lección demasiado bien. Como su abuela Isabel, no amaba la crueldad por sí; pero como ella también juzgaba que él y el Altísimo estaban asociados en comunidad

de causa, y que cuanto mayor fuera el sufrimiento más grande había de ser la gloria. No tuvo duelo de sí ni de los otros cuando la causa por que vivía, la unificación de la fe, exigió el sacrificio; pero el hado era implacable en los tiempos en que le tocó actuar. Aquellos en que Carlos y su hijo se comprometían a obligar a los hombres todos a recibir la fe sin discusión con botes de lanzas españolas, eran los mismos en que el rebelde fraile de Witemburg había desafiado a la misma Roma, y el mundo estaba conturbado con la nueva revelación de que más allá de los velos que el hombre había colgado sobre la Iglesia había un Dios, para quien todos eran iguales, y con el que era lícito comunicarse directamente.

De esta suerte, en tan tormentoso siglo, Carlos y su hijo, austeros ambos, no tuvieron otro camino que allanarse a solicitar la amistad de Inglaterra, cualquiera que fuese la religión de este pueblo; porque Francia y la herejía en el propio suelo eran siempre los enemigos más próximos, y el ligarse Inglaterra a uno de ellos era condenar a España a la impotencia. Por más que Enrique VIII desafiara al Papa, despojara a la Iglesia y con insulto repudiara a su esposa inocente y española, nunca se atrevió el Emperador a pelear con él por mucho tiempo o a llevar demasiado allá sus disgustos con el inglés. Mas con todo, era difícil tarea para el campeón de la ortodoxia tener que hablar con halago y blandura a su tío, hereje y excomulgado, y dar su beneplácito a una alianza con el poder que representa justamente una contradicción a la causa a que él consagraba su vida. Y más difícil aún se hizo cuando Enrique murió, pues su prestigio personal era grande y sus protestas de ortodoxia enfáticas, a pesar de su litigio personal con el Pontífice. Sucedíale en la corona una criatura dominada por hombres de escasa capacidad, resueltos a cambiar la religión de la misma Inglaterra, haciendo imposible la amistad duradera con España.

Entonces, casi de repente, se trocó el aspecto total de los asuntos. Se sabía ya de antemano que el joven rey de Ingla-

terra, Eduardo VI, era débil y moriría probablemente sin sucesión; pero lo que no se preveía era el acrecentamiento del poder del duque de Northumberland y la fuerza del protestantismo en Inglaterra. Eduardo VI murió en 7 de Julio de 1553, y la caída sin dignidad del de Northumberland decidió el plan del Emperador. La defección de Mauricio de Sajonia había hecho arrostrar a Carlos la humillante paz de Passau e imposibilitado la realización del sueño de coronar a Felipe emperador, al mismo tiempo que rey. Fue este el golpe más brutal que Carlos sufriera; y si hubiera apreciado su alcance, vería demostrada la imposibilidad del negocio en que se había comprometido. Seguía estando en guerra con Francia, que había consentido príncipes luteranos, y ardía en ansias de vindicar el abrumador desastre de Metz, cuando la muerte de Eduardo de Inglaterra abrió ante su vista perspectivas de brillante porvenir. La vana corona del Imperio se iba aniquilando con su mezquino patrimonio, y turbulentos súbditos luteranos, la pomposa herencia portuguesa que ambicionaba para su hijo era fácilmente asequible; pero con sólo que la rica Inglaterra se prestase a enlazarse en vínculos duraderos con España, bastaría para que Francia dejara de estorbar, Italia y Flandes quedaran aseguradas, el camino del Oriente abierto a expansión de dominio ilimitado, y España, con total supremacía, podría dar leyes a la cristiandad latina y a los infieles de Ultramar. Bien valía todo ponerse a la tarea, y Carlos no malgastó el tiempo.

*
* *

En los días espléndidos del finalizar de Julio de 1553, una mujer de baja estatura, rostro ajado, marchito, frente despejada y pelo bermejo, cabalgaba seguida de brillante séquito por los umbrosos senderos de Suffolk y Essex, en dirección a Londres. En torno suyo se apiñaban mil caballeros con casacas de velludo y cadenas de oro, y gran copia de gentes de armas iban prevenidas para asistir, en caso de necesidad, los dere-

chos de María de Inglaterra. No hacía más de medio mes que su hermano había muerto; pero en tan poco tiempo se habían ido adensando las trágicas emociones de un siglo. Los traidores que habían proclamado a la reina Juana habían ido sucumbiendo uno tras otro, haciéndose traición entre sí y renegando todos ellos del déspota que los había dirigido, el miserable Northumberland; Londres mismo, a pesar de su protestantismo, había acogido con alegría frenética el nombre de la Reina católica, cuyos derechos reconocía, y por cuyos inmerecidos sufrimientos sentía lástima; pero ya en sus treinta y siete años, soltera en tan larga edad, desilusionada y agobiada por tanto tiempo de crueldades e injusticias, María Tudor entró en posesión de su herencia, resignada más bien que enorgullecida.

Entre la muchedumbre de oficiales y caballeros que se dirigían a ofrecer su homenaje a la Reina nueva, había dos que se comprometieron a chasquearse el uno al otro en sus pretensiones. Eran de edad próximamente la misma, como de cincuenta años, ambos franceses, aunque uno era nativo de país borgoñón, del Franco Condado, y los dos eran Embajadores; se llamaba uno Simón Renard, representante del Emperador, y el otro Antonio de Noailles, del rey de Francia, y se dirigían los dos a Chelsusford, con intención de ganarse el ánimo de la reina María hacia la parte que representaban. Noailles era el más cortesano y aristocrático, y su gracia insinuante le constituía en peligroso rival, pues ocultaba con esto un carácter que no se detenía ante la falsedad o la perfidia, si de servir sus intereses se trataba. Pero en lo de ganar la voluntad de María Tudor fracasó, por más que cuando ella le recibiera le habló tan cariñosamente, que él bien pensó que triunfaría (1).

Simón Renard representaba a un soberano que María, después de tantas pruebas de amargura, consideraba como su solo amigo; pues muchas veces, los Embajadores del Emperador

(1) *Ambassades de Noailles*, vol. II, pág. 99.

habían osado enviar sus protestas contra los malos tratamientos que sobre ella y su madre habían recaído, y aun habían amenazado a su padre con vengar sus afrentas; al paso que Francia había estado siempre en el opuesto lugar, y había alentado al rey Enrique en su conducta oprobiosa a despecho de España y del Imperio. Así, aunque María se mostró diplomática con Noailles, reservó su amistad a Renard, pues de éste y su señor hacía depender la seguridad de su trono amenazado.

Ya se había pensado en que la Reina debería casarse. Había sido prometida innumerables veces como instrumento hábil para una u otra política; pero por su consentimiento no había aceptado ningún marido, y cuando Renard, en una secreta y larga confianza, abordó esta cuestión, repuso ella que bien conocía sus deberes en esta materia, pero deseaba ser guiada en la elección de esposo por el Emperador. Ella no era ya joven, decía, y esperaba que no se le recomendaría un consorte que lo fuera demasiado. Renard sabía que el pueblo inglés mostraba de antiguo sus preferencias para marido de la Reina, por el joven Courtenay, que seguía prisionero en la Torre, y que a falta de él se había pensado en el cardenal Polo; pero también le constaba, ni más ni menos que al Emperador, ser María demasiado altiva para desposarse con un súbdito y considerar su enlace como un medio de robustecer su trono; y bien pronto el mismo Noailles pudo ver que Courtenay con su vida disoluta había perdido la probabilidad de ser elegido, aunque continuó valiéndose de él para conspirar contra María y sus amigos de España.

En 3 de Agosto, la Reina, vestida de terciopelo violeta, y cabalgando blanca hacanea, llegó a su ciudad de Londres, pasando por el pórtico enguirnaldado de Adgate, y al llegar a la Torre dió libertad a los que yacían encarcelados, por haber seguido la política de los hombres que dirigían a Eduardo VI. Los sucesos se desenvolvían con toda apacibilidad. Gardiner, desde su cárcel, fue promovido a la dignidad de primer minis-

tro. Bonner, el aborrecido obispo de Londres, cambió su prisión de Marshalsea por la Sede de San Pablo. Y en todas partes, aunque contra la ley, se fue introduciendo el rito católico. El Emperador amonestaba a la Reina a que usase de moderación y procediera lentamente; mientras que los eclesiásticos, ardiendo en ansias de recobrar lo suyo, cerraban obstinadamente los ojos a cuanto había pasado desde la muerte del violento Enrique. Fue Renard quien casi diariamente iba a ver a la Reina con aquellos avisados mensajes del Emperador, y el tema del matrimonio debió más de una vez mencionarse en estas entrevistas. Noailles y Gardiner se esforzaban por sacar adelante la candidatura de Courtenay; pero en el 7 de Agosto, María expresó a Renard que no veía conveniente enlazarse con ninguno de su país, y que estaba decidida a hacerlo con un extranjero.

Entonces, el Embajador nombró con amabilidad y cautela a Felipe, el hijo del Emperador, y no a otro. Ella fingió sonreír a tal idea, porque el Príncipe tenía no más que veintisiete años—la edad de Courtenay, poco más o menos;—y como dijo en otra ocasión, todos los novios que le ofrecían podían ser sus hijos. Pero Renard conoció que su pensamiento no era mal recibido, y se apresuró a pedir a su señor amplias instrucciones sobre el caso.

«No mostréis demasiada solicitud, le escribía Granvela, por disuadirla de cualquier otro partido; pues si concibiera capricho por otro, ello contribuiría a apresurarlo, como acontece con las otras mujeres.» Pero María Tudor no era como las otras mujeres, y así dió oídos a la conversación de matrimonio, no porque codiciase marido, sino porque ardía en deseos de ofrecer un hijo a su nación.

Noailles tuvo en seguida noticia del plan de casar a María con el hijo del Emperador, y donde el oro francés podía ser aplicado con fruto, se lo empleaba sin omitir las solapadas insinuaciones de que con la dominación de España en Inglaterra llegarían también las prácticas inquisitoriales de Torquemada.

Circuló por Londres cierto presagio de horror ante la idea de la Inquisición; pues la Reina, al principio, había dado sus promesas de tolerancia; pero ya el celo de los eclesiásticos había entenebrecido el horizonte. En vísperas de su coronación, en 1.º de Octubre, un español residente en Inglaterra, al paso que manifiesta sus temores de que el matrimonio anunciado no se verifique, emite palabras que demuestran que convencidos estaban, aun los simples particulares, de las ventajas que aquel enlace reportaría a España: «Y si Dios nos concede ver este glorioso día, ¡qué gran merced vendrá sobre nuestra España!, pues él será el principio de la ruina de Francia, por la unión de los dos reinos en Su Majestad. Y aunque no fuera más que para conservar a Flandes, Su Majestad y su hijo habrían de quererlo con empeño; pues cuando el Señor llame a sí a Su Majestad, correrá Flandes peligro, o de que franceses le ataquen o que luteranos (o sea los tudescos) le penetren, dando ayuda a los enemigos, pues el socorro de España estará tan lejano, y aquella nación (de Flandes) nos tiene tan poco amor... Sería también de gran provecho para España; porque si algo aconteciese al Príncipe (conviene, a saber, Don Carlos), el hijo que luego viniera sería rey de los dos países, y, por decirlo brevemente, sería conveniencia para los ingleses también» (1).

Podemos tener por cierto que la simpática actitud de timidez que ofreció María Tudor no fue perdida para el Emperador. Pero Felipe era un hombre de veintisiete años, viudo casi desde la niñez de una mujer (Isabel de Ossorio) a quien amaba de veras; y por espacio de varios años había sido dueño de sus acciones, soberano en realidad de España, aunque, nominalmente, no más que Príncipe Regente. Por otra parte, su matrimonio con una parienta portuguesa con espléndida dote, entraba en la última fase de una activa negociación, y no po-

(1) Antonio de Guaras al duque de Alburquerque. *Antonio de Guaras*, por el Dr. R. Garret. Para más noticias sobre Antonio de Guaras, véase *Españoles e ingleses* (título en español, por M. Hume.—Madrid y Londres, 1903).

día el Emperador poseer la seguridad de que el Príncipe recibiera sus proposiciones favorablemente, tratándose de casar con una extranjera diez años mayor que él y que moraba en lejanos países. Mas no tenía por qué dudar. Felipe había sido educado desde la cuna en la idea de que el sacrificio en pro de su misión providencial era el deber supremo. Era hombre de Estado y patriota, y veía con tanta claridad como su padre el incremento de poder que la unión con Inglaterra aportaría a la causa a que habían consagrado sus vidas, y, como dice Sandoval, la respuesta suya, «como un segundo Isaac, aparejado al sacrificio por la voluntad de su padre y de la Iglesia», fue: «Yo no tengo otro deseo que el de V. M., y lo que vos queráis haré yo.»

Raudos, y yéndole a los alcances al mensajero que conducía la docilísima carta al Emperador, llegaron dos nobles de la mansión de Felipe, D. Diego Hurtado de Mendoza y D. Diego de Geneda, a ofrecer sus respetos y felicitaciones a la reina de Inglaterra en su nombre. Geneda llevaba también para ella un mensaje de más íntimo sentido que el de una mera visita de salutación; y antes de la suntuosa coronación en la Abadía de Westminster, en 1.º de Octubre, había declarado ya su voluntad con respecto a la candidatura de su primo segundo. Sabía que Inglaterra, bajo las arteras excitaciones de Noailles, se encontraba agitada de vivísima alarma; pero era, ante todo, una Tudor: tenía delante de sí tiempo bastante para consolidar su situación, necesitaba dar fuerza a su partido, y sólo la oposición podía dársela. Reunióse el Parlamento en 5 de Octubre, y, bajo la presión de María, se hizo una anulación radical de todas las leyes antipontificias que habían separado Inglaterra de Roma; pero cuando, por influjo de Gardiner y empeños de Noailles, la Cámara de los Comunes votó un Mensaje a la Reina suplicándola que no diera su mano a un extranjero, María convocó a sus miembros a que comparecieran ante ella. El orador y una comisión de veintidós parlamentarios acudieron, y, temblando, la presentaron el humilde

Mensaje. La Reina murmuraba ásperamente que la querían hacer caer en los artificios del ministro Gardiner. Fue su respuesta al orador conminatoria y altanera: «Queréis—le dijo—convencerme de que el haber elegido yo mi consorte sea cosa superflua. El Parlamento no solía emplear tal lenguaje a sus soberanos, y cuando los particulares en tales asuntos siguen sus inclinaciones, debe permitírseles de razón a los reyes elegir a quien prefieran» (1). Esta era la forma acostumbrada en los Tudor para tratar con los Comunes; y después de obtener María la legalización religiosa de su posición en el trono, disolvió al punto el Parlamento, de que se había mofado.

Fueron menester reiteradas y vivas instancias para que María diera a conocer su preferencia por el Príncipe español. Al principio trató de imponer como condición que el Emperador no la recomendara pretendiente que ella no viera primero; pero esto, en el caso de Felipe, no podía ser. Obra fue de gran empeño el lograr la aprobación sin estas circunstancias; y cuando Renard, con toda clase de delicadezas, la obtuvo, ella, entre llantos, y poniendo sus manos entre las de él, imploró que no la engañase en nada de lo que hiciese relación al verdadero carácter del Príncipe. ¿Era, en efecto, de tan buena conducta y tan correcto como se lo habían pintado? El embajador declaró vivamente por su honor que la fama no excedía a la realidad; pero aún seguía la Reina, como si dudara, expresando sus anhelos de verle antes de comprometer su palabra. Se le envió un bello retrato del Tiziano representando al Príncipe, más joven de lo que entonces era, un adolescente de agradable aspecto, blanco y rubio como eran los austrias, con la barba ligeramente rizada, que sombreaba la mandíbula prominente y el trozo del labio superior, rasgos todos heredados del padre. Parece que el retrato disipara del pensamiento de María las últimas vacilaciones. Nunca se había visto comprometida en pleitos de amor; y aun ahora, su intención de ca-

(1) Correspondencia del cardenal Granvela.

sarse respondía a la más dominante de robustecer su posición. Pero la contemplación del rostro de su futuro consorte y las repetidas seguridades que el Renard daba sobre sus bellas cualidades, fueron operando profundamente en su ánimo un intenso afán por entregarse a aquel afecto de que por tanto tiempo había estado hambrienta su perseguida juventud.

En la noche del sábado, 31 de Octubre, invitó a Renard a que se presentara en un aposento en el que había un altar con la custodia, en que se alojaba la Sagrada Forma. La Reina estaba allí, sin más compañía que la de su aya Mrs. Claren-
cius, cuando el Embajador entró, y con gran emoción le dijo que desde que él había presentado la carta del Emperador en que se le pedía su mano para Felipe, ella no había dormido, entregada todo el tiempo a lloros y oraciones para que el Señor la guiase en la elección de marido. «El Santísimo Sacramento es mi único recurso en todos mis apuros—decía;—y ya que ahora lo tenemos en este altar, delante de él os pido ahora consejo»; y arrodillándose y también Renard y Claren-
cius, recitó el *Veni Creator Spiritus*, casi echando en el cántico todo su aliento. Después de una corta plegaria, en voz baja, se levantó, sosegada y serena, y dijo al Embajador que le había elegido para su confidente ante el Emperador. Había considerado atentamente cuanto se le había dicho de Felipe, y había consultado a Arundel, Paget y Petre (1) sobre el asunto; y meditando acerca de las buenas cualidades y disposición del Príncipe, rogaba al Emperador que fuera indulgente con ella y decidiera las condiciones convenientes para el bienestar del reino; que continuara siendo para con ella un buen padre, y recomendara a Felipe que fuese un buen marido. Luego, solemnemente sobre el altar, y en presencia del Sacramento, prometió a Renard unirse en matrimonio a Felipe, de quien se obligaba a ser esposa buena y fiel, y a amarle con toda vene-

(1) Todos éstos eran consejeros en interés y reconocimiento al Emperador, y estaban comprometidos a favorecer en todo caso esta unión.

ración y constancia (1). Había estado indecisa largo tiempo, dijo; pero el Señor la había iluminado, y ahora tenía el ánimo resuelto; desposaría con Felipe y no con otro.

Regocijóse Renard con estas noticias, que mandó volando al Emperador, si bien mantuvo secretas para los demás; pero aunque nadie las supiera, todos las sospechaban, y pronto el susurro de una creciente agitación empezó a oírse en todas partes. Lady Jane Grey, los tres hijos de Northumberland, Cranner, Ridley y otros, fueron juzgados y condenados a muerte. Por todo el país, diseminados, empezaron los tumultos, pues el desafecto cundía por dondequiera; las confabulaciones de Noailles con Isabel y Courtenay se descubrieron y denunciaron; Polo fue detenido de orden del Emperador, según iba para Inglaterra, y Gardiner, que continuaba en prisión según la promesa irrevocable de la Reina, seguía haciendo la contra al proyecto de matrimonio con un español. Mas el secreto se hizo público por fin, y los partidarios de España que figuraban en el Consejo de la Reina hubieron menester consultar con Gardiner sobre las bases del matrimonio. Tenían que sacar a flote un negocio dificultoso; pues a pesar de los sobornos y complacencias, se habían determinado a que aquella unión en ningún caso significase supeditación política de Inglaterra a España; y el poder del Rey consorte estaba tan cercado de cautelas y limitaciones, que cuando al fin Felipe conoció las condiciones, quedó desolado; pues bien veía que si se cumplían a la letra las condiciones del matrimonio, resultaba éste inútil a los intereses de España, y era, en realidad, un vano sacrificio. Pero de esto la gente nada sabía. Lo único que se dió a entender es que un español iba a ser su rey, y Londres se estremeció de espanto cuando las insinuaciones de Noailles le advirtieron que la Inquisición con sus autos de fe iba a comenzar en Inglaterra.

Así es que cuando en 1.º de Enero de 1554 entraron en la

(1) Archivos. Comisión para la copia de documentos. Bruselas, vol. I.

ciudad domésticos forasteros y gente de mar en gran número, para preparar alojamiento a la brillante embajada imperial que había de llegar al día siguiente, hasta los muchachos se juntaban a su paso, y los recibían con maldiciones y con pelotones de nieve (1). El brillante Conde de Egmont y su séquito arribaron en el puerto de Tower, con toda pompa, a la mañana siguiente, para pedir con la debida formalidad la mano de la Reina para el hijo del Emperador. «Fueron recibidos por Sir Antonio Browne, que iba vestido con lujosísimo atavío. En Towerhill, el Conde de Devonshire (Courtenay) con Lord Garrett y otros varios, le recibieron con la más honrosa y familiar acogida; y de igual modo, el señor de Devonshire, dándole la mano derecha, lo condujo por Chepsyde hasta Dyrram Place (esto es, *Dusham House* en *Strand*); y las gentes no les acompañaban en su contento, sino que miraban al suelo con tristeza» (2). A estas ceremonias siguieron unos cuantos banquetes solemnes y festejos de corte, y en 13 de Enero, Gardiner, esforzándose por parecer contento, hizo un discurso ante la Cámara de Presencia en Westminster a los lores y oficiales, declarando el propósito de la Reina de casarse con Felipe de España en «piadosísimo y legítimo consorcio, y que ella entraría en posesión de 30.000 ducados por año, con todos los Países Bajos de Flandes, y que la descendencia de los cónyuges siendo legítima, si la hubiere, poseería la herencia del reino de España, así como los dichos Países Bajos. Declaró además que deberíamos estar muy agradecidos a Dios porque Príncipe tan noble, digno y famoso se confesara tan humilde en aquel matrimonio, al considerarse más bien como vasallo que otra cosa; y que la Reina gobernaría en todo como hasta el presente; y que no formaría parte del Consejo ningún español, ni se daría a éstos la custodia de ningún fuerte o castillo,

(1) Chronicle of Queen Jane and Queen Mary. Camden Society.

(2) Ibidem.

ni dominio ni empleo en la Casa de la Reina, ni en ninguna otra parte de Inglaterra» (1).

Gardiner hizo cuanto estuvo en su poder; pero el hecho bastó para sumergir a los amigos del antiguo régimen—a no pocos de los que habían hecho su agosto cuando la expoliación de la Iglesia,—en un delirante pánico. Carews y Greys protestaron, se rebelaron y sucumbieron; pues Inglaterra en general era fiel a María, y la gran mayoría del pueblo, excepto alguno que otro en Londres, condenaba acerbamente los desórdenes iconoclastas del reinado de Eduardo. La Reina conocía su propio ánimo también, y en presencia del peligro se mantenía firme como una roca; pues a su modo de ver, la unión con el de España significaba la resurrección de su país y la salvación de su pueblo. Carlos y su hijo así lo comprendían también; pero no era este su principal objeto. Lo que necesitaban ellos era humillar a Francia para siempre, disponiendo de los recursos de Inglaterra, y erigir a España en dictadora del Universo.

En el mismo día en que los descamisados del mísero Wyatt, llenos de lodo y rendidos de su marcha desde Kingston Bridge, iban a dar su último salto en la horca, un mensajero, todo empolvado, cabalgaba camino de Valladolid, con las noticias para Felipe de que la oferta de su mano había sido aceptada por la reina de Inglaterra. El Príncipe estaba en Aranjuez, estudiando la traza y disposición de sus jardines favoritos, cuando le llegaron dichas nuevas, a que se agregaba la de que el Conde de Bedford estaba ya camino de España con el contrato de casamiento. Dejó al punto Felipe su diversión, y

(1) En 21 de Enero de 1554, el Emperador escribió a Felipe, enviándole el tratado para su ratificación, y le encargaba le enviase poderes para formalizar los desposorios; y pues la Inglesa insistía en que por bendición de Dios habría de efectuarse el matrimonio, «vos deberéis prestar juramento de respetar las leyes y privilegios de Inglaterra; *pero la Reina en confidencia nos asegura que secretamente se hará todo, conforme a nuestra voluntad, y Nos la creemos.*—M. S. Simancas. Estado, 808.

el mismo día salió para Valladolid con su escolta de caballeros aragoneses, vestidos de grana y oro. Súbitamente se adornó la vieja ciudad en hábito de festejo, y se organizaron torneos, juegos de cañas y fuegos de artificio, para celebrar aquel consentimiento, por el que su amado Príncipe de España pasaba a ser rey de Inglaterra. Los telares y talleres de bordados de todo el reino entraron pronto en actividad para preparar el espléndido lujo y deslumbrante atavío propio de los nobles e hidalgos que iban a seguir a su Príncipe a Inglaterra, y todos, con jactancia española, trataban superar a los demás con su esplendor. Alba, Medinaceli, Aguilar, Pescara, Feria, Mendoza y Enríquez y otros cien magnates altivos recibieron orden de estar prestos con sus escoltas de vasallos, todos vestidos de riquísimas ropas, a despecho de las advertencias de Renard, que prevenía: «*Seulement sera requis que les Espagnoles qui suyuront vostre Alteze comportent les façons de faire des Angloys, et soient modestes.*»

El ayudante de Felipe, Padilla, fue enviado a escape a la costa para recibir al Conde de Bedford, que no salió de Inglaterra en un mes; y el Marqués de las Novas, cargado de espléndidos regalos de Felipe para su prometida, fue enviado para Inglaterra. María era, en gran manera, apasionada de ricos aderezos y joyas, y Felipe en su juventud, y cuando las fiestas de Corte lo hacían oportuno, traía las galas más espléndidas; pero aun aquellos para quienes su boda representaba no más que un pretexto para una política, debieron quedar satisfechos de tanta magnificencia acumulada. El regalo que el Marqués de las Novas llevó de parte de Felipe a María consistía en un gran diamante liso, montado como rosa en soberbio engarce, evaluado en 50.000 ducados; un collar de diez y ocho gruesos brillantes, exquisitamente montados y labrados con maravillosa delicadeza, estimados en 32.000 ducados; un gran diamante y una perla gruesa pendiente de él (era ésta la joya favorita de María, con la que se la ve en el retrato de More), ambas gemas las más bellas que podían verse en el

mundo, según parecer de un testigo contemporáneo, tasadas en 25.000 ducados; siguiendo a éste una lista de perlas, diamantes, esmeraldas y rubíes innumerables, que no sólo a María, sino a sus damas, también enviaba el galante novio (1).

Según que todos estos preparativos se prevenían en España, el Emperador se preguntaba si sería cuerdo y seguro el permitir que su hijo se arriesgase a partir para un pueblo tan enardecido contra el proyectado casamiento como el inglés, y en rebelión parcial contra él; y Renard tuvo muchas conferencias llenas de ansiedad, con María y su Consejo, sobre el asunto.

La Reina declaró repetidamente que ella respondía de la seguridad de Felipe; y se negó, tan amablemente como pudo, a las apremiantes insinuaciones de emplear medidas severas con Isabel, con Tenay y los demás sospechosos o rebeldes. En una ocasión, a fines de Marzo, díjole Renard que si mostraba tanta blandura con los rebeldes, no aseguraba que el Príncipe Felipe pudiera estar garantido en su reino, «pues vendría sin armas; y si algo le aconteciera, promovería escándalo desastroso y lamentable. Y padecerían a causa de ello, no sólo Su Alteza, sino también los señores y caballeros que le acompañaran; y es de temer que todas las precauciones de seguridad no sean demasiadas». A esto contestó la Reina, con lágrimas en los ojos, que «antes quisiera no haber nacido que el Príncipe recibiera alguna ofensa, y esperaba fervientemente en Dios no ocurriría tal cosa. Todos los miembros de su Consejo cumplirían su deber en la recepción del Príncipe, y ya se aprestaban costosos preparativos. Su Consejo sería reducido a seis miembros, como Paget y Petre la habían amonestado; y ella haría cuanto en su poder fuese para conciliar la buena voluntad de los súbditos que era menester para recibir al Príncipe (2).»

(1) «La llegada de Felipe el Prudente», en *The Year after the Armada*, por Martín Hume.

(2) *Renard al Emperador, 27 Marzo 1554*. Comisión de Copia de Archivos, impresa también por Titler.

María estaba rendida de afán. «No podía ni descansar ni dormir—decía,—pensando en los medios de seguridad en Inglaterra para Felipe.» Pero no se decidió sacrificar a Isabel, no obstante los clamoreos de Renard y aun de Gardiner. Sabía que los franceses subvenían casi públicamente con sus recursos a los rebeldes contra ella; y que su pueblo temía cada vez más que su casamiento con Felipe traería una guerra con Francia para fines políticos de España; pero había puesto su voluntad en ello, y nada en el mundo la haría vacilar. Felipe, por su parte, aunque personalmente no fuera valiente, estaba igualmente firme en hacer aquel viaje, aun a riesgo de su vida; tenía el espíritu de sacrificio, y aquel matrimonio suponía para él un deber sagrado, y del deber nada apartaba a Felipe, cualquiera que fuese el mal que su cumplimiento llevara aparejado.

MARTÍN HUME

(Concluirá.)

SANTIAGO DE COMPOSTELA

II

Si las gentes de Compostela fueran curiosas como franceses, la llegada de un peregrino les haría alguna impresión, puesto que es casi un fenómeno. ¿Por qué tal decadencia de una peregrinación que fue, durante tantos siglos, el punto de cita de la cristiandad? Los indígenas, con su fondo de indolencia, no se preocupan por ello; pero, siempre que interrogué sobre el caso a los eruditos del lugar, sus explicaciones eran vagas, eludían las preguntas; tocaba un punto humillante. Después, he coordinado las causas de una decadencia más triste que ninguna: la decadencia de un santo en la tierra. El sentimiento que de esto tenía insinuó en mi estancia una sorda melancolía. Pero también, a mi llegada, me sentí, por los que no van, tanto más impaciente por ir a la tumba del Apóstol.

A la puerta del hotel, un muchachillo, con aire decidido, me propuso ser mi guía; descalzo, descubierta la cabeza, de cara gestera, agitaba al andar las mangas rotas de una chaqueta, cuyo amarillo terroso me hizo pensar en ciertos hábitos de los monjes de Zurbarán. Me preguntó si yo era inglés: «Son buenito inglés», añadió, finalmente, mirándome a la cara. Cuando contesté: «Francés», se puso pensativo; este nombre no le prometía nada.

Seguimos una calle empinada, empedrada de pequeños cantos redondeados, suaves bajo los pies como el enlosado de un patio. A pesar del sol que la daba de soslayo, las sombras de las esquinas guardaban una austeridad claustral. Junto a ventanas con rejas veíanse, más escasos que en otras partes, estrechos miradores pintados de negro, fúnebres a pesar de sus blancos visillos. Yo esperaba hallar una ciudad de la Edad Media, y no veía más que casas del siglo XVIII, una calle provinciana, gris, confinada como las de San Malo.

La gente me llamaba más la atención; campesinas, altas y macizas, descalzas, con la trenza suelta, pasaban, erguida la cabeza, cargada con una cesta de manzanas, y balanceando con movimientos pausados sus atezadas manos. Campesinos de montañés aspecto, con el sombrero echado sobre los ojos, llevaban de la brida mulos pequeños y negros de brillante pelo. Burguesas, con mantilla y traje oscuro, parábanse ante las tiendas bajas, apretadas, de las que salían al exterior olores mezclados de lienzo, de especias y de chocolate. Encontré muchos sacerdotes; iban pausadamente, con el manteo terciado, mostrando en su mayoría caras rubicundas, ópimas, más ópimas bajo las alas demasiado cortas de su sombrero redondo. Parecían joviales, buenos muchachos, familiares con el pueblo, sin que esta sencillez quitase nada al respeto.

En una encrucijada, un piano de manubrio martillaba sus aires vulgares. Estábamos cerca del lugar llamado Preguntoiro, porque los peregrinos vacilantes se informaban allí sobre el lado en que estaba la Catedral.

Dimos la vuelta a una plaza poco amplia, en donde el busto de Cervantes, frente a una casa de arcadas, se mira en la taza de una fuente, y, muy cerca, en la plaza del Paraíso, descubrí, a la derecha, la fachada pomposa del Seminario; a la izquierda, una de las puertas de la Basílica, la puerta de la Azabachería. En otro tiempo, había allí comercio de azabache. Al presente, no hay sino pobres tenduchos abiertos, ciertos días, para la venta de cirios y exvotos.

Esta puerta me entristeció; el siglo XVIII la ha desnaturado. Las dos cintras que coronan sus cuatro vanos se encuentran entre columnas dóricas; sobre ellas hay un segundo cuerpo de columnas jónicas, entre ventanas de frontones semicirculares, mascarones, follajes, y una estatua de la Fe en pie sobre una pilastra; rematan su techumbre urnas sepulcrales y obeliscos. En el centro y más arriba, decoran un frontón pretencioso unos florones tallados como reyes de ajedrez. ¿Qué viene a hacer, en la cumbre de tal arquitectura, Santiago, humilde peregrino, alzando en su mano derecha un bordón del que pende una calabaza? Ese lienzo de muralla no parece estar adherido al edificio; yérguese a la manera de una decoración entre los frisos de un teatro. Me causó una impresión tan desagradable como en el introito de una misa gregoriana una música vibrante llena de vocalizaciones.

Entré y me hallé en el brazo izquierdo del largo crucero. Vi, sobre una tumba, una estatua de arzobispo y oscuras capillas recónditas. Ante la esbelta desnudez de los pilares y la curvatura romana de las bóvedas, tuve la ilusión de una iglesia de Francia; pude decir en voz baja sin mentira: «Señor, amo la belleza de vuestra casa y el lugar que habita vuestra gloria.»

La gloria del Señor descendía en rayos oblicuos por las ventanas de una linterna, ante la Capilla mayor, sobre la verja cuyos balaustres resplandecientes se tendían como las cuerdas de un arpa.

Una doble barrera reserva a los canónigos y oficiantes el paso entre el coró y las gradas del altar mayor. Bajo éste se abre la cripta, en la que se guarda la caja del santo.

Me arrodillé contra la verja, cerca de uno de los púlpitos de bronce, cincelados en el flanco del pilar, uno al lado de la Epístola; el otro, del Evangelio. Cualquiera que fuese mi deseo de rezar, mi emoción primera se embotó en presencia del fasto bárbaro que asaltaba mis ojos.

Delante del altar mayor cuelgan tres lámparas, de las que

una sobre todo es enorme, ventruda, incrustada de láminas de oro; pesados candelabros de plata se alínean sobre la alfombra; el pie del altar es sencillo, y figura el exterior de un féretro, con menudos arcos, asociados en forma de *m*, tres a tres; pero el retablo, bajo los cirios, con las abolladuras de su argentería, chispea con fuegos dorados. La estatua pintada de Santiago, sentada en su trono, con nimbo de plata, parece la de un emperador de Asia que recibe el homenaje de sus súbditos. Una sonrisa de beatitud se halla incrustada en sus pupilas de piedra y su barba castaña. Sus hombros están cubiertos por una esclavina de plata; de plata son también el nicho y el camarino. Tras la cúpula del camarino, otro Santiago, de pie, mira a sus plantas cuatro reyes suplicantes.

Y no es esto nada todavía; el altar, a pesar de su masa, parece grácil bajo el dosel piramiral que lo abrumba. Tiene éste en sus cuatro esquinas un ángel mayor que un hombre; entre los ángeles, un tercer Santiago se ufana sobre un caballo encabritado; le escoltan Genios, Virtudes, y antiguas banderas desteñidas, inglesas y francesas, flotan en derredor de este arrogante triunfo. En la punta del dosel, tocando casi la bóveda, se distingue el sepulcro y la estrella, blasón de Santiago.

Tan enfáticas magnificencias excitaron poco mi atención. Buscaba al Apóstol de Jesucristo, y no tenía frente a mí sino al patrón de las Españas o, más bien, de la España del siglo xviii, llevada a exasperar las imágenes de su fuerza, porque la sentía decrecer. Tuve que cerrar los ojos para volver a hallar la idea del buen Santiago evangélico, del que pone en su camino a los viajeros extraviados, rompe las cadenas de los cautivos, reconforta a los pobres y a los desesperados, Aquél cuyos sufragios abrevian la expiación de las faltas y abren a los penitentes las puertas del Reino, el Santo jubilar que yo venía a invocar...

Me levanté y di la vuelta al profundo ábside. La mayor parte de sus capillas contienen tumbas. Fueron restauradas, siempre en el siglo xviii, con arreglo al estilo de Borromini,

de Churriguera. Los arzobispos de Compostela, demasiado ricos y colmados, para la Basílica, de donaciones, aplicaron sus liberalidades a embellecimientos deplorables. Una de las capillas conserva el nombre de Capilla del Rey de Francia. Luis XI la dotó de una renta destinada a tres capellanes que debían decir allí la misa. Los sacerdotes peregrinos la dicen en la capilla de San Bartolomé; solamente los canónigos de Santiago y los obispos tienen el privilegio de celebrar en el altar de la Capilla mayor.

Al volver hacia el crucero, pasé ante una antiquísima María Salomé, estatua bizantina mofletuda, coloreada en rosa. Desde allí, consideré el coro del Capítulo en medio de la nave principal, su macizo facistol, los tubos de sus dos órganos. La estabilidad de los canónigos de Santiago reluce en la opulencia de sus asientos, los cuales parecen participar de la quietud de los que se sientan en ellos para cantar el oficio.

Iba a empezar no tardando. Las campanas preludiaban alegremente; una grave alternaba con otra de sonido claro, y se hubiera dicho las esquilas de un rebaño de ovejas cuando al atardecer bajan las montañas. Había movimiento alrededor de la sacristía vasta como una iglesia y suntuosa. La puerta entreabierta me dejó ver unos sacerdotes que fumaban cigarrillos. Llegaban los canónigos, casi todos corpulentos y de noble aspecto en su manteo que lleva la cruz roja de los caballeros de Santiago.

Desfiló su cortejo, cuando se dirigieron al coro, precedido de los acólitos y del pertiguero; el análogo de nuestro Suízo, con una especie de dalmática y un bastón dorado en la mano. Marchaban de prisa con paso poco solemne, expeditivamente.

Su presteza en leer los Salmos no me chocó nada; ya había asistido en Barcelona, en Tarragona, al oficio de otros canónigos españoles. El órgano cortaba la salmodia con motivos retzones. A una lección, leída por un niño de coro con voz gracil, contestó un *Amén* robusto; luego hubo un silencio de meditación.

Me alejé hacia la parte baja de la nave principal. Una anciana, sola, detrás de un pilar, sentada sobre su falda de estameña, rezaba el rosario en alta voz. No lejos, estaba abierto un confesonario; acudió una pareja joven; el marido se adelantó el primero; se confesó de pie, apoyado en el hombro del sacerdote que le tenía abrazado como un padre indulgente a su hijo pródigo. Su mujer, a dos pasos de él, tenía que oírle. La familiar ingenuidad de las costumbres católicas en España es una de las cosas que más me impresionó. Entre nosotros, aun entre los matrimonios más cristianos, ¿no parecía raro e indelicado que una mujer fuera a inmiscuirse en la confesión de su marido, y más todavía, él en la de su mujer? Recorrí el cerrado del coro hasta la pared trasera. Allí hay un Calvario, junto al cual hice una estación: el Crucificado se inclina del lado derecho hacia su Madre, como si fuera a desprenderse de la cruz; a lo largo de su cuello y de su pecho está pintado un reguero de sangre. Debajo, en un altar, veneré la virgen de la Soledad, Nuestra Señora de los Dolores.

Un manto pesado, de terciopelo, bordado de coronas de oro que se entrelazan, la encierra de la cabeza a los pies; no se ve más que sus manos cruzadas, que sostienen un corazón en el que se juntan las puntas de los siete puñales, cuyos mangos relucen, y su cara de cera; unos párpados entornados por el dolor, y una boca mortecina de reina en duelo; tiene el óvalo de ciertas señoras castellanas, una expresión de misericordia extática, como Nuestra Señora de la Victoria, en Sevilla, tan bella con sus cabellos despeinados, rebosante de santo amor, entre las ardientes lanzas de innumerables cirios.

Antaño, los penitentes admitidos a franquear el umbral de la iglesia permanecían detrás de esa pared. Tal vez, en memoria del rito perdido, han puesto en ese altar a la Reina de las compasiones.

Entre la repetida pared y el pórtico del fondo, la Basílica, a la hora en que la vi, estaba radiante, aunque desierta. El sol de la tarde desbordaba allí; oía a los canónigos entonar el

Magnificat, las columnas de granito subían en haz tranquilo hacia los follajes de los capiteles, bajo las cintras ovales. La arquitectura de Compostela fue inspirada por la de Sainte-Sernin (1) y Mestre Mateo, que dirigió una parte de la obra, procedía de Tolosa. Lo románico se encuentra aligerado de sus primitivas formas; una columna, ante cada pilar, se lanza más arriba que las bayas del triforio, y sopórtalo bajo de la bóveda acunada; la continuidad de las redondeces no excluye una facilidad de líneas completamente francesa; anuncia la beatitud de almas sencillas, dóciles, la absoluta humildad de su fe.

Pero la paz de este arte cristiano termina en la Puerta de la Gloria, porche esculpido bajo el pórtico, que Mestre Mateo tardó veinte años en ejecutar (2).

Es una visión del Juicio, en donde Santiago está sentado debajo de Jesucristo, sobre la columna que sostiene, lo mismo que en Vezelay, el centro del tímpano. No sé si en parte alguna ha figurado la Edad Media con mayor amplitud y tranquila armonía el gozo de los elegidos, superpuesto a la espera de los justos y al dolor de los condenados. Esta maravilla me produjo tal contento, que la contemplé en un transporte un poco confuso, y dejé para más adelante explorar sus detalles.

Salí un momento de la Catedral por la puerta del claustro. Es espacioso, imponente; pero encontré tristes y desnudas las ojivas flameantes de sus arcos; recordé los claustros de Tarragona y de Barcelona, este último, sobre todo, con sus capillas, su jardín, el agua verdosa de su surtidor y hasta los patos que acompañan con su grito ingenuo los ronquidos del órgano y las voces de los sacerdotes. Evocaba una de las capillas, en la que hay un Cristo con faldellín de seda y llagas en las rodillas, cla-

(1) Santiago, Saint-Sernin y Sainte-Foy de Conques, son tres iglesias salidas de un mismo tipo auvernés.

(2) De 1168 a 1188.

vado en una placa de cobre; una mujer joven y triste, mientras yo descansaba allí, vino a arrodillarse contra la verja; pocas veces he visto rezar como ella rezaba. Sus labios se movían poco, pero sus ojos, dirigiéndose al Cristo, decían: «Es preciso que sea lo que yo pido.» Hubo momentos en que cogió los barrotes con las dos manos; parecía querer arrancarlos; luego inclinó la frente y lloró silenciosamente. Sin saber lo que imploraba, añadí mi humilde oración a la suya, cuyo ardor me trastornaba.

Aquí, nadie a lo largo de los muros griseos, ni un mendigo, ni siquiera, como en Tarragona, aquel gato flaco que ma-yaba hacia mí. El patio asfaltado no deja brotar ni una brizna de hierba; en un rincón hay losas fúnebres, las sepulturas de los canónigos. Entre ellos reposa D. López Ferreiro; escribió, en diez volúmenes, una erudita historia de la Iglesia de Compostela, y murió antes de haberla terminado.

Las salas del Capítulo se abren sobre el fondo del pasillo, detrás de esas tumbas. Cada vez que los canónigos se dirigen allí, hollan al pasar a sus hermanos difuntos.

Así los vivos, como los muertos, no tienen más que una sola morada: el recinto de la Basílica; saben que dormirán bajo las losas que pisan, y este pensamiento debe hacer más tranquila todavía su existencia.

Cuando llega la procesión del Corpus, y cada siete años, con motivo del jubileo, adórnase el claustro con unos tapices que, de ordinario, decoran las salas capitulares. Me lo enseñó un bedel. Al verlos, no hubiera sospechado su destino litúrgico. Representan algunas escenas de batalla, dos ejércitos formados en semicírculo, prontos a combatir, en una llanada sembrada de flores opulentas. La mayor parte tienen por modelos cartones de Goya, de un Goya joven, brillante, más pagano que el Goya caricaturista y satánico, único que conoce el público francés. Uno de ellos muestra un toro negro, y un torero con traje rosa, medias azuladas, mocetón insolente, de vigor y alegría. En otro, un burgués carmesí avanza, con la barbi-

lla en la chorrera, y, detrás de la esposa joven, con vestido amarillo—ese amarillo de fuego que adoraba Goya—un galanteador ríe con labios demasiado sanguíneos. Tales adornos, al paso del Corpus y de las reliquias, se hacen incensar. En otra parte, esto sería heroico; pero el catolicismo español se incorpora con singular libertad las cosas más profanas del país.

Las salas del Capítulo albergan una biblioteca rica en libros antiguos. Leí en el lomo de un infolio este título: JANSENI IN EVANGELIUM. ¡Cómo!, me dije; ¿también llegó hasta Galicia el lúgubre Jansenio? Por lo menos, quedó enterrado en la biblioteca de los canónigos. España no tuvo que sufrir, ni el falso ascetismo de aquél ni sus abstracciones mortíferas. No tuvo que sufrir, ni los hugonotes ni los desnichadores de santos, cuya ironía mató en Francia tantas buenas y antiguas devociones. Por esto conservó intacta la familiaridad de los Sacramentos, el realismo cristiano que siente vivir en rededor nuestro a Jesús, su Madre, los Angeles, los Bienaventurados y Bienaventuradas, como hermanos y hermanas gloriosos, ayudadores en nuestras necesidades, conmovidos con nuestro amor y hasta con los pobres honores con que los celebramos.

Pero los españoles dilatan en las pompas católicas su afición a lo fastuoso y lo enorme. El bedel quiso hacerme admirar un prodigioso incensario, el *botafumeiro*; puesta en el suelo, esta urna de plata le llegaba al pecho. En las fiestas solemnes, cuatro hombres le llevan a la basílica; lo izan bajo la bóveda del crucero por una cuerda arrollada a una polea; lleno de carbones encendidos y de granos de incienso, el *botafumeiro* se balancea frente al altar mayor, por encima de los oficiantes y del pueblo, y envía a lo largo de las naves una nube aromática semejante a la que sofocaba a los sacerdotes en el templo de Salomón.

Antes de salir de las salas del Capítulo me detuve ante una de las redondas ventanas, y miré la plaza de Alfonso XII, uno de los orgullos de Santiago; frente a frente, en aquella explanada correcta y tristona, alzábase un edificio largo y bastante

pesado, de frontón triangular: el Palacio consistorial o Ayuntamiento.

A su derecha vi el Hospicio, con todos los santos protectores, formados en su graciosa portada, y, entre ambos, una elevación de tierras áridas: monte Pedroso.

Bajé en seguida a la plaza adonde da la fachada principal de la Basílica: la del Obradoiro. Cuando se construyó (de 1738 a 1747), tenía cerca de allí sus canteras un picapedrero. Todavía ahora suenan en las cercanías los martillos de los obreros que tallan bloques para una nueva ala del Hospicio. La fachada del Obradoiro es el paroxismo de los estilos borrominesco y churrigueresco. Una doble escalera, cuyas rampas se corresponden en complicado rombo, acude a su vasto pórtico, sobre el que carga el más abrumador de los frontones. Este, semejante a una pieza montada, se erige entre las dos torres macizas. Su primer cuerpo cuadrado sostiene un segundo, cuadrado también, sobre el cual un tercero, de forma ovoidal, ostenta sus balustres, sus terrados, sus nichos, sus pináculos. Ataviada de esta suerte, la Catedral parece una vieja presumida con peluca llena de rizos y de moños.

Por fortuna, dos de las antiguas puertas han sido menos desfiguradas. La puerta de las Platerías domina una plaza estrecha, en la que hay una fuente. Las cintras de su doble pórtico se repiten encima, en arcos simétricos de una bella gravedad romana. Sin embargo, la lluvia, con los siglos y el sol, ha estropeado algo las esculturas del friso y de los tímpanos. Un simple aldeano picardo, Guillermo Manier, en el relato de su peregrinación, escrito en 1736, nota que encontró esculpida en ese pórtico «cierta mujer en pie, que tenía en sus manos la cabeza repugnante de su seductor. El marido que cortó esta cabeza obliga a su mujer a besarla dos veces al día». Por mi parte, no he reconocido ese motivo bien español, no menos atroz que edificante.

La Puerta Santa, la Puerta de los Perdones, no se abre sino los años santos, aquellos en que el 25 de Julio, fiesta de

Santiago, cae en domingo. Doce profetas a la izquierda; doce apóstoles a la derecha, estatuas malas, apretadas en su manto de piedra, meditan en los flancos de una verja que corona Santiago, con la cabeza cubierta por un sombrero empenachado, e inclinado con aire misericordioso hacia el peregrino siempre esperado; acompañanle sus discípulos, San Teodoro y San Atanasio, pequeños como niños, en estrechos nichos. Detrás de la verja, una pared de argamasa cierra la Puerta Santa.

Cuando ha llegado la hora de abrirla, el 31 de Diciembre por la noche, el arzobispo se dirige a ella procesionalmente con su clero, su pueblo y los peregrinos venidos a pie de toda Galicia. Un sacerdote con capa pluvial lleva en una bandeja de plata, para derribar la pared, un martillo dorado. El arzobispo coge el martillo y da un primer golpe mientras que canta el versículo *Aperite mihi portas justitiæ...* Este martillazo representa la absolución del sacerdote y las oraciones de los santos que rompen el muro invisible que retiene en el umbral del Paraíso a las almas contritas.

El arzobispo redobla sus martillazos con más fuerza; cuando la pared ha caído, el coro lanza a plenas voces el salmo *Jubilate Deo omnis terræ...* Unos sacerdotes con casullas lavan las jambas de la puerta; el arzobispo de rodillas entona el *Te Deum*, y se entra triunfalmente en la basílica en donde se cantan solemnísimas vísperas.

Yo entré poco antes de que hubiera terminado el oficio. A las seis, apagadas ya las luces de la Salvación, fui introducido por el sacristán en la capilla mayor; pude ver de cerca el altar mayor, su ara de mármol, tallada de una sola pieza, sus relieves de plata y su baldaquino, cuyos arcángeles, en el crepúsculo, resultaban gigantescos. El sacristán, hombre de rostro rudo con tonos de pámpano rojo, tocaba los candelabros, el trono de Santiago, su calabaza, y me repetía cada vez: Plata, plata. Sus ojos brillaban con orgulloso gozo al contacto de aquellas riquezas, como si las juzgase suyas a fuerza de haberlas palpado y hecho relucir.

Subí al interior de la cámara, que corona con su cúpula la estatua del Santo. Se han burilado sobre su esclavina cañones, estandartes, espadas, cascos; la España guerrera se ha magnificado en los esplendores de su patrón. Requiere una costumbre, que los peregrinos besen la esclavina preciosa. Me conformé, sin entusiasmo debo confesarlo. Lo que hubiera querido ver era la cripta y el féretro; pero, impaciente por cerrar la iglesia, el sacristán agitaba las llaves, y lo aplacé hasta el día siguiente.

En suma: terminé mi visita, descontento por ser tan tibio con Santiago, y comprendiendo muy bien por qué lo era. Necesitaba, para rezar libremente en su Basílica, eliminar las impresiones exteriores, las rarezas locales de su culto y aguardar la intimidad sobrenatural de su presencia.

De noche cerrada, me paseé por la población, en lo incierto de las calles oscuras. Las humaredas de los tejados despedían un olor de sarmientos quemados, análogo al del incienso. Bajo los arcos de la rua del Villar había más gente que en pleno día. Las voces de los transeúntes chocaban como los dominós que removían los jugadores en las mesas de los cafés. Una banda de lavanderas volvía de su trabajo; una de ellas, pal-moteando, cantaba con voz dura una canción que las otras continuaban, y todas juntas lanzaban una nota extraordinariamente vibrante, prolongada.

Algunos sacerdotes circulaban en grupos; en la plaza de Cervantes, las criadas, en torno de la fuente, esperaban charlando que se llenasen los cántaros.

Llegué hasta la plaza del Paraíso, donde me encontré entre el Seminario y la Catedral. Los dos monumentos apesadumbraban con su énfasis la melancolía de aquel lugar desierto. Se le hubiera creído preparado antaño para unos reyes que no vendrán ya. La luna, bajo vapores sendos que subían del Océano, lucía como una lamparilla dentro de un cristal deslustrado; envolvía en un color oscuro el amarillo ahumado de las fachadas y los dos Santiago que se alzaban fronteros.

Una mujer cruzó, dirigiéndose hacia el barrio con una niña de la mano. Era alta, robusta, pero vestida miserablemente. Al llegar junto a mí me pidió una limosna; quise saber lo que hacía para vivir. Me dijo que componía sillas; su marido, muerto hacía seis meses, la había dejado con cuatro hijos, de los que el mayor era aquella niña. Tenía ésta una cara dulce y tímida; su pelo era del color del lino.

—Tiene diez años—dijo su madre.

—Es pequeña—le contesté.

—Pequeña—replicó ella como un eco, y esta palabra tuvo en la desierta plaza una indecible resonancia.

Las miré alejarse, desaparecer bajo las tinieblas de un pasaje abovedado. El encuentro de aquella pobreza terminó, en una paz misteriosa, mi primera noche en Santiago.

EMILIO BAUMANN

LA AMÉRICA MODERNA

La Metrópoli blanca. Literatura sobre la ciudad porteña. Las ciudades del industrialismo. El Estado agrario. El peso de la Historia. La nueva raza. Cómo crece una ciudad. Los mediterráneos en la gran capital. El habla española.

La imaginación, impresionada por la lectura, resulta muchas veces un poderoso órgano de superfecundación mental. Las descripciones que se leen sobre todas las cosas, por variadas que sean, se traducen en imágenes representativas que se superponen como archivoltas de un pórtico ideal en el vasto campo imaginativo; es ésta una cámara oscura, en cuyo fondo se proyectan múltiples imágenes, se entrecruzan las líneas y se funden los colores. Así, atiborrada mi imaginación de descripciones literarias, de datos estadísticos, de simples noticias y de relatos de viajeros, pisé la tierra argentina al descender del vapor *Reina Victoria* en el puerto de Buenos Aires.

¿Cómo será la ciudad?—me preguntaba yo mismo. Porque no coincidían las descripciones leídas en libros impresionistas, escritos para todos los gustos; unos, reveladores de desalientos o de desencantos; otros, inspirados en la gratitud... La página serena y de valor objetivo no acerté nunca a distinguirla en medio de tan contradictorias descripciones. Algo había entresacado del estudio científico sobre el urbanismo bonaerense, al repasar las estimaciones cuantitativas referentes a la demografía,

a su economía; pero esto no me podía dar la característica de la ciudad, sus elementos cualitativos. La psicología es un elemento vital que suele escapar a toda mensuración; es un verdadero imponderable social en los estudios colectivos. Comprendí bien pronto que lo mejor era sepultar las cosas leídas y confiarme a la propia observación.

Al desembarcar vi pasar ante mí el *film* de muchas cosas vistas en otras grandes ciudades costeras: grandes trasatlánticos encajonados en las dársenas, potentes grúas, almacenes que rodean los muelles como murallones, pirámides de mercancías, trasiego constante de cosas; después, las calles interminables de la ciudad, la circulación trepidante en las arterias urbanas, edificios altos y otros bajos. Todo esto recuerda el espectáculo que ofrecen otras ciudades. Hay jirones que remedan las avenidas de las grandes ciudades de la Europa central, uniformes ingleses y alemanes, rasgos europeos que asocian semejanzas de cosas vistas en Londres, París, Berlín, Hamburgo. Pero Buenos Aires, con ser ciudad muy extensa, no reproduce el tipo de las grandes urbes mencionadas.

El interés para todo observador que pretenda describir una ciudad y fijar su carácter, no está en aquellas cosas que recuerdan o reproducen las cosas ya existentes en otras partes, sino en aquellas otras cosas que son propias de los nuevos lugares que se estudian. Cuando la lisonja, muchas veces reproductiva, inspira a los escritores, cronistas o profesionales de la literatura, fluyen los encomios a montones y no se repugna el comparar la gran ciudad porteña con París u otras ciudades europeas, cuya formación y constitución no se parece en nada a la Metrópoli argentina; otros, equiparan Buenos Aires con las fabulosas urbes donde la riqueza tiene por canales a las calles. No, no es eso Buenos Aires. El argentino suele preguntar, tan pronto un nuevo visitante llega a la ciudad, qué impresión ha recibido en ella. Y la mayoría de los preguntados, ni tardos ni perezosos endilgan por respuesta los más resonantes epítetos laudatorios, en definiciones cerradas, dogmáticas y

totales, sobre la gran capital. La intuición no puede llegar a tanto, por fina que sea.

Mirar una ciudad con microscopio, es fijar toda atención en el detalle, reducir la visión, perderse en la profusión de cosas parciales que no dan la imagen de conjunto. El automóvil y el metropolitano no nos dan lo cualitativo de una ciudad, ni la magnitud de su población descubrirá la psicología.

Yo he comprendido Buenos Aires después de una paciente observación, abstrayéndome, procurando remontarme sobre el oleaje de detalles para alcanzar la imagen panorámica. Desde una altura ideal, ante su historia y su presente, la llamada por los argentinos la Gran Capital se ofrece como un producto típico de la vida colonial en un Estado agrario. La ciudad que yo había contemplado en mi arribo nocturno, desde el puente del *Victoria*, recostada en un lecho de luz, surgía ante mí siempre serena, tranquilo el cielo y limpia de negras humaredas: era la *Metrópolis* blanca.

Las grandes ciudades del mundo moderno son creaciones del desenvolvimiento industrial. Sólo Roma ha entrado siempre grande, materialmente grande, en la vida contemporánea, sin menester de altos hornos y telares; pero Roma fue toda la civilización durante muchos siglos, y el flamero de un mundo que alumbraba tierras de tres continentes; es la heredera de un imperio mundial, cuyo espectro solo, basta para hacerla grande y conservarla inmortal en su augusta magnitud. La ciudad moderna, merecedora del nombre de *Metrópolis*, ha tenido como arquitecto el brazo industrial; en ella se han aglomerado las masas proletarias y las fábricas se han extendido como colmenas, derribando las viejas murallas y rebasándolas, elevando los bosques de chimeneas sobre el espacio, donde se levantaban los vetustos torreones; en sus recintos trepidan las máquinas, y el crepitar de los fuegos arroja columnas de humo que en airones se unen y funden en el cielo, tejiendo el palio negro en donde se filtran desteñidos los rayos del sol; un velo patinoso cubre las paredes de las casas, altísimas como las vie-

jas torres de la Mesopotamia, y el aire apenas baja hasta las calles. Son las ciudades tentaculares que absorben la sangre pura de los campos, las de los líricos lamentos de Verhaeren:

«O ces villes! ces villes!
 Qui s'étalent, la bas, comme des tas inmondes,
 De pienvres violentes ou douces;
 Dont les bouches et les ventouses
 Sortireraient le sang du mond...»

Con razón, el gran investigador alemán Karl Bücher llama a estas ciudades industriales modernas, ciudades consumidoras de hombres, a diferencia de los campos productores de hombres.

Buenos Aires es la hija de las tierras pampeanas, infinitos campos elíseos en donde la égloga la cantan el rumor de los mares de espigas y de los rebaños de rumiantes; en sus entrañas no arde el fuego de los hornos industriales, ni el ajetreo de los telares la conmueve; vive del dón de las aguas del cielo y de los rayos del sol. La prosperidad conseguida por masas de hombres que se redimían con el trabajo la hizo grande, sin que su paz se viese perturbada por el ulular de los esclavos que en otras sociedades viejas soportan el peso del trabajo creador. En un cielo libre flotan sus nubes claras; suave veladura envuelve la ciudad como si fuese un cendal blanco cuando se nubla el horizonte, y cuando se despeja parece que se escucha la risa clara de los muros limpios.

Las ciudades industriales en Europa y en Norte-América semejan monumentos negros, labrados con el esfuerzo titánico y doloroso de muchas generaciones; evocan misterios, dramas y poesía; las huellas de luchas religiosas, de choques militares, de contiendas políticas, se sobreponen unas a otras, se han visto arrasadas por irrupciones violentas, bárbaras, y han tenido esclavos y sufrido señores. Los palacios señoriales se levantan en ellas junto a templos de soberana belleza y casas miserables; conservan picotas y mármoles cincelados que transfiguran divinidades; sus pobladores lo han sido todo: desde labra-

dores a comerciantes, guerreros, sacerdotes, poetas, dominadores, dominados, míseros, ricos, plebeyos y aristócratas; una larga historia ha operado en ellos la metempsicosis más variada a través de innúmeras generaciones que guardan escritos en pergaminos el recuerdo de gracias, títulos y hechos heroicos. Una vida de constante refinamiento sensibilizó su cuerpo, haciendo sus nervios sutiles y refinados; en sus aristocracias se reproducen los tipos de la estatuaria decadentista, como si el glóbulo rojo de la sangre vieja se hubiese desteñido y corriese lento en las venas.

A la Metrópoli blanca argentina han llegado los hombres como bandadas de pájaros que anuncian la primavera y la resurrección solar. Aunque los cimientos de la ciudad fueron labrados por la espada de los soldados de la conquista española, la mayor parte de los pobladores arribaron sin estruendo; no todos recuerdan su abolengo, y jamás han sentido lo que fue el feudalismo. La Metrópoli es uniforme, como hija del cálculo rápido, sin complacencias estéticas; parece trazada como un vasto campamento que ha tenido que improvisarse para albergar a un ejército numeroso llegado de repente a una llanura; no es antigua, y ya resulta vieja para la gran masa de población.

Los vestigios tradicionales quedan anegados en la inmensidad de los modelados modernos. Todavía hay casas llamadas criollas, pero apenas destacan en el conjunto de la ciudad; quedan desperdigadas entre el gran número de casas de un solo piso, que achatan calles enteras y los edificios con rasca-cielos que se ven en las principales calles. Alguna vez, unos muros oscuros, casi patinosos, de sencillas líneas de Renacimiento, que suelen ser templos o edificios públicos, hacen pensar en los días de la dominación española. El resto de la ciudad es como un tablero de ajedrez sobre el cual se ordenaron las casas.

En los elegantes se ve la indumentaria parisina; en muchas damas, los modelos de Paquin, pero el espíritu de estas

clases está aún muy alejado de las preocupaciones de las viejas sociedades de Europa. No se acentúan las hondas divisiones espirituales de nuestro mundo, a pesar del cosmopolitismo de su población inmigrada; algunas doctrinas internacionales importadas, como el socialismo, tienen escaso arraigo, parecen plantas exóticas de prematura aclimatación; y es que toda energía parece dedicada exclusivamente a lograr la finalidad del enriquecimiento, a apropiarse la riqueza aún libre, antes que plantear el problema del reparto de la ya formada por la cooperación del trabajo humano.

Aquí se ve que las sociedades, por democráticas que sean, difícilmente se sustraen a la necesidad de tener una aristocracia, o por lo menos a impedir su aparición. La aristocracia argentina, sin cartas de nobleza otorgadas por la nación, pero con tradición aristocrática colonial o constituida por la aristocracia territorial del país, no reproduce el tipo cansino de las familias linajudas de Europa. En los círculos aristocráticos de Buenos Aires descuella el tipo de semblante terso, tipo de una raza remozada que hace pensar en los salutíferos efluvios del rastrojo, sana y fuerte como flor de las tierras vírgenes, opulenta en pétalos, aromosa y rosada.

Sólo retrocediendo muchos siglos se encontrarán ciudades cuya magnitud y cuyo origen puedan ser comparadas con la Metrópoli blanca: Alejandría, Antioquía, Bérghamo... Pero Filipo y Alejandro se sirvieron mucho de su espada para elevar y engrandecer ciudades, y no tanto de la paz y del trabajo. El arado y la yunta han hecho la Metrópoli blanca.

Los ensueños de grandeza de los argentinos que ven en Buenos Aires el símbolo de un porvenir esplendoroso, no deben ser calificados como ilusiones infantiles; es propio de todo pueblo joven de marcha ascensional, el no medir los obstáculos de la distancia y del tiempo; el sentir un hondo optimismo, que es confianza en las propias energías y acicate de la voluntad. La fiebre de crecimiento se revela en la vida de la población urbana; aquí se reproduce aquella fase de vida de las sociedades

européas de la era individualista y del desarrollo industrial, en la cual todo era negocio, y no existencia con idealidad moral y estética. Ved una calle de Buenos Aires, la calle preferida por los elegantes, la de la Florida. Parece que nadie se conoce, y la mayor parte de los transeúntes pasean y miran. No se ven tertulias callejeras, grupos de amigos y conocidos, como en otras ciudades de fama mundial; la gente discurre y se ve sin familiaridad alguna. Los coches no transitan por esa calle a las horas de paseo.

Hay muchos extranjeros, pero lo que suena es el español. ¡Y aún pregunta un cronista francés que ha publicado sendos tomos sobre la Argentina dónde está España en Buenos Aires!

*
**

El engrandecimiento de Buenos Aires es paralelo el desarrollo del movimiento emigratorio en Europa. A mediados del siglo XIX se promulgó la ley fundamental; la tiranía y el caudillismo argentino habían recibido un golpe de muerte; la ley constitucional aseguraba los beneficios de la libertad, según su declaración expresa, a los argentinos, a su posteridad y a los hombres del mundo que quisieran habitar el suelo argentino. Esto era la visión clara del porvenir, una orientación perfecta del engrandecimiento nacional. El movimiento emigratorio de Europa tomó como uno de los caminos preferidos el del Río de la Plata.

La estadística, sin especificaciones al principio, revela que en el año 1854, durante el segundo semestre, llegaron 2.524 hombres; en 1855, 5 912; en 1856, 4 672; en 1857, 4 951; en 1858, 4 658; y en 1859, 4.735; es decir, que en seis años arribaron 27.452 inmigrantes.

El número de los inmigrantes, durante el decenio de 1860 a 1869, se elevó a 150.440; durante el decenio de 1870-1879, llegó a 450.015; de 1880-1889, a 1.020.907; de 1890-1899, a 928.685; y de 1900-1909, a 1.964.737 inmigrantes. En total: desde

1857 a 1909, recibió la Argentina un tributo inmigratorio de 4.529.128 individuos.

La corriente no se ha contenido. Las estadísticas anuales registran las siguientes cifras de inmigración: 1910, 289.640; 1911, 225.772; 1912, 323.403.

¿Por qué llegaron tales oleadas de sangre europea? La finalidad que persiguen los emigrantes es económica. No se emigra en la época moderna por huir de persecuciones políticas o religiosas; las masas emigran en busca de su bienestar, que esperan encontrar en los países de destino, y del cual carecen en el país de origen. Las razas más fuertes, de cierta motilidad en el espíritu y en la voluntad, y con alguna preparación para el trabajo, son las primeras en sentir el impulso; después, el contagio alcanza a las sedentarias. A los europeos contemporáneos del descubrimiento de América les deslumbraba el relato de fabulosos países, en donde las pepitas de oro se encontraban fácilmente; el suelo de Europa, ya muy escarbado, no daba eso. Y allá iban, a las colonias adonde les era permitido llegar. Pero en la era de libertad que abrió las puertas de las colonias a los emigrantes, no se hablaba ya de oro; la alquimia que le producía era el trabajo, y América una inmensa retorta, donde la magia era el trabajo, y la piedra filosofal brotaba en campos vírgenes y en forma de espigas y de bíblicos rebaños. Los campos de Europa estaban acotados; las hitas de la propiedad se extendían por todas partes, y los trabajadores del campo no tenían sino lo que los soldados de Gracó: agua y aire. Dejando atrás la tierra natal oprimida por las supervivencias feudales, llegaban los emigrantes a tierra americana. Y era Buenos Aires la estación de llegada, el pórtico de campos inmensos que esperaban el brazo del trabajador para comenzar a producir. En la fantasía del emigrante se mezclaban las confusas leyendas de la América del oro, de los bosques y de los indios, con las nuevas perspectivas de tierras libres, de fortunas rápidas, de siervos que se transfiguraban en señores... Y de todas partes acudían hombres. Italianos,

españoles, franceses, rusos, austriacos, asirios, ingleses, alemanes, suízos, belgas, portugueses, holandeses, daneses, americanos del Norte, suecos. Con propiedad ha podido decirse que, así como la suspensión durante una sola noche de la corriente del *Gulf Stream* sería suficiente para hacer desaparecer toda la vegetación de las Islas Británicas, también la suspensión de la corriente inmigratoria que fecunda el territorio argentino sería suficiente para matar el progreso de la República Argentina.

El mayor contingente de inmigración está representado por los hombres de estirpe mediterránea. Españoles e italianos ocupan el primer lugar. En 1912 entraron los españoles en número de 165.662; los italianos sólo llegaron a 80.583; siguen después los rusos, en número de 20.832; los turcos, en 19.792; los austro-húngaros, en 6.545; los franceses, en 518; portugueses, en 4.959; alemanes, en 4.337; griegos 3.375, y de otras nacionalidades en número muy inferior.

Y aún pregunta M. Jules Huret: «Où est l'Espagne?»

Así ha crecido Buenos Aires. El 31 de Diciembre de 1912 ascendía su población calculada a 1.428.042 habitantes; en igual fecha del año anterior se apreciaba en 1.360.406; en un año, pues, creció la población de Buenos Aires en 67.636 almas, que representan un aumento relativo de 4,9 por 100 anual. Otras grandes ciudades de Europa y de América no alcanzan desarrollo tan intenso. Chicago tiene un aumento relativo de 2,6 anual; Berlín, 1,1; Viena, 2,4; Río Janeiro 3,7; Hamburgo, 2,7; Munich, 3,0; Colonia, 4,2.

Es un ejército de brazos el representado por los inmigrantes. Las cifras más elevadas corresponden (en 1912) a jornaleros, que llegaron en número de 113.403; los agricultores, en número de 64.896; después vienen los comerciantes, en número de 10.000; albañiles, 3.015... La cifras bajan considerablemente en otras profesiones. Son los campos los que atraen, los campos, de cuyos frutos se alimenta la Metrópoli blanca.

¿Cómo se agrupan los elementos inmigrados en la Repúbli-

ca junto a los indígenas? Los inmigrados se distribuyen entre la capital federal, las provincias y los territorios nacionales. Por este orden se distribuyeron los contingentes de inmigrantes de mayor importancia en 1912:

De 75.384 españoles, se colocaron en la capital 1 548; en provincias, 67 834; en territorios, 6.002. El grupo de 26.070 italianos se distribuyó en 106 24 349 1.615, respectivamente; el grupo ruso, de 13 092 en 103, 11.651, 1.338; el austro húngaro de 2.828 en 23, 2.415, 390; el alemán, de 2 468 en 17, 2 022, 429; el portugués, de 1.916 en 10, 1.750, 154; el turco, de 1.900 en 82, 1 668, 150; el francés, de 854, en 22, 781, 51, etc.

La penetración más extensa e interna es la española; la italiana es más aparente que real, porque tiene más carácter de inmigración temporal. Durante las fiestas Mayas se veían por todas partes en Buenos Aires flamear variadas banderas nacionales, pero las que se destacaban más por su número, entre las extranjeras, eran las españolas en pequeños y grandes comercios. También en medio de la soledad de las pampas aparece el español en el sencillo lediche sirviendo mercancías a través de las rejas...

Por fin, el curso de 1909 enseña que la población urbana de Buenos Aires, compuesta de 1 231.698 habitantes, encerraba 670 mil argentinos; los demás vinieron en la bandada migratoria.

...Y la Metrópoli blanca sigue hablando en español.

VICENTE GAY

Buenos Aires, Julio de 1914.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—HISTORIA: La agonía de un emperador.—BELLAS ARTES: La psicología del placer musical.—EXÉGESIS: Dificultades escépticas.—FILOSOFÍA: Verdades inaccesibles y formas ignoradas del conocimiento.—RELIGIÓN: San Francisco de Asís.—IMPRESIONES Y NOTAS: Origen de las imágenes simbólicas.—Los sentidos de los ciegos.—El paraíso de la fruta.—Las mujeres en las Universidades alemanas.—Donativos americanos.

HISTORIA

LA AGONÍA DE UN EMPERADOR.—La biografía del célebre cirujano alemán Ernesto de Bergmann, por Arend Buchholz, de Leipzig, ha vuelto a fijar la atención pública en la enfermedad de Federico III, el Noble, que sólo reinó noventa y nueve días. En esta biografía figuran cartas de Bergmann a su mujer, que se refieren a los sufrimientos y al tratamiento del simpático emperador.

Esas cartas empiezan en el momento en que Federico III tuvo que sufrir la operación de la traqueotomía; no son un simple relato, como dice Enrique Welschinger, sino una violenta acta de acusación contra el doctor inglés Morell Mackenzie, que en 1887 había sido llamado a Berlín para examinar la laringe del príncipe, y revelan la desconfianza, los celos y la hostilidad de los médicos alemanes contra el especialista inglés, que gozaba de la confianza de la princesa Victoria, esposa del enfermo.

Federico, siendo príncipe heredero, había obtenido la esti-

mación y el afecto de amigos y enemigos, por su bravura, su sencillez y su generosidad: sajones, bávaros, vurtembergueses y badenses, le llamaban, lo mismo que los prusianos, «nuestro Fritz»; los franceses mismos reconocían sus altas cualidades, y en todas partes era popular. Hubiera querido ser el príncipe de la paz; pero las circunstancias le obligaron a distinguirse en la guerra, que procuró dulcificar todo lo posible.

Prescindiendo de los comienzos de su enfermedad, que empezó por una ronquera contraída en el invierno de 1886, a la que se prestó al principio poca atención, el príncipe imperial, confiado a los cuidados del Dr. Mackenzie, tras un corto viaje por el Tirol y Venecia, de vuelta de una excursión a Escocia, se instaló en San Remo, en la villa Zirio. El 3 de Noviembre Mackenzie fue llamado a toda prisa de Londres, por haber aparecido una nueva hinchazón en la cuerda vocal derecha de la laringe del kronprinz. El enfermo le preguntó en seguida:—¿Es un cáncer?—Siento decir, contestó gravemente el médico, que tiene la apariencia de ello; pero es imposible asegurarlo.—Es lo que he temido hace tiempo, dijo el príncipe muy tranquilo, y os agradezco, Sir Morell, vuestra franqueza.

Para apreciar la energía del enfermo, hay que fijarse en que acababa de oír algo más que una sentencia de muerte, pues nada hay más espantoso que la lucha de una vigorosa constitución contra el progreso lento y sin tregua de una enfermedad que roe la vida poco a poco en medio de dolores horribles. Tras una consulta en que figuraron Schrötter, Krause y Hovell, se confirmó la existencia del cáncer. Mientras los médicos discutían el caso, supieron que el Dr. Moritz Schmidt había llegado a San Remo, encargado por Guillermo I de informarle sobre la enfermedad de su hijo. Por la noche, el príncipe Guillermo (emperador actual), que acababa de llegar, quiso ver y oír a los médicos consultantes, y al día siguiente se celebró nueva consulta, a presencia del Dr. Schmidt. Un breve boletín, destinado al emperador, afirmaba el carácter canceroso de la enfermedad, y luego, Schrötter, ante la prin-

cesa imperial, hizo conocer al príncipe la gravedad del mal. El príncipe recibió la comunicación de pie, sin mostrar la menor emoción, e hizo saber algún tiempo después que se oponía a la ablación de la laringe, aunque consintiendo, si era preciso, en la traqueotomía. Los médicos se comprometieron a no divulgar el secreto de la enfermedad, quedando en que Bergmann se encargaría de la operación, a menos de que tuviera que hacerla por urgencia el que estuviera de servicio.

A pesar del juramento del secreto, el boletín destinado al emperador se publicó en el diario de la corte, *Reichsanzeiger*, sin que jamás se haya sabido si esta publicación fue producto de un error o de una decisión de Estado. Durante una corta ausencia de Mackenzie, el Dr. Bramann examinó la lengua del enfermo y lo hizo muy mal.—Veo, se vió obligado a decir Sir Hovell, que el doctor no tiene costumbre de servirse del laringoscopio.—«Sí, usted lo ve, observó el príncipe, pero yo lo siento.» Cuando Mackenzie volvió, el príncipe se quejó a él de que el Dr. Schmidt se hubiera permitido dar una conferencia en Frankfort, en la que había declarado que Su Alteza Imperial sufría una enfermedad de origen contagioso. Un mes después, habiendo expectorado el príncipe un largo fragmento de tejido de laringe, su estado pareció bastante grave para que Mackenzie se resolviera a no dejarle ya ni un momento, y aquí entran ya las fases dramáticas de la enfermedad del príncipe.

Mackenzie, en presencia de Krause y de Hovell, observó una nueva excrescencia en la cuerda vocal; Bramann, que quiso examinar por sí mismo la laringe, hundió brutalmente el espejo en la garganta del príncipe: la hinchazón aumentó y la traqueotomía se impuso. Schrader y Bramann querían, sin embargo, que se esperara todavía, «pues haría mal efecto en Berlín que la operación no fuese hecha por Bergmann»; Mackenzie objetó que la vida del príncipe estaba en peligro inmediato. Consultado el enfermo, aceptó que le operasen con el cloroformo exigido por Bramann. El 9 de Febrero de 1888, a las tres, la tráquea fue abierta por Bramann, muy a la derecha

de la línea media, y el cirujano colocó en la abertura un tubo ancho y largo, de tales dimensiones, que debía fatalmente ofender la tráquea en la pared posterior; el príncipe, que al principio había quedado satisfecho de la operación, se asombró de no sentir alivio: tenía frecuentes quintas de tos, y expectoraba moco sanguinolento. Llegó Bergmann, y Mackenzie propuso en seguida el empleo de un tubo más corto, pues el otro aplastaba los anillos de la tráquea y destruía los tejidos; Bergmann se opuso rotundamente, lo mismo que Bramann.

El 12 de Febrero, Bergmann da a su mujer noticias del estado del príncipe; según ellas, el 9, Mackenzie excitó a Bramann a que hiciera sin retraso la operación. El enfermo sufría, efectivamente, un ahogo extraordinario. Bramann telegrafió a Bergmann; pero el telegrama se retrasó cuatro horas, y Bramann tuvo que operar a las tres; Mackenzie, Krause y otros protestaron contra el empleo del cloroformo, y la kromprinzessin declaró que «bajo ningún pretexto dejaría dar el cloroformo». «En ese caso, replicó Bramann, yo no operaré, y ruego a uno de estos señores que practique la operación.» El príncipe decidió: «Operadme en seguida, dijo a Bramann; me entrego en vuestras manos, operadme como os parezca mejor.» En veinte minutos todo quedó terminado. Mackenzie palideció, y estuvo a punto de caerse, teniendo que beber un vaso de vino para reponerse. Todos felicitaron a Bramann, pero la princesa mostró su descontento por haber empleado el cloroformo. Bergmann le dijo que hubiera sido criminal no hacerlo.

El día 13, Bergmann escribe una carta más precisa; en ella acusa a los tres médicos por no haber operado con más oportunidad; Mackenzie tuvo alejado a Schreder lo más posible. El comandante Kend tuvo que amenazarle con un consejo de guerra, si no hacía llamar a Bramann inmediatamente, y esto le puso desesperado. Krause se quejaba de que no le hubieran llamado antes, pues venía insistiendo en ello desde hacía quince días. Bramann no es responsable de haber operado con cloroformo, contra la opinión de todos los demás, pues había de-

clarado que no operaría sino con cloroformo. Krause no trató siquiera de sujetar la cabeza, sino que la dejó caer a la primera incisión, y Mackenzie confiesa que durante la operación estaba más muerto que vivo. Bergmann se muestra orgulloso de Bramann; pero no comprende que el príncipe heredero de Alemania haya sido operado por un médico de segundo orden, y reconoce que aquellos médicos, en tiempo de Federico el Grande, hubieran expiado su culpa con la horca.

El 14 de Febrero hubo una gran consulta, a la que ya asistió Bergmann. Mackenzie traía una cánula más estrecha, y pretendía usarla en lugar de la de Bergmann. El antagonismo de las cánulas produjo una escena dramática, pues cada médico abogaba por la suya, y el enfermo y su pobre esposa tenían que sufrir las consecuencias de aquella lucha técnica; el príncipe dormía; luego tosió violentamente y casi se ahogó al arrojar un esputo sanguinolento que le arrancó el roce del tubo de Bergmann, sin que nadie se atreviese a aplicarle el tubo que pudiera aliviarle (porque no era un tubo alemán); y porque Mackenzie examina la laringe durante su turno de velada, Bergmann, Schrader y Bramann se pican, acusándole de falta de cortesía profesional.

La lucha técnica sigue, sin que el príncipe mejore, hasta que el 20 de Febrero Bergmann recibe un telegrama de los emperadores autorizándole a obrar como mejor le pareciera. Ese día, Bergmann permite a Mackenzie el empleo de su tubo; desgraciadamente, la herida hecha por el tubo alemán no dejaba estar horizontalmente el nuevo tubo que irritaba la parte anterior de la tráquea; Bergmann creía en un cáncer de los pulmones, en contra de la opinión de Mackenzie, y quiso recoger el parecer del profesor Kursmaul, de Strasburgo. El día 13 de Febrero, Bergmann tuvo una conferencia particular con la kronprinzessin, y en ella fue aceptada la intervención de Kursmaul. Mackenzie se había visto obligado a reemplazar su tubo por el de Bergmann, consignando que lo que impedía el uso del tubo en ángulo recto es que la tráquea había sido

abierta torpemente a la derecha de la línea media; Bergmann quedó encantado del fracaso de Mackenzie. ¡Tristes rivalidades profesionales, en las que, más que la salvación del enfermo, importa el triunfo del amor propio!

Kursmaul no había encontrado ni apariencia de cáncer en los pulmones, contra lo que Bergmann opinaba. Mientras el cirujano alemán acusaba a Mackenzie, su colega Schrader, que no conocía bien el uso del tubo, lo manejaba tan torpemente, que el príncipe tuvo que escribir en un pedazo de papel: «Enviad por Novell.» Este, en efecto, puso bien el tubo y alivió al paciente. Para vengarse, Schrader hizo notar a Novell que se descuidaba en el tratamiento antiséptico, y que en Alemania se exponía a tres meses de cárcel. El enfermo se enteró, y dijo sonriendo: «Si envían a Novell a la cárcel, habrá que mandarme a mí también.» Entretanto, se supo que Bergmann había escrito a Berlín, que el príncipe imperial no podía vivir más de quince días; indiscreción que, unida a la conducta que Bergmann tenía con Mackenzie, hizo que el 27 de Febrero la kronprinzessin le rogara que se apartara del enfermo por algún tiempo, pues Mackenzie quería experimentar su método contra la pericondritis sin que él estuviese delante. Hubo, con este motivo, una tregua en la lucha profesional, y así siguió el pobre enfermo siendo víctima de aquellas tristes rivalidades, hasta la muerte de su padre y su proclamación como emperador. Su entrada en Berlín, a las once de la noche del 11 de Marzo, en medio de una tempestad de nieve, fue conmovedora. El nuevo emperador bajó del coche con paso firme, y al cruzar el vestíbulo, habló con el embajador de Inglaterra y con otros grandes personajes. Mackenzie había quedado de médico de cabecera y sus cuidados habían logrado aquella mejoría. Los médicos alemanes estaban indignados y Mackenzie recibía anónimos en que se le amenazaba de muerte si no se retiraba antes del 17 de Marzo, pues un emperador alemán no debía ser cuidado sino por doctores alemanes. La misma *Gaceta de Colonia* había declarado que Mackenzie no se atrevería a salir

a la calle, «porque el pueblo le haría pedazos o le lapidaría». Mackenzie no hacía caso, pero el implacable mal proseguía y la tráquea se caía a pedazos.

A pesar de sus sufrimientos, Federico III estaba consagrado al cumplimiento de sus deberes de soberano. Su admirable proclama al pueblo alemán fue recibida con aplauso por todos, y de todos lados se elevaron plegarias por la duración de su reinado. El emperador quería asistir a los funerales de su padre, pero Mackenzie se opuso con energía para evitarle emociones peligrosas, y Federico III se sometió, conformándose con ver pasar el cortejo fúnebre desde la ventana de su palacio. Quería conservar las pocas fuerzas que le quedaban para cumplir su misión, y no permanecía ni un momento ocioso. La emperatriz le cuidaba con ternura; sabía que le gustaban las flores, y ella las disponía con gracia y gusto exquisitos; el pobre soberano, que no podía agradecerlo con la voz, agradecía con las miradas los cuidados que se le prodigaban.

Los enemigos de Mackenzie no cejaban en su campaña. La prensa le era cada vez más hostil. Le acusaban de llamarse Moritz Markovicz, y de ser hijo de un judío polaco. En la noche del 11 al 12 de Abril, el estado del emperador pareció agravarse, hasta el punto de que Mackenzie invitó a Bergmann a entenderse con él; los doctores Krause y Wagner habían decidido, de acuerdo con Mackenzie, ensayar un tubo más corto; pero antes de hacerle el médico inglés, quiso conocer la opinión de Bergmann, que disfrutaba de toda la confianza de las clases oficiales. Bergmann llegó muy excitado; apenas escuchó a Mackenzie, hizo sentar al emperador enfrente a la ventana, desató rápidamente el cordón que tenía el tubo corto, lo sacó y quiso meter a la fuerza en la laringe un tubo preparado por él; el tubo penetró mal y el aire no pasó. El emperador tuvo un acceso de tos y una hemorragia considerable.

Sacado el tubo, Bergmann metió el dedo en la llaga y provocó accesos de tos más fuertes y nueva hemorragia. Entonces llegó Bramann, y cogió un tubo mediano que pasó a la tráquea

fácilmente. El emperador siguió tosiendo y perdiendo sangre durante dos horas. En un momento de calma preguntó a Mackenzie: «¿Por qué Bergmann me ha metido el dedo en la llaga?—Señor, lo ignoro.—Pues bien; espero que no le dejará usted hacer más operaciones.—Después de lo que he visto, señor, debo decir respetuosamente a Vuestra Majestad que no podré tener el honor de cuidarle si el profesor Bergmann es autorizado otra vez para tocar vuestra garganta.

En las cartas de Bergmann, éste se atribuye haber preservado de la muerte al emperador por la introducción de una cánula, quejándose además de los ataques de Mackenzie y pidiendo a la emperatriz que le borre de la lista de los médicos de cámara, lo que en efecto se hizo, sustituyéndole el profesor Bardeleben.

A pesar de las negativas de Bergmann y de la *Kölnische Zeitung*, el estado del enfermo se agravó: se formó un absceso en la delantera de la tráquea, en el punto mismo en que Bergmann había obrado tan brutalmente con el tubo. El mal tomó un giro tan peligroso, que Mackenzie se creyó en el deber de informar al emperador de la necesidad de ocuparse de las disposiciones supremas. Federico III le dió las gracias, y mostrándose como ejemplo a su hijo el príncipe Guillermo, le dijo: «Aprende a sufrir, sin quejarte nunca.» Unos días después entregó al capellán de la corte estas palabras, escritas con su mano: «No roguéis por mi curación, rogad por mi salvación.» La emperatriz seguía dando admirable ejemplo de abnegación y de ternura. Ella era su enfermera, desempeñando sus funciones con destreza y bondad sin igual. «¡Cuántas veces la he visto—decía Mackenzie,—después de enjugarse los ojos en la antecámara del emperador, venir a él con cara sonriente, llevando un rayo de luz a aquella cámara de suplicios, expulsando el dolor y la fatiga que oscurecían las facciones del pobre enfermo!» Le rodeaba de flores, le hacía oír cánticos, dejando entreabierta una puerta de la sala que daba al music-hall, y no omitía medio para aliviar sus penas. Algunos pa-

seos en coche por el parque, la inspección de tres regimientos de la guardia, una visita al mausoleo de Charlottenburgo, fueron los últimos actos de energía física del príncipe. Hubo que apelar a la sonda esofágica para la alimentación, y el peligro de muerte se hizo inminente.

Entonces fue cuando el príncipe de Bismarck quiso saber por Bergmann si el emperador podía todavía durar mucho. A Bismarck le preocupaba la situación de Federico III, por no considerarse en condiciones de seguir a su lado si su salud se consolidase. Es interesante el párrafo que Bergmann dedica en sus cartas a su conversación con Bismarck: «Tuve—dice—una conversación de una hora con este hombre prodigioso. Me expuso cuánto consideraba deber de conciencia y de convicción el someterse a su emperador y cuánto compadecía sus duros sufrimientos. Se había trazado límites estrictos en ambos sentidos: en su sumisión entendía llegar hasta el extremo, pues veía en su emperador el amo que Dios le había dado, y cuyos deseos quería ejecutar en lo que su conciencia y su mentalidad alemana le permitían; por otra parte, no debía sacrificar enteramente sus fuerzas, porque pensaba que podían ser útiles al sucesor; pero se sentía agotado cada día que le retenía el emperador Federico; en consecuencia, quería saber el tiempo que eso podría durar.» Bergmann profetizó que aquél duraría desgraciadamente poco; a partir del 13 de Junio, la emperatriz no abandonó un momento al enfermo. Al ver a Mackenzie, la mañana misma de su muerte, oprimido por un enfriamiento, le pasó ligeramente la mano por el pecho y le miró con profunda simpatía, demostrándole así su sentimiento por verle sufrir también. A las once de la mañana sus ojos se quedaron fijos, la respiración se detuvo: todo estaba acabado. «Hasta el último momento el emperador había cumplido su deber, había sufrido sin quejarse y estaba pronto a ver a Dios cara a cara.»

BELLAS ARTES

LA PSICOLOGÍA DEL PLACER MUSICAL.—Se puede llegar por
E. M.—Agosto 1914.

dos caminos diferentes—dice en la *Revue de Hongrie* Julio Foder—a la creación de una obra de arte, lo mismo que al placer estético que nos proporciona: el primero es un camino directo o inmediato; el otro es una vía extraviada, susceptible de dar la vuelta de multitud de modos. Supongamos dos individuos que quieren gustar una obra de arte, simplemente por el placer que la obra da o ya para juzgarla estrictamente. Imaginemos luego un escultor ante su modelo. El objeto que se trata de imitar, mano humana, gracioso lebrél o grupo de luchadores, presenta al artista cierto número de superficies: planos rectos y curvos, grandes y pequeños, tranquilos y agitados; superficies que llegan a ponerse en contacto y otras que están a punto de separarse. El artista observa las manifestaciones de vida de esas superficies, sus esfuerzos para ponerse en evidencia, sus luchas; y después de haber recogido estas observaciones, las arregla en su imaginación creadora en cierta unidad artística, según sus disposiciones individuales, su habilidad y sus aptitudes; la mano del escultor, como por efecto de un poder mágico, traduce en una obra real la imagen de su fantasía.

Acabada la estatua, se la expone en un salón cualquiera. Allí su vista impresiona a un visitante, a quien llamamos el Sr. Absoluto, un poco escultor, a cuyas miradas la obra no presenta de nuevo más que una serie de superficies, puestas en determinada relación para producir un efecto armonioso; se hace abstracción de lo que la estatua representa, se ignora todavía el asunto. Otro visitante, el Sr. Intelectual, se detiene a su vez ante la obra: jamás se ha ocupado del problema de la distribución de la luz y de las sombras; ignora igualmente que el artista ha tenido en cuenta la naturaleza de la materia empleada. El Sr. Intelectual tiene tras de sí un pasado que le ha dejado cierto número de recuerdos; algunos de éstos, inconscientes o no, se han agrupado en torno de aquella estatua de mujer, que es precisamente la razón del placer que experimenta; mira luego el catálogo de la exposición, y se entera de que

la estatua representa a Danae, seducida por Júpiter en forma de lluvia de oro, y esta revelación da otro giro a las ideas del Sr. Intelectual, despertando otra serie de imágenes en su cerebro.

He aquí las dos especies de notas que abren el acceso a una obra de arte. El primer camino nos lleva al placer absoluto, al sentimiento agradable que hace nacer en nuestra alma lo bello independientemente de todo otro fenómeno, el placer que ofrece el objeto en sí y por sí mismo. El otro es un camino que lleva a quien le sigue a no ver en la obra de arte sino un símbolo que traduce al principio su lenguaje propio. En el primer caso, el espectador goza de lo que le ofrece la obra misma; y en el segundo, de lo que le añade de su propio fondo.

Todo esto se aplica al placer que nos proporciona una obra musical. Hay pocas personas que estén en condiciones de apreciar directamente la música. Toda obra musical se compone de tonos; el compositor dispone de cierto número de instrumentos que le suministran cierta cantidad de tonos diferentes en intensidad, altura, timbre, etc. Los tonos simultáneos constituyen una armonía; los sucesivos, una melodía. El arte musical consiste precisamente en formar con uno o varios trozos melódicos un conjunto determinado, que constituya la obra musical. Foder cita, para que se comprenda mejor su teoría, las explicaciones que Geza Zagon da con motivo de una sonata de Beethoven (Op. 10, 2. Allegretto):

«Es imposible—dice—no gustar el modo fino, y al mismo tiempo natural, de que usa este gran maestro para desarrollar su pensamiento y conocer su unidad por medio del retorno de la frase uniforme. Esta vuelve, en efecto, revestida de forma completamente nueva y en circunstancias diferentes. Sólo está subida dos octavas; la mano izquierda imita el tercero y cuarto compás del tema; en seguida el tercer compás figura constantemente en el acompañamiento del bajo.»

Hablando del *Trio*, dice: «Aquí se ve claramente la significación que puede tener una armonía en sí misma y por sí

misma, abstracción hecha de toda relación con otras armonías, pero considerada en sí y como un fin propio. En efecto; la línea que sigue la melodía apenas cambia de situación horizontal; sólo en la segunda mitad de la frase es cuando toma algún impulso, y se muestra algo movida.»

He ahí el placer absoluto que produce una obra musical: un goce puramente intelectual, análogo a la satisfacción del matemático, del sabio, del jugador de ajedrez, etc. Para el músico, que la disfruta, toda composición es la solución de un problema. Hay pocas personas en estado de experimentar esa especie de placer absoluto, y hay que buscarlas entre los músicos de profesión. Lo que les interesa en una obra musical es exclusivamente *su valor musical propiamente dicho*; es decir, las combinaciones armónicas inusitadas, las nuevas formas, la mezcla particular de tonos, etc. No comprenden que una obra musical deba representar ni significar nada más.

Acompañemos ahora a un oyente con cierta instrucción, pero no iniciado en los misterios del arte musical. ¿Cómo disfruta de la *Quinta Sinfonía*, de Beethoven? El jefe de orquesta sube al estrado y da la señal a los músicos. El oyente en cuestión, desde el momento en que se dice: «*Quinta Sinfonía, de Beethoven*», siente afluir a su cerebro una ola sanguínea con el recuerdo de impresiones e imágenes que producen una especie de plétora artística: la existencia infortunada de Beethoven, sus decepciones, sus vanos esfuerzos para alcanzar la dicha por la posesión del objeto amado, su mérito desconocido; sus luchas, la miseria en que vivió, la pérdida del oído, etc., todo eso hace vibrar en su corazón toda la gama sentimental. En aquel momento la orquesta entra en juego; nuestro hombre se acuerda de pronto de que, según cierta tradición, Beethoven mismo había dado como explicación de los cinco primeros compases de aquella obra: «la suerte llama así a la puerta», origen del nombre con que se la designa: la *Sinfonía del destino*. No se necesita, en efecto, gran imaginación para considerar los cinco compases iniciales como otros tantos formidables pu-

ñetazos que retumban como dados en una puerta de bronce. Es, sin duda, el destino, que golpea así en las puertas de la vida. Luego la *Quinta Sinfonía* significa la lucha de un héroe contra el destino. La imagen del destino hace surgir actualmente las de la fatalidad, la nada, la muerte. Yo también, se dice nuestro oyente, amo apasionadamente la vida, y, sin embargo, tendré que morir, y lo mismo sucederá a cuantos amo. El oyente da una forma concreta a la idea del destino, y ve un hombre mezquino luchando con un monstruo de desmesurado tamaño y armado de todas armas; el hombre débil tiene al principio las facciones de Beethoven, pero al cabo de algún tiempo ocupa su puesto el oyente mismo. Luego viene la imagen de la lucha fatal; es una situación desesperada la de aquella pobre criatura luchando contra un gigante. En tanto, la orquesta repite sin cesar los mismos golpes terribles, que despiertan siempre la misma serie de imágenes. Nuestro hombre acaba por elevar en torno suyo, por la asociación de las ideas y la autosugestión, toda una construcción fantástica, de enormes dimensiones, en el fondo de la cual su pobre *yo*, mezquino y espantado, se ha desvanecido completamente. La primera parte va a terminar: la lucha se ha interrumpido sin desenlazararse. La orquesta ataca la segunda parte; ésta empieza por una cantilena dolorosa, ejecutada por los violoncellos, que expresa un profundo sufrimiento. El oyente identifica la frase arrastrada con la lentitud de la marcha. Las semicorcheas picadas alternando con las fusas, así como las desigualdades de compás entre los diversos planos de la línea de melodía, se confunden en su espíritu con el ritmo de pasos lentos y arrastrados, y eso basta para hacer surgir en su cerebro la imagen de un hombre afligido, cuya marcha fatigada revela el estado de su alma.

La melodía presenta, además, un carácter sombrío, por ser las dominantes las notas profundas. Esta imagen, por su contraste con la luz, despierta, naturalmente, ideas de negrura, de luto y, por lo tanto, de aflicción y sufrimientos. Después

de la lucha, áspera y mortal de la primera parte, la melodía comienza con una impresión de tristeza. Aquello no puede ser más que un canto fúnebre, es el canto de cisne de Beethoven, que precede al instante supremo.

La tercera parte de la sinfonía sigue en el mismo tono; pero en la cuarta, la lucha se renueva, se asiste a un conflicto terrible con un poder misterioso y espantable. ¿Cómo revela eso la música? Por la misma frase ritmada, que se repite constantemente en el bombo, aunque en intermitencias que hacen pensar en estocadas formidables. Parece la lucha entre el destino y la muerte. Y así se llega al final; el ritmo de esta parte es el de una marcha militar, a la que se asocian inmediatamente ideas de alegría, de felicidad, de victoria. El oyente se persuade de que la lucha ha terminado por la derrota del destino, de la muerte, de la nada. Beethoven, es decir, el oyente, triunfa y siente así la impresión del bienestar físico. La música cesa, la autosugestión se desvanece, y nuestro hombre sale de la sala de concierto con viva sensación de alivio.

Tal es el placer musical obtenido por el intelectualismo. La música lo produce como las demás artes; pero con más intensidad, pues siendo el arte que menos trabas pone a la libre asociación de imágenes, facilita más la relación de las ideas personales con las sugeridas por la audición. Considerando atentamente este placer, se distinguen en él tres fases diferentes: la primera es la percepción por el oído de la obra musical; la segunda consiste en que las reminiscencias y la facultad imaginativa suscitan cierta serie de sentimientos y sucesos que acompañan a la simple audición; en la tercera se experimenta cierto goce, provocado por una especie de visión o de sueño en que se sumerge el alma, por el éxodo de nuestra fuerza, de los límites que la cierran ordinariamente, o por el paso de las sensaciones inconscientes al estado de conciencia.

Muchas personas no van más allá de la primera fase de la percepción auditiva; la música no les dice nada, no les interesa, les aburre. Más numerosos son los que gozan escuchando la

música, pero son incapaces de darse cuenta del modo con que se produce en ellos ese efecto. El tercer grupo se compone de sujetos apropiados, en cuyo sistema nervioso existe una asociación consciente y completamente desarrollada entre el placer musical y el resto de los fenómenos del medio ambiente.

No hay necesidad de ser inteligente o de practicar la parte técnica de la música para experimentar vivo placer en la audición de una obra musical. Las dos especies de placer musical no existen jamás en realidad como tipos completamente independientes.

EXEGESIS

DIFICULTADES EXEGÉTICAS.—El culto profesor David Smith resuelve, en *The British Weekly*, tres dificultades exegéticas que le han sido propuestas, y de las que da cuenta Ignacio Rivera en *Bilychnis*.

Las dificultades se refieren: la primera, al hecho de la fuga de Jesús a Egipto, que sólo es citada por San Mateo (II, 13), y que por los hechos concomitantes tendría cierto carácter mítico. La segunda se refiere a la degollación de los Inocentes, no recordada por ningún historiador del tiempo. La tercera, a la evidente contradicción de los evangelistas sobre los hechos subsiguientes al bautismo de Jesús; pues mientras San Mateo, San Marcos y San Lucas declaran que fue conducido inmediatamente al desierto para ser tentado, y que el período de las tentaciones duró cuarenta días, San Juan nos presenta a Jesús tres días después del bautismo en las bodas de Caná.

La primera dificultad, según Smith, es una divergencia real entre los dos evangelistas, incompatible con la teoría de la inspiración, pero que no por eso invalida la veracidad del relato evangélico.

Al trazar la historia de estas divergencias, frecuentes en los evangelistas, los exégetas están dispuestos a recibirlas en su entero valor histórico, viendo en ellas una prueba más de la

autenticidad de los evangelios. Uno de los resultados adquiridos por la crítica, es que mientras San Lucas refiere las tradiciones, recogiénolas de los labios de los cristianos gentiles; mientras San Mateo presenta la conservada en Jerusalén, la omisión de San Lucas de la fuga a Egipto es una circunstancia que no implica contradicción, sino olvido o desconocimiento, y puede confrontarse con el silencio de las Actas de los apóstoles sobre la retirada de San Pablo a Arabia después de su conversión.

Por lo que hace a la degollación de los Inocentes, San Mateo es la única autoridad que lo afirma. Pero toda nuestra cultura histórica sobre el reino de Herodes deriva únicamente del historiador Josefo, y éste tenía dos razones para omitir el incidente: una, la de que en su obra procura con empeño evitar todo lo que afecta al Cristianismo para apartar al pueblo hebreo, al que pertenece, de la secta herética y perseguida; y otra, la de que la degollina de unas docenas de niños en un reinado salvaje, lleno de atrocidades, apenas era digna de la atención del historiador, mucho más de un historiador que tenía su interés en ocultarla.

Por lo que hace a la tercera dificultad exegética, no presenta una discrepancia real. Según tradición antiquísima de la Iglesia, el evangelio de San Juan es sólo supletivo con relación a los demás evangelios, especialmente por lo que hace al ministerio de Jesús en Judea, que los otros han omitido casi completamente. Sólo olvida los acontecimientos del bautismo y de la tentación, ya oportunamente recordados por sus predecesores (Mat. III, 13; IV, 11; Marcos I, 9-13; Luc. III, IV, 13); empezando su narración con la manifestación del Mesías en Israel. El tercer día no está calculado desde el bautismo de Jesús, sino desde su partida del desierto.

Así queda demostrado una vez más que todas las aparentes contradicciones, divergencias y disparidades, que se notan en los relatos de los evangelistas, son fácilmente explicables y constituyen un argumento más en pro de su autenticidad, pues

nada hubiera sido más fácil que ponerlos de acuerdo, no ya en el fondo, sino hasta en la forma.

FILOSOFIA

VERDADES INACCESIBLES Y FORMAS IGNORADAS DEL CONOCIMIENTO.—Es cosa admitida desde hace siglos, y Gustavo Le Bon la afirma una vez más, que no conocemos del mundo sino las impresiones que produce en nuestros sentidos, y no la realidad misma. Nuestro conocimiento se realiza por un mecanismo especial, la comparación, que consiste en establecer una relación entre cosas, de las cuales, una por lo menos es conocida por comparaciones anteriores. Un objeto enteramente nuevo, aislado en el tiempo y en el espacio, y que no puede compararse con nada, estaría fuera de la esfera de nuestro entendimiento; ni siquiera es *pensable*, y no sería accesible sino a una inteligencia construída sobre distinto plan que la nuestra.

Las relaciones de las cosas, y no las cosas mismas, son, pues, las únicas realidades accesibles. La asociación del espacio y del tiempo ha creado la Cinemática, o ciencia de las velocidades; la fuerza combinada con el espacio, la Dinámica; la asociación de la fuerza, del espacio y del tiempo, la Mecánica. Prácticamente, estas asociaciones son muy útiles, pero no nos dicen nada de la naturaleza de los fenómenos. Es evidente, por ejemplo, que al decir que la masa representa la relación de una fuerza con una aceleración $\left(M = \frac{F}{\gamma} \right)$, no se nos revela nada de la esencia misma de la masa; el universo es simplemente, como decían los antiguos filósofos, el conjunto de las ideas que el hombre se forma de él.

«Una realidad—dice Poincaré—completamente independiente del espíritu que la concibe, la ve o la siente, es una imposibilidad»; lo cual es cierto, si se añade: «para nosotros». Ya lo decía Protágoras, hace más de dos mil años: «Las cosas

no tienen ninguna realidad fuera de nosotros». Aquí también hay que apuntar la misma limitación: «para nosotros».

Esta ininteligibilidad del universo real es reconocida por los sabios modernos. Cuando su jubileo, Lord Kelvin, el más ilustre de los físicos de Europa, decía: «Mis cincuenta años de investigaciones consecutivas no han sido coronados por ningún éxito; hoy no sé sobre la electricidad, el magnetismo y la afinidad química, nada más que lo que sabía cuando di a mis alumnos la primera lección». El eminente físico inglés Thomson, algo impacientado por las preguntas que se le hacían después de una conferencia dada en una sociedad de ingenieros electricistas, acabó por decir: «Si pudiera responder a vuestras preguntas, estaría muy cerca de haber resuelto los problemas del Universo; no sé lo que es la materia, ni sé tampoco qué es la electricidad.» Cuando los más eminentes sabios se reconocen incapaces de decirnos por qué una piedra cae, por qué un pedazo de resina frotada engendra electricidad, es maravilloso ver que haya filósofos que pretendan explicar los problemas, mucho más complicados, del alma, de la vida y de la conciencia.

Aunque los fenómenos físicos se presenten con aparente sencillez, son en realidad tan inexplicables como los de la vida orgánica. La menor célula de un sér vivo, de la bacteria al hombre, ejecuta bajo el influjo de poderes desconocidos a las realizadas en nuestras fábricas y laboratorios. El trabajo celular está dirigido por centros nerviosos que obran como si fueran capaces de razonamientos extremadamente sabios; y es imposible confundir estos razonamientos con mecanismos ciegos, pues el trabajo que los centros nerviosos hacen ejecutar a las células varía a cada instante, según cambian los fines que se persiguen o los enemigos que se combaten. Las fuerzas que han creado en el pasado los órganos que la herencia ha sabido conservar están también sin explicar. La necesidad crea el órgano, dicen los naturalistas. Pero si comprendemos que la piel del animal es espesa en los países fríos, y que el ala del pájaro

se desarrolla con el uso, ¿cómo la necesidad ha podido crear el órgano eléctrico del gimnoto o el ojo fosforescente del pez de las grandes profundidades? ¡Cuántos problemas físicos y químicos hay que resolver para producir tales órganos!

Los naturalistas antiguos, y hasta los modernos, hablan frecuentemente de los fines de la Naturaleza. Es dudoso que la naturaleza haya perseguido nunca ningún fin. ¿Qué fin tiene el multiplicar los microbios de todas las enfermedades? Sabemos que el terrible microbio de la tuberculosis, que ha hecho más estragos en la Humanidad que todas las guerras juntas, no consigue desarrollarse sino porque está rodeado de una envoltura cerosa que le protege contra los jugos del organismo. ¿Puede suponerse que la Naturaleza le haya dotado de esa armadura únicamente para permitirle devastar al género humano? No. La Naturaleza no tiene propósito de ayudarnos ni de perjudicarnos, como la teja que cae de lo alto de un tejado sobre nuestra cabeza no tiene por fin rompernos el cráneo.

Los actos de la vida celular, como los de la vida instintiva, parecen implicar el conocimiento de un fin más o menos lejano. Pero ¿existe semejante conocimiento? Bergson tiene quizá razón al decir que cuando el cestro del caballo deposita sus huevos en las piernas de este animal, parece saber que el caballo, al lamerse, transportará la larva naciente a su tubo digestivo, único sitio en que puede desarrollarse; pero ¿cómo lo sabe? Hablar, para explicar este fenómeno, de intuición, de simpatía adivinatoria, etc., es eludir la solución del problema. Ante tales hechos es preciso que las células y los centros nerviosos de los seres tengan formas de conocimiento enteramente distintas de las nuestras, con formas correspondientes de sensibilidad particular.

La incomprendibilidad de todos los fenómenos de la vida se aplica naturalmente a los de la inteligencia, que parecen, por otra parte, del mismo orden. El instinto que hace crear a la abeja su alvéolo y a la gallina su huevo, es de la misma especie que el trabajo inconsciente que trae bruscamente a los

grandes matemáticos la solución de problemas difíciles, a ilustres compositores el aire original buscado con empeño, y a los grandes poetas las geniales creaciones de su fantasía. Todas estas manifestaciones dependen quizá de leyes sencillísimas, que llegaremos a conocer cuando, tras algunos miles de años, nuestra inteligencia haya evolucionado lo bastante para descubrir nuevos medios de exploración de los fenómenos.

RELIGIÓN

SAN FRANCISCO DE ASÍS.—De una introducción a las *Fioretti de San Francisco*, escrita por Luis Luzzatti para la colección de *Los Inmortales*, entresacamos lo que nos parece más sustancial y más digno de ser conocido por nuestros lectores.

«San Francisco de Asís—dice Luzzatti—ha vuelto a la tierra, y cumple todavía su misión de sublime pacificador. Quizá desde la Edad Media no ha habido tiempo alguno en que haya sido más amado y sentido que en el nuestro. ¿Cómo se explica el retorno al ideal franciscano, no sólo en los países católicos, sino también en los protestantes? Su comentador más notable es un calvinista inclinado al racionalismo: Pablo Sabatier. ¿Cómo se concilia el triunfo de la era de las máquinas y del materialismo con la mística sencillez del Seráfico? Y aquí surge espontáneamente una grave pregunta: «¿Va el imperio del hombre sobre la Naturaleza al mismo paso que el imperio del hombre sobre sí mismo?» La piedad afectiva que San Francisco, después de Jesús, ha sentido más íntimamente por los sufrimientos de los miserables, ¿corresponde hoy a resueltas y espontáneas simpatías de los poderosos hacia los humildes, de los felices hacia los desgraciados, de los sabios hacia los ignorantes? ¿Son las leyes sociales efecto de la bondad o del miedo? El amor; el cuidado del prójimo, traducido en providencias de Estado, ¿no exoneran, no dispensan quizá de la piedad evangélica, ignara como el pudor, que llega a sufrir en los males

ajenos a intentar dulcificarlos sin jactancia, con actos oscuros para los hombres, y por lo mismo gratos a Dios?

Si se supiera responder a tales preguntas y describir esa especie de noble conciencia que hay en cada uno de nosotros, por efecto de la cual los actos más opuestos del bien y del mal se ejecutan con igual sinceridad, se daría a la vida contemporánea la contemplación de su enigma, la solución de sus estridentes contradicciones. Cuanto más progresa la ciencia, más se advierte la impotencia para esclarecer los orígenes, los fines de la creación. Así llevamos hacia las nieblas impenetrables la esfera de lo incognoscible, cuanto más ampliamos e hinhamos la esfera de nuestros conocimientos; lo ignoto persiste y se yergue oscuro y molesto ante nosotros. El progreso intelectual agudiza el afán de nuestra impotencia para revelar el el misterio de la vida y de la muerte. ¿Somos mejores por nuestro creciente saber, por nuestra mayor potencia? El contraste doloroso, advertido por cada uno de nosotros, se refleja también en el gobierno de los Estados. Estos se hacen representar con férvido entusiasmo en los congresos de la paz, en las asambleas donde la humana fraternidad se afirma y concreta en admirables instituciones; pero *con igual fervor* buscan, preparan todos los instrumentos infernales propios para destruir en guerras execrandas a nuestros hermanos.

El amor a la patria hace crueles, el amor a la Humanidad hace dulces, e importa reconocer que en esa bondad y en esa crueldad existe el mismo sentimiento; así se comprende aquel pasaje tan extraño del *Eclesiastés*: «Toda cosa tiene su estación, y toda acción bajo el cielo tiene su tiempo: tiempo de matar y tiempo de sanar; tiempo de destruir y tiempo de edificar; tiempo de amar y tiempo de odiar; tiempo de guerra y tiempo de paz.» ¿Cómo salir de estas contradicciones? ¿Quién enseñará el modo de aumentar nuestra sabiduría sin manchar nuestra humildad, vigorizar nuestra potencia económica, sin caer en la podredumbre de los goces nauseabundos, afinar nuestros sentimientos religiosos? ¿O es fatal que la sabiduría

y la riqueza sean castigadas por el aumento de la inmoralidad? Las dudas engendran dudas en el examen de estos problemas, y hay que reconocer que debemos ser más humildes y no exonerar a ningún mortal, por chico o grande que sea, de las diarias cargas del bien, las únicas capaces de templar los desequilibrios de la sociedad contemporánea. Hacen falta la palabra y la acción de los *Santos de la moral* para completar la obra de los *Santos del saber*. Darwin y los suyos eran indispensables; pero, ¿por qué junto a ellos no surge ya un San Francisco de Asís? Que se siente su necesidad y se ansía su aparición, lo atestigua el ejemplo del general Booth, el fundador de la Milicia del Bien, del *Ejército de Salvación*. ¡Y no era sino un San Francisco de Asís muy disminuído!

Por eso no debemos maravillarnos de que en tales condiciones de ánimo recobren su imperio los milagros de la piedad, y que las *Floreccillas de San Francisco* se releen como un alivio, un resarcimiento de las novelas escandalosas y malvadas. En espera del santo, que reaparecerá entre nosotros, sus dichos y sus obras se rejuvenecen, se refrescan, conquistan alegre popularidad. De todos los países del mundo, de Italia, Francia, Inglaterra, España, Dinamarca, surgen declaradores y comentaristas, y se discute el origen y el valor de las *Fioretti* por los Staderini, Garabini, Cuthbert, Longmans, Wadding, Sabatier, etc.

Todas estas controversias giran en torno de la vida, dichos y hechos de los *hombres divinos*. Y aun cuando se llegue a probar, por ejemplo, que en el budismo se encuentren las mismas ideas morales de Jesús, y los mismos símbolos de los orígenes del Cristianismo, la figura del Redentor queda intacta. Y no vale decir que las ideas morales de Budha se anticiparon a las de Jesús, aun la principalísima de amar a los que nos odian; es verdad que las coincidencias de ambos Evangelios son estupendas: *la fe que mueve las montañas*, se ha dicho en Benarés antes que en Judea. Pero Jesús ha sabido aplicar métodos de demostración, capaces de ejercer eterna seducción en

los corazones humanos. La evolución de la moral, más que en las novedades de la idea, se encuentra en el modo con que se anuncia en el efecto que obtiene; así, en el Evangelio se pinta y se esculpe la virtud con el arte insuperado de la sencillez.

Esa divina sencillez reaparece en el Seráfico, mil cien años después del Galileo. Todos los pintores tienen a su disposición las varias especies de colores; todos los apóstoles conocieron las diversas gradaciones de la virtud; pero si muchos fueron los llamados, poquísimos fueron los elegidos, poquísimos los que acertaron a hacer palpitar los corazones de los mortales. ¿Qué nos importa que las leyendas en torno del santo de Asís tengan sus orígenes en los más antiguos textos de Italia, de Francia o de Germania? Todas esas flores embalsamaron por un instante el ambiente, y luego se marchitaron; sólo las *Fioretti* tuvieron la gloria de fragancias inmarcesibles.

El juicio de los pueblos no se engaña, sólo concede la inmortalidad a quienes la merecen. El impetuoso retorno a las fuentes puras del Evangelio y de las *Fioretti* de tantos ingenios, errabundos por todos los meandros del saber, tiene algo de maravilloso.

Hoy es cosa clara que San Francisco de Asís es el mejor intérprete, más que de la doctrina, del corazón de Jesús. El *Sermón de la montaña* no ha sido ni será nunca superado, por que es insuperable. Nosotros, los sapientísimos del siglo xx, sentimos cada vez más el deseo de gritar: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.» Del mismo modo, ¡cuántas nuevas adaptaciones no sospechadas ni sospechables en los tiempos pasados encierran las *Fioretti*! ¿Qué mejor programa de redención social que la curación del leproso blasfemo? San Francisco apuraba sus medios de persuasión sin contener las blasfemias del enfermo, hasta que al fin se decide a curarlo de la lepra; y a medida que sanaba el cuerpo, sanaba el alma. Carlos Marx fundaba la emancipación de los obreros en el solo factor material; nosotros, siguiendo las huellas del Seráfico, completamos el factor eco-

nómico con el ideal celeste, y si lavamos la lepra, es para mejor lavar el alma. Es en vano hablar de virtud a los obreros, sin medios morales, intelectuales ni económicos; hay que salvarlos de su miseria para que su miseria no destruya nuestra civilización; pero sin el freno moral de la fe o de la resignación estoica, cuantos más deseos se satisfagan, más insaciables se hacen.

Mientras los sabios renuevan las doctrinas sociales para destruirlas después en medio de luchas estridentes de clase, un poeta de la virtud, un santo del bien, da a las almas la paz interior preparadora de la paz social. Por esto, todos vuelven hacia él sus ojos.

IMPRESIONES Y NOTAS

ORIGEN DE LAS IMÁGENES SIMBÓLICAS.—La imagen sigue siendo en la Psicología moderna el elemento inconstante y fluido del espíritu, mientras que el concepto constituye el elemento fijo. Brehier, en la *Revue Philosophique*, invierte estos valores. Las mismas imágenes simbólicas toman, según los tiempos y las escuelas, las más diversas significaciones; epicúreos y estoicos encuentran sus ideas en los dioses de Homero. La imagen simbólica es un tema relativamente estable sobre el cual borda el pensamiento sus mil variaciones. No resulta de una asociación por analogía entre una idea y una imagen, sino de una disociación entre esos dos términos, y en su formación hay que considerar tres momentos:

1.º En su origen, la imagen simbólica se confunde enteramente con la idea. Así, entre los antiguos egipcios, el alma del muerto es una verdadera ave de rapiña a la que se ofrecen manjares para preservar los cadáveres de su voracidad. La imagen simbólica, de significación evidente para quien la piensa, no presenta ya al que ha perdido su clave, sino un sentido oscuro y arbitrario. En torno de cada imagen fundamental se aglomeran otras que la van enriqueciendo por crecimiento interno

y gradual. Teniendo entonces raíces profundas en nuestra personalidad, es una especie de dominante, que gobierna el desarrollo de nuestros deseos o de nuestras pasiones.

2.º La idea y la imagen se disocian. Esta disociación es la resultante del trabajo que el espíritu crítico y científico ejerce sobre el pensamiento imaginativo. El espíritu crítico se niega a creer que una imagen agote el contenido de una idea, y busca apoyo en ella para descubrir nuevas relaciones. El pensamiento imaginativo es un pensamiento que se acaba, que tiende a realizarse en mitos y en obras de arte. El pensamiento crítico, al contrario, está siempre abierto a infinidad de relaciones. Cambia, sin embargo, el sentido de la imagen, pero sin destruirla; destruye únicamente la ilusión de que esa imagen corresponda, rasgo por rasgo, a la realidad.

3.º Del proceso descrito precedentemente nace el conflicto entre una creencia que se forma y una imagen fija de lo real que se hace incompatible con ella: la creencia en la redondez de la tierra y en la posibilidad de los antípodas, choca con la representación primitiva de lo alto y de lo bajo. La imagen simbólica es la solución más económica de este conflicto y el restablecimiento del equilibrio. El espíritu utiliza, para representarse la realidad, imágenes que sabe que son inexactas, pero que persisten en su conciencia por su propia vitalidad.

*
**

SUPLENCIA DE LOS SENTIDOS EN LOS CIEGOS.—Según los estudios de Pedro Villey, es errónea la creencia de que los sentidos restantes de los ciegos suplan al de la vista por su mayor finura de percepción. No hay tal cosa. La suplencia existe, pero es debida al modo con que el ciego interpreta, combina y enriquece los datos que le suministran sus otros sentidos.

Esta interpretación tiene tres particularidades esenciales: 1.ª Los ciegos no se contentan con tocar; palpan, y obtienen impresiones táctiles que les orientan y dirigen, y que los vi-

dentes no recogen por serles innecesarias. 2.^a Esas impresiones, asociadas e interpretadas, forman sistemas complejos de representaciones que explican, por ejemplo, la rapidez de sus lecturas. 3.^a Esas impresiones táctiles ocupan gran espacio en el almacén de la memoria, y su recuerdo facilita extraordinariamente la asociación de sus ideas.—Claro es que todo lo que se dice del tacto se aplica al oído, cuyo desarrollo es debido al mismo principio.

Por lo que hace a la percepción, sin ningún contacto, de los objetos junto a los cuales pasan y de los que se dan cuenta por una sensación especial localizada en la frente o en las sienes, aquí también hay que reconocer, no la existencia de un sexto sentido, sino la utilización de propiedades fisiológicas que el vidente posee y descuida. En realidad, en ese tacto a distancia entran impresiones de calor y de presión y, sobre todo, sensaciones auditivas. La memoria muscular completa el sistema de datos que guían al ciego para la organización de sus impresiones.

*
* *

EL PARAÍSO DE LA FRUTA.—Tal es el nombre de una sociedad sumamente original y simpática, fundada en Berlín, y que tiene por objeto, en armonía con su nombre, crear en los suburbios de la capital grandes verjeles que los conviertan en paraísos.

El propósito no puede ser más laudable. Si ya las plantaciones de árboles son preconizadas dondequiera para sanear la atmósfera y hermosear el paisaje, no hay que decir que si los árboles plantados son frutales, se agrega a esos bienes el de crear riqueza, aumentar la producción de artículos de alimentación y abaratar estos productos, los más sanos y gustosos de la creación.

La sociedad, persiguiendo estos fines y los de encariñar al ciudadano con la vida del campo, ofreciéndole una distracción amena y útil, invita a los berlineses a colaborar en la propa-

gación de los verjeles, bajo la dirección de peritos en el cultivo. En retribución de su trabajo, según los *Documents du progrès*, los colaboradores tendrán derecho a coger y comer toda la fruta que quieran. Y como, aunque sean muchos, no llegarán a consumirla toda, el sobrante se pondrá a disposición de los visitantes. Para ello, éstos se proveerán de papeletas de entrada o de abono que les darán los colaboradores, cada uno de los cuales dispondrá de un número de papeletas proporcionado a su trabajo. La venta de estos billetes de visita permitirá realizar a los colaboradores un pequeño beneficio.

Esta organización es excelente, y «El Paraíso de la fruta» merece ser reproducido en todas partes, sobre todo en las cercanías de las grandes poblaciones.

*
* *

LAS MUJERES EN LAS UNIVERSIDADES ALEMANAS.—A partir del decreto de 1908, que reglamentó la admisión de la mujer en las Universidades, el movimiento de inscripciones ha ido en aumento, pasando desde 1.172, en el año 8, a 2.586 en el 12. El número de estudiantes en ese último año ha sido el de 54.525, lo que representa una percentual de 4,78 para el elemento femenino.

Es interesante hacer constar que de las 1.172 mujeres matriculadas en 1908, y de las 2.586 en 1912, figuran en la Facultad de Filosofía 740 y 1.951, respectivamente; es decir, que las tres cuartas partes se dedican a los estudios filosóficos.

Hay, sin embargo, que tener en cuenta que muchas de las que aparecen matriculadas en Filosofía es porque, procediendo de Escuelas normales, insuficientes para el preparatorio de Medicina, necesitan inscribirse en Filosofía para ese preparatorio, y luego no continúan. Por eso figuran 354 matriculadas en 1908 en Medicina, y 578 en 1912. Los cursos de Derecho y de Teología son poco frecuentados por la mujer. En cambio, son bastantes las que se consagran al estudio de la Economía

política. La nueva Universidad para la mujer, abierta en 1911 en Leipzig, demuestra el ardor con que las mujeres cultivan las ciencias económicas y sociales. En esta Facultad se exige un examen oral y otro escrito, siendo obligatoria en el escrito una tesis de sociología: el oral comprende la Economía política, general y especial; la Hacienda pública, la Estadística, la Política social, la Historia de las teorías económicas y las Medidas de presión para la juventud; en la parte jurídica, el examen oral comprende el Derecho público y administrativo, los Seguros y el Derecho civil.

Como colocaciones, hay bastantes Universidades (Friburgo, Gotinga, Breslau, Erlangen, Kœnigsberg, Kiel, Rostock, Strasburgo y Tubinga) de las que son excluidas las señoras. En Heidelberg hay dos admitidas en el Instituto anatómico y dentífico como médicas asistentes; en Berlín, Jena, Marburg, Munich, Munster, Halle y Wurzburg las hay también, y muchas ejercen su profesión en diferentes poblaciones; de las 172 que se licenciaron en 1912, hay 64 ejerciendo en varias ciudades, y no parece que las va mal. Las abogadas están ahora en los comienzos, y algunas se colocan como inspectoras de fábricas e industrias, y muchas hallan empleo en las redacciones de periódicos y revistas. Lo cierto es que en Alemania como en todas partes, la mujer prepara al hombre una temible competencia hasta en terrenos exclusivamente dominados antes por el sexo fuerte, y que parecían estarle reservados.

*
* *

DONATIVOS AMERICANOS.—El total de los donativos para obras filantrópicas (beneficencia y enseñanza), hechos por los multimillonarios americanos, ha ascendido el año pasado, 1913, según el *Watchman Examiner*, de Nueva York, a 1.720 millones de francos, de los cuales 680 han sido destinados a obras educativas y 660 a beneficencia y culto.

El Museo Metropolitano de Arte ha sido el más favorecido,

pues en junto ha llegado a recibir 115 millones. Luego viene la fundación benéfica de Rockefeller, que ha recibido una cantidad no mucho menor. Después, los 50 millones dados por Carnegie para la creación de un Instituto de Beneficencia en su ciudad natal, Dunfermline, de Escocia. Luego, los donativos de 25 millones de Roberto Toremus a la Universidad de Washington, y de 22 para la de Cornell, de Oliverio H. Payne.

Pero el donativo más hermoso, y que puede calificarse de heroico, es el hecho por el industrial Reed B. Freeman, de Binghampton. Este hombre, digno de la leyenda, ha dejado toda su fortuna, estimada en 15 millones, a las familias de las 30 jóvenes que perecieron en el incendio de su establecimiento. Se ha quedado así sin nada, y a los sesenta y cinco años de edad, cuando tenía adquirido el derecho al descanso y al bienestar, ha aceptado un puesto de empleado en una casa comercial, y vive de lo que con él gana, como si empezara su carrera.

FERNANDO ARAUJO

El olivario de Huesca ab. al. 1912 ob. 22 ob.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Diritto penale e suoi limiti naturali (Concetto della «pericolosità criminale» y Giurisdizione e amministrazione), pel profesore Ugo Conti. Cagliari, 1912 y 1913.—Dos folletos de 67 y 62 páginas, respectivamente.

He llegado yo a adquirir la convicción, cada día más firme y reforzada por nuevas pruebas, de que, en realidad, ni los códigos y demás leyes penales, ni la práctica de la administración de justicia, ni el sentir popular, donde esa administración busca sus raíces y fundamentos más sólidos, han considerado nunca a la pena como tal pena, es decir, como pago compensatorio de un delito cometido, y proporcionado a este último (a la deuda); sino que han visto en la misma un medio de impedir la comisión de futuros delitos, más o menos inminentes, y, por lo tanto, una medida de preservación, policía y seguridad sociales.

Lo de la pena compensadora o retributiva (pena-pago, acomodada a la deuda) ha sido una invención de los teorizadores, los cuales ahora, como frecuentemente ocurre en otras mil ocasiones, han percibido el problema de un modo muchísimo menos complejo (y menos completo por ende) que el vulgo, y enfilándolo por uno solo de sus muchos aspectos, rectilínea y sistemáticamente, lo han llegado a desfigurar, construyendo esas teorías que suelen enseñarse y defenderse en cátedras y libros, y que toda la gente «docta», y en especial los juristas,

repiten luego a coro, demasiado papagayescamente, por lo regular.

Enquistadas esas teorías en los cerebros «cultos», de cuyas concepciones constituyen elemento integrante, no es ya fácil sacarlas ni a martillazos. ¿Quién es capaz de arrancar de un alma lo tradicional y secularmente inveterado? Por eso, al tropezar con instituciones y creaciones reales, impuestas por la necesidad de la vida, las cuales no encajan bien en el marco de las doctrinas formuladas, sino que sólo son compatibles con distintas exigencias mentales, los espíritus de referencia—que son, en este caso, la casi totalidad de los dichos teorizadores—se encuentran bastante apurados para «darse razón» de lo que no pueden menos de admitir como «hecho innegable».

Y he aquí por qué, a la hora presente, son tantos los penalistas llenos de inquietud y de angustia mental, por no acertar a explicarse la «intrusión», cada día más frecuente, en el sistema «penal», que, según ellos, solamente debiera contener «verdaderas penas» (penas-pago), de otros recursos sociales y políticos, que de ninguna manera pueden ser mirados como propiamente penales, sino, al revés, como medidas administrativas y policiales.

De los escritores que más insistentemente han tratado el asunto es el profesor Hugo Conti, el cual, no solamente se ha ocupado de él en diferentes trabajos suyos de índole general, y sobre todo en el dedicado al estudio de *La pena y el sistema penal*, sino que lo viene haciendo objeto de examen y discusión directos en los momentos que corren. En 1911 publicó su primer trabajo acerca del particular (*El Derecho penal y sus límites naturales: Las últimas sistematizaciones propuestas*), trabajo del que di cuenta a su debido tiempo; en 1912 y 1913 ha dado a luz los dos folletos cuyos títulos van al frente de esta nota; y todavía le queda por publicar un cuarto folleto.

El autor representa bastante bien, creo yo, el estado de compromiso mental aludido antes, con sus correspondientes indecisiones. El derecho penal, según él, *debe seguir siendo*

derecho «penal», o sea el derecho de la pena «pena»; sin embargo, tiene que *ensanchar su esfera de acción* y admitir a su lado el derecho penal de policía, ese derecho penal que *no es «penal», sino que es «administrativo»,* y cuyo contenido no está formado de penas, sino de «medidas policiales y administrativas de seguridad».

He aquí algunas de las muchísimas afirmaciones del autor, traductoras de su punto de vista:

«En rigor estricto, el derecho penal agota su función con la imposición de la pena *en correspondencia con el delito...* La pena es padecimiento que se inflige al individuo *por un delito cometido:* el delito es violación del orden jurídico, y la *pena restaura este orden turbado...* Precisamente porque la pena es *respuesta al delito,* no puede menos de ser determinada... El individuo, *una vez pagada su pena, debería ser siempre puesto en libertad;* pero puede hacerse necesaria una *valoración de dicho individuo.* El delito representa el pasado del individuo; la ejecución de la pena, el presente; se pregunta cuál podrá ser su *porvenir.* Y si encontramos que ese porvenir del individuo puede contradecir inmediata y abiertamente a las *finalidades* que se quiso conseguir con la amenaza, con la aplicación y con la imposición de la pena, entonces *esta pena podrá ser integrada con una medida de restricción ulterior,* con una medida *preventiva, de carácter administrativo de policía...* Estas cuatro fases, *que para mí se convierten en cuatro partes integrantes y sucesivas del derecho criminal o penal,* las designo yo con las expresiones: «derecho penal propiamente dicho», «derecho penal penitenciario», «derecho penal de policía» y «derecho criminal de policía». No se aprecia plenamente el delito si no se examina «todo el hombre» que ha sido su autor; y cuando este examen dé por resultado comprobar que, *fuera del delito mismo,* subsiste *un peligro personal que debe ser previsto e impedido...*, en tal caso la noción de «delito» se completa con la noción de «peligrosidad criminal»; y como toda peligrosidad justifica una medida de seguridad, la «peligrosidad criminal»

hace de la correspondiente medida de seguridad un «complemento de pena», y así el derecho penal extiende, naturalmente, su propio campo de acción. Puede decirse, desde luego, que la doble noción de «delito» y de «peligrosidad criminal», fijando con amplio, pero seguro criterio, los naturales confines del derecho penal, eleva a un tiempo la dignidad y la eficiencia de éste, porque conduce al estudio verdaderamente completo del delito como hecho humano... Y esta natural extensión del derecho penal, no otra, representa para mí el derecho actual, latente, en formación; el «derecho justo», de hoy (1)».

P. DORADO

(1) Como si dijéramos el derecho ideal y racional.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>El poeta Francisco Zea</i> , por Joaquín Olmedilla y Puig.....	5
<i>El discipulo traidor</i> , por Leónidas Andreief.....	16
<i>La pintura portuguesa del siglo XVI</i> , por Carlos Justi.....	41
<i>Guía del buen decir</i> , por Juan B. Selva.....	79
<i>La crisis del régimen monetario argentino</i> , por R. Alvarez de Toledo.....	95
<i>Las Reinas de la España antigua</i> , por Martín Hume.	129
<i>Santiago de Compostela</i> , por Emilio Baumann.....	146
<i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay.	159
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	169
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	198